

Italo Calvino  
EL CABALLERO INEXISTENTE

Título original: IL CAVALIERI INESISTENTE  
Traducción: Francesc Miravittles  
Editorial Bruguera, S. A.



## PROLOGO

Con la historia de un caballero que no existe, Agilulfo Emo Bertrando de los Guildivernos y de los Otros de Corbentraz y Sura, nombre que por sí solo podría llenar una armadura entera, llegamos al final de la trilogía que Italo Calvino consagró en la década de los 50 a nuestros antepasados y cuyos títulos anteriores (El vizconde demediado y El barón rampante) se han publicado ya en Libro Amigo.

Al igual que en el caso de las otras novelas del ciclo, el mecanismo que desencadena en la mente del autor a El caballero inexistente es una imagen: una armadura que anda y que por dentro está vacía. Y como ocurría con las precedentes, nada más lúcido que la propia reflexión de Calvino sobre la tesis y la intención de este relato:

«Del hombre primitivo que, al ser todo uno con el universo, podía denominarse aún inexistente, por indiferenciado de la materia orgánica, hemos llegado lentamente al hombre artificial que, siendo todo uno con los productos y las situaciones, es inexistente porque ya no se roza con nada, ya no se relaciona (lucha, y a través de la lucha, armonía) con lo que (naturaleza e historia) está a su alrededor, sino que se limita a "funcionar" abstractamente.»

Ya tenemos a Agilulfo —el caballero— y a Gurdulú —su escudero—, suma abstracción el uno y exagerada corporeidad el otro. Pero no se trata de meros esquemas. Al escribir su historia, en 1959, Calvino refleja en la divertida peripecia del caballero sin existencia real la atmósfera de aquellos años en los cuales el equilibrio mundial estaba dominado por la guerra fría y la tensión. El libro, escrito en una época de perspectivas históricas más inseguras que 1951 o 1957 (fecha de composición de los otros dos), ofrece también un mayor esfuerzo de interrogación filosófica, no incompatible con un gran abandono lírico.

Sigamos el hilo de la reflexión de Calvino: «Agilulfo, el guerrero que no existe, tomó los rasgos psicológicos de un tipo humano muy difundido en todos los ambientes de nuestra sociedad; mi trabajo con ese personaje se presentó fácil de inmediato. De la fórmula Agilulfo (inexistencia provista de voluntad y conciencia) saqué, con un procedimiento de contraposición lógica (es decir, partiendo de la idea para llegar a la imagen, y no viceversa, como hago de ordinario), la fórmula existencia carente de conciencia, o sea, identificación general con el mundo objetivo, e hice al escudero Gurdulú. Este personaje no consiguió tener la autonomía psicológica del primero. Y es comprensible porque prototipos de Agilulfo se encuentran por doquier, mientras que los prototipos de Gurdulú se encuentran sólo en los libros de los etnólogos.»

A Agilulfo y Gurdulú vienen a sumarse para el desarrollo de la ficción novelesca otros personajes; frente a los modelos puros, a las ideas encarnadas en los nombres, otros individuos en los que la existencia y la inexistencia luchan en el interior de una misma persona: Rambaldo, paladín stendhaliano, busca las pruebas del existir por medio del hacer; Turrismundo ha de comprobar que existe, no en la práctica y la experiencia, sino en la búsqueda de algo distinto de sí, de lo previo a él —sus «padres», los caballeros del Santo Grial—. Como lógico complemento, dos figuras femeninas: Bradamante, el amor como pugna, como guerra, y Sofronia, el amor como paz.

«Ahora tenía todos los elementos que quería —prosigue el análisis calviniano—; bastaba con dejarlos mover por la pizca de trepidación existencial que llevaban en sí; pero esta vez no me dejaría meter en la peripecia como en El barón rampante, es decir, no acabaría creyendo en lo que contaba; aquí el relato era y debía ser lo que se llama un "divertimento". Esta fórmula del "divertimento" yo la he entendido siempre en el sentido de que quien debe divertirse es el lector; es decir, que no

significa que sea una diversión para el escritor, el cual debe narrar con distanciamiento, alternando impulsos en frío e impulsos en caliente, autocontrol y espontaneidad, y en realidad ése es el modo de escribir que proporciona más cansancio y más tensión nerviosa. Pensé entonces en extrapolar este esfuerzo mío de escribir haciendo con él un personaje, e hice la monja escribiente, como si fuera ella la que narraba, y esto servía para darme impulsos más reposados y espontáneos, y sacaba adelante lo demás.»

La presencia de un «yo» narrador comentarista es una constante del ciclo —el sobrino niño del Vizconde, el Biagio di Rondó hermano y cronista del Barón—, pero en esta novela presenta una acusada novedad, esboza un tema que Calvino ha tratado admirablemente, a lo largo, a lo ancho y en profundidad, en su hasta ahora última novela: *Se una notte d'inverno un viaggiatore* (Einaudi, 1979). Se trata del propio acto de escribir, de la relación entre la complejidad de la vida y la hoja en la que esa complejidad se dispone en forma de signos alfabéticos, del grafo y su recepción por el lector, en suma: «el arte de escribir historias está en saber sacar de lo poco que se ha comprendido de la vida todo lo demás: pero acabada la página se reanuda la vida y una se da cuenta de que lo que sabía es muy poco». Esta reflexión de la monja escribiente al inicio del capítulo VI encubre, a mi entender, la soberbia legítima de quien es perfectamente consciente de que al poner en pie todo un coherente mundo de ficción nos está enseñando a comprendernos mejor a nosotros mismos. Sor Teodora, el «yo-narrador», que no aparece hasta el capítulo IV, va ocupando progresivamente un primer plano, la historia se va convirtiendo en la historia de la pluma de oca de la monjita corriendo sobre el papel en blanco, para terminar con una pirueta narrativa, un golpe de escena que cierra con su broche de oro la narración.

El fondo sobre el que se mueven nuestros personajes nada tiene de novela histórica. El humor de Calvino se desborda en una recreación puramente fantástica, en ocasiones disparatada y anacrónica —los tenedores que utiliza Agilulfo en el capítulo del banquete sólo se introdujeron en las mesas palaciegas muchos siglos después—, como se da a menudo en la tradición popular, de diversos ambientes: primero y principal, el de los paladines que rodean a Carlomagno y el propio emperador de los francos, vistos con ojos desmitificadores; las absurdas etiquetas y reglas de una guerra que dura años y años ponen en solfa la heroicidad y evocan las rutinas de un ejército victorioso. Los personajes de este coro proceden todos de la tradición caballeresca, común tanto a Italia como a España y Francia, y de ahí que sus nombres —Roldan, Palmerín, Reinaldo— nos suenen familiares. Exclusivamente italiana es en cambio Bradamante —que no es «coro» sino personaje—: las mujeres guerreras son totalmente ajenas a la epopeya francesa, mientras que en la literatura caballeresca italiana abundan: Flordelís, Marfisa, etc. En nuestro romancero encontraremos, sí, alguna doncella guerrera, pero sus motivaciones para hacer la guerra no están basadas en el amor al riesgo o a la aventura; siempre se presenta como esencialmente femenina, como sustitutivo de un varón que no existe: «¡No reventaras, condesa, / por medio del corazón, / que me diste siete hijas, / y entre ellas ningún varón! / ... / No maldigáis a mi madre, / que a la guerra me iré yo; / me daréis las vuestras armas, / vuestro caballo trotón...» Y cuando la doncella regresa al castillo paterno, tras servir al rey dos años, tiene efusiones líricas con las que se moriría de risa la italiana Bradamante: «Campanitas de mi iglesia / ya os oigo repicar; / puentecito, puentecito / del río de mi lugar, / una vez te pasé virgen, / virgen te vuelvo a pasar.» Otro de los «coros» es el de los caballeros del Santo Grial, ejemplificación del existir como experiencia mística, como anulación en el Todo, con resonancias wagnerianas y orientales (el budismo de los samurais). Y como contraposición a ellos, el pueblo de los curvaldos, tan oprimidos que ni saben que existen, pero que cuando tomen conciencia de su estar en el mundo, rebelándose contra los caballeros, ya no querrán seguir sirviendo a otros señores, sino que aspirarán a vivir entre iguales — y en esto se anticipan a la revolución urbana de los siglos XI-XIII.

Todos estos elementos se aunán para formar una trama trepidante, imaginativa,

fantástica, en la que, de la mano de sor Teodora, seguimos a nuestros personajes por dos continentes en una peripecia que pretende, en sustancia, que nos replanteemos la relación justa entre la conciencia individual y el curso de la historia. Para cerrar estas palabras de presentación oigamos de nuevo la voz de Calvino en el prólogo que escribió para la edición conjunta de los tres relatos:

«También sois muy dueños de interpretar como queráis estas tres historias, y no debéis sentirnos atados en absoluto por la declaración que acabo de hacer sobre su génesis. He querido hacer una trilogía de experiencias sobre cómo realizarse en tanto que seres humanos: en el Cavaliere inexistente la conquista del ser, en el Viseante dimezzato la aspiración a una plenitud por encima de las mutilaciones impuestas por la sociedad, en el Barone rampante una vía hacia la plenitud no individualista, alcanzable mediante la fidelidad a una autodeterminación individual. Tres grados de acercamiento a la libertad. Y al mismo tiempo he querido que fueran tres historias "abiertas", como suele decirse, que ante todo se tengan en pie como historias, por la lógica del sucederse de sus imágenes, pero que comiencen su verdadera vida en el imprevisible juego de interrogaciones y respuestas suscitadas en el lector. Quisiera que pudieran ser vistas como un árbol genealógico de los antepasados del hombre contemporáneo, en el que cada rostro oculta algún rasgo de las personas que tenemos a nuestro alrededor, de vosotros, de mí mismo.»

Adelante, pues: comience el lector con ese imprevisible juego, al que ya muchos antes que él jugaron.

Esther Benítez



Bajo las rojas murallas de París estaba formado el ejército de Francia. Carlomagno tenía que pasar revista a los paladines. Ya hacía más de tres horas que estaban allí; era una tarde calurosa de comienzos de verano, algo cubierta, nubosa; en las armaduras se hervía como dentro de ollas a fuego lento. No se sabe si alguno en aquella inmóvil fila de caballeros no había perdido ya el sentido o se había adormecido, pero la armadura los mantenía erguidos en la silla a todos por igual. De pronto, tres toques de trompa: las plumas de las cimbras se sobresaltaron en el aire quieto como por un soplo de viento, y enmudeció en seguida aquella especie de bramido marino que se había oído hasta entonces, y que era, por lo visto, un roncar de guerreros oscurecido por las golas metálicas de los yelmos. Finalmente helo allí, divisaron a Carlomagno que avanzaba, al fondo, en un caballo que parecía más grande de lo normal, con la barba sobre el pecho, las manos en el pomo de la silla. Reina y guerra, guerra y reina, dale que dale, parecía un poco envejecido, desde la última vez que lo habían visto aquellos guerreros.

Detenía el caballo ante cada oficial y se volvía para mirarlo de arriba abajo.

—¿Y quién sois vos, paladín de Francia?

—¡Salomón de Bretaña, sire! —respondía aquél en alta voz, alzando la celada y descubriendo el rostro acalorado; y añadía alguna información práctica, como—: Cinco mil caballeros, tres mil quinientos infantes, mil ochocientos servicios, cinco años de campaña.

—¡Cierra con los bretones, paladín! —decía Carlos, y tac-tac, tac-tac, se acercaba a otro jefe de escuadrón.

—¿Y quien sois vos, paladín de Francia? —reiteraba.

—¡Oliverio de Viena, sire! —pronunciaban los labios en cuanto se había levantado la rejilla del yelmo. Y—: Tres mil caballeros escogidos, siete mil de tropa, veinte máquinas de asedio. Vencedor del pagano Fierabrás, ¡por la gracia de Dios y para gloria de Carlos, rey de los francos!

—Bien hecho, bravo por el vienés —decía Carlomagno, y a los oficiales del séquito—: Flacuchos esos caballos, aumentadles la cebada. —Y seguía adelante—: ¿Y quien sois vos, paladín de Francia? —repetía, siempre con la misma cadencia.

—¡Bernardo de Mompolier, sire! Vencedor de Brunamente y Galiferno.

—¡Bonita ciudad, Mompolier! ¡Ciudad de bellas mujeres! —y al séquito—: A ver si lo ascendemos de grado. —Cosas que dichas por el rey son de agrado, pero eran siempre las mismas monsergas, desde hacía muchos años.

—¿Y quien sois vos, con ese blasón que conozco?

Conocía a todos por las armas que llevaban en el escudo, sin necesidad de que dijeran nada, pero así era la costumbre: que fueran ellos quienes le descubrieran el nombre y el rostro. Quizá porque de lo contrario, alguno, con algo mejor que hacer que tomar parte en la revista, habría podido mandar allí su armadura con otro dentro.

—Alardo de Dordoña, del duque Amón...

—Estupendo Alardo, ¿qué dice papá? —y así sucesivamente. . «Tata-tatatá, tata-tata-tatatá.»

—¡Gualfredo de Monjoie! ¡Ocho mil caballeros excepto los muertos! Ondeaban las cimbras.

—¡Ugier Danés! ¡Ñamo de Baviera! ¡Palmerín de Inglaterra!

Anochece. Los rostros, entre el ventalle y la babera, ya no se distinguían tan bien. Cada palabra, cada gesto era ya previsible, como todo en aquella guerra que tanto duraba, cada encuentro, cada duelo, conducido siempre según aquellas reglas, de modo que se

sabía ya antes de que ocurriera quién tenía que vencer, o perder, quién tenía que ser el héroe, quién el cobarde, a quién le tocaba quedar despanzurrado y a quién salir bien librado con una caída y una culada en el suelo. En las corazas, por la noche, a la luz de las antorchas, los herreros martilleaban siempre las mismas abolladuras.

—¿Y vos?

El rey había llegado ante un caballero de armadura toda blanca; sólo una pequeña línea negra corría alrededor, por los bordes; aparte de eso era reluciente, bien conservada, sin un rasguño, bien acabada en todas las juntas, adornado el yelmo con un penacho de quién sabe qué raza oriental de gallo, cambiante con todos los colores del iris. En el escudo había dibujado un blasón entre dos bordes de un amplio manto drapeado, y dentro del blasón se abrían otros dos bordes de manto con un blasón más pequeño en medio, que contenía otro blasón con manto todavía más pequeño. Con un dibujo cada vez más sutil se representaba una sucesión de mantos que se abrían uno dentro del otro, y en medio debía haber quién sabe qué, pero no se conseguía descubrirlo, tan pequeño se volvía el dibujo.

—Y vos ahí, con ese aspecto tan pulcro... —dijo Carlomagno que, cuanto más duraba la guerra, menos respeto por la limpieza conseguía ver en los paladines.

—¡Yo soy —la voz llegaba metálica desde dentro del yelmo cerrado, como si fuera no una garganta sino la misma chapa de la armadura la que vibrara, y con un leve retumbo de eco— Agilulfo Emo Bertrandino de los Guildivernos y de los Otros de Corbentraz y Sura, caballero de Selimpia Citerior y de Fez!

—Aaah... —dijo Carlomagno, y del labio inferior, que sobresalía, le salió incluso un pequeño trompeteo, como diciendo: «¡Si tuviera que acordarme del nombre de todos, estaría fresco!» Pero en seguida frunció el ceño—. ¿Y por qué no alzáis la celada y mostráis vuestro rostro?

El caballero no hizo ningún ademán; su diestra enguantada con una férrea y bien articulada manopla se agarró más fuerte al arzón, mientras que el otro brazo, que sostenía el escudo, pareció sacudido como por un escalofrío.

—¡Os hablo a vos, eh, paladín! —insistió Carlomagno—. ¿Cómo es que no mostráis la cara a vuestro rey?

La voz salió clara de la babera.

—Porque yo no existo, sire.

—¿Qué es eso? —exclamó el emperador—. ¡Ahora tenemos entre nosotros incluso un caballero que no existe! Dejadme ver.

Agilulfo pareció vacilar todavía un momento, luego, con mano firme, pero lenta, levantó la celada. El yelmo estaba vacío. Dentro de la armadura blanca de iridiscente cimera no había nadie.

—¡Pero...! ¡Lo que hay que ver! —dijo Carlomagno—. ¿Y cómo lo hacéis para prestar servicio, si no existís?

—¡Con fuerza de voluntad —dijo Agilulfo—, y fe en nuestra santa causa!

—Muy bien, muy bien dicho, así es como se cumple con el deber. Bueno, para ser alguien que no existe, ¡sois avisado!

Agilulfo cerraba la fila. El emperador había ya pasado revista a todos; dio vuelta al caballo y se alejó hacia las tiendas reales. Era viejo, y procuraba alejar de su mente los asuntos complicados.

La trompa tocó el «rompan filas». Hubo la desbandada de caballos de costumbre, y el gran bosque de lanzas se plegó, se movió ondulante como un campo de trigo cuando pasa el viento. Los caballeros bajaban de la silla, movían las piernas para desentumecerse, los escuderos se llevaban los caballos de la brida. Después, de la confusión y la polvareda se destacaron los paladines, agrupados en corrillos en los que se agitaban las cimeras coloreadas, para desahogarse de la forzada inmovilidad de aquellas horas con bromas y bravatas, con chismes de mujeres y honores.

Agilulfo dio unos pasos para mezclarse con uno de estos corrillos, luego sin ningún motivo pasó a otro, pero no se abrió paso y nadie se fijó en él. Permaneció un poco indeciso detrás de éste o aquél, sin participar en sus diálogos, y luego se apartó. Oscurecía; sobre la cimera las plumas brisadas parecían todas ahora de un único e indistinto color; pero la armadura blanca resaltaba aislada sobre el prado. Agilulfo, como



si de repente se hubiese sentido desnudo, hizo ademán de cruzar los brazos y encogerse los hombros.

Después se recobró y, a grandes pasos, se dirigió hacia las caballerizas. Cuando llegó, encontró que el cuidado de los caballos no se llevaba a cabo según las reglas, reprendió a los palafreneros, impuso castigos a los mozos, inspeccionó todos los turnos de faenas, redistribuyó las tareas explicando minuciosamente a cada uno cómo había que ejecutarlas y haciéndose repetir lo que había dicho para ver si habían entendido bien. Y como a cada momento sacaba a relucir las negligencias en el servicio de los colegas oficiales paladines, los llamaba uno a uno, sustrayéndolos a las dulces conversaciones ociosas de la noche, y debatía con discreción, pero con firme exactitud sus faltas, y los obligaba a ir de piquete a uno, de guardia a otro, de patrulla al de más allá, y así sucesivamente. Tenía siempre razón, y los paladines no podían sustraerse, pero no escondían su descontento. Agilulfo Emo Bertrandino de los Guildivernos y de los Otros de Corbentraz y Sura, caballero de Selimpia Citerior y de Fez, era ciertamente un modelo de soldado; pero a todos les era antipático.

## II

La noche, para los ejércitos en campaña, está regulada como el cielo estrellado: los turnos de guardia, el oficial que los manda, las patrullas. Todo lo demás, la perpetua confusión del ejército en guerra, el hormigueo diurno del que lo imprevisto puede surgir como el encabritarse de un caballo, ahora calla, pues el sueño ha vencido a todos los guerreros y cuadrúpedos de la Cristiandad, éstos en fila y de pie, a ratos restregando un casco en el suelo o soltando un breve relincho o rebuzno, aquellos liberados finalmente de yelmos y corazas, y, satisfechos de sentirse de nuevo personas humanas distintas e inconfundibles, todos ya están roncando.

Al otro lado, en el campamento de los Infieles, todo es igual: el mismo ir y venir de los centinelas, el jefe de la guardia que ve deslizarse el último grano de arena por el reloj y va a despertar a los hombres del relevo, el oficial que aprovecha la noche de vigilia para escribir a la esposa. Y las patrullas cristiana e infiel se adentran ambas media milla, llegan casi hasta el bosque, pero luego dan la vuelta, una por aquí y otra por allí sin encontrarse nunca, regresan al campamento para referir que todo está en calma, y se van a la cama. Las estrellas y la luna corren silenciosas sobre los dos campos adversos. En ningún sitio se duerme tan bien como en el ejército.

Sólo a Agilulfo le estaba negado este alivio. En la armadura blanca, completamente emperejilada, bajo su tienda, una de las más ordenadas y confortables del campamento cristiano, intentaba mantenerse boca arriba, y continuaba pensando: no los pensamientos ociosos e imprecisos de quien está a punto de entregarse al sueño, sino siempre razonamientos determinados y exactos. Al poco rato se alzaba sobre un codo: sentía la necesidad de dedicarse a cualquier ocupación manual, como lustrar la espada, que ya estaba reluciente, o untar de grasa las juntas de la armadura. No aguantaba mucho: de nuevo se levantaba, y salía de la tienda, embrazando lanza y escudo, y su sombra blanquecina se deslizaba por el campamento. De las tiendas cónicas se elevaba el concierto de las pesadas respiraciones de los dormidos. Aquel poder cerrar los ojos, perder la conciencia de sí, hundirse en el vacío de las propias horas, y luego al despertar volverse a encontrar igual que antes, para reanudar los hilos de la propia vida, era algo que Agilulfo no podía saber, y su envidia por la facultad de dormir propia de las personas existentes era una envidia vaga, como de una cosa que no puede ni siquiera concebirse. Lo hería e inquietaba aún más la vista de los pies desnudos que asomaban aquí y allí por el borde de las tiendas, con los pulgares hacia arriba: el campamento durante el sueño era el reino de los cuerpos, una extensión de vieja carne de Adán, exaltada por el vino bebido y el sudor de la jornada guerrera; mientras en el umbral de los pabellones yacían desarmadas las vacías armaduras, que los escuderos y servidores por la mañana pulirían y pondrían a punto. Agilulfo pasaba, atento, nervioso, altivo: el cuerpo de la gente que tenía un cuerpo le producía, sin duda, un malestar semejante a la envidia, pero también un ansia que era de orgullo, de superioridad desdeñosa. Los colegas tan nombrados, los gloriosos paladines, ¿qué eran ahora? La armadura, testimonio de su grado y nombre, de las hazañas llevadas a cabo, de la fuerza y el valor, hela aquí reducida a una envoltura, a chatarra vacía; y las personas roncando, con la cara aplastada en la almohada y un hilo de baba que caía de los labios abiertos. A él no, no era posible descomponerlo en piezas, desmembrarlo: era y seguía siendo en cada momento del día y de la noche Agilulfo Emo Bertrandino de los Guildivernos y de los Otros de Corbentraz y Sura, armado caballero de Selimpia Citerior y de Fez el día tal, habiendo realizado para gloria de las armas cristianas las acciones tal y tal, y encargado en el ejército del emperador Carlomagno del mando de las tropas tal y cual. Y poseedor de la más bella y reluciente armadura de todo el campamento, inseparable de él. Y mejor oficial que muchos que se jactan de insignes;

es más, el mejor de todos los oficiales. Y sin embargo, paseaba infeliz en la noche.

Oyó una voz:

—Señor oficial, discúlpeme, pero ¿cuándo va a llegar el relevo? ¡Me han dejado plantado aquí hace más de tres horas! —Era un centinela que se apoyaba en la lanza como si tuviera retortijones.

Agilulfo ni siquiera se volvió, dijo:

—Te equivocas, yo no soy el oficial de guardia —y siguió adelante.

—Perdonadme, señor oficial. Al veros dar vueltas por aquí, creía...

A la más pequeña falta en el servicio a Agilulfo le cogía la manía de revisarlo todo, de hallar otros errores y negligencias en el proceder ajeno, el sufrimiento agudo por lo que está mal hecho, fuera de lugar... Pero al no ser de su incumbencia efectuar una inspección como ésa a aquellas horas, también su conducta podría considerársela fuera de lugar, incluso indisciplinada. Agilulfo trataba de contenerse, de limitar su interés a cuestiones particulares de las que de cualquier modo al día siguiente tendría que ocuparse, como la disposición de ciertas perchas donde se guardaban las lanzas, o los artificios para mantener seco el heno... Pero su blanca sombra siempre topaba con el jefe de guardia, el oficial de servicio, la patrulla que revolvía en la cantina buscando una pequeña damajuana de vino que había sobrado la noche anterior... Cada vez, Agilulfo tenía un momento de incertidumbre, de si debía comportarse como quien sabe imponer con su sola presencia el respeto a la autoridad o como quien, encontrándose donde no tiene que encontrarse, da un paso atrás, discreto, y finge no estar allí. Con esta incertidumbre, se detenía, pensativo: y no conseguía tomar ni una postura ni otra; sólo sentía que fastidiaba a todos, y habría querido hacer algo para entrar en una relación cualquiera con el prójimo, por ejemplo ponerse a gritar órdenes, improperios de cabo, o estallar en carcajadas y soltar palabrotas como entre compañeros de posada. En cambio murmuraba algunas palabras de saludo ininteligibles, con una timidez disfrazada de soberbia, o una soberbia corregida por la timidez, y seguía adelante; pero todavía le parecía que aquellos le habían dirigido la palabra, y se volvía apenas, diciendo:

«¿Eh?», pero luego en seguida se convencía de que no era a él a quien hablaban y se alejaba como si escapara.

Avanzaba hasta los límites del campamento, a lugares solitarios, subiendo por una altura desnuda. La noche en calma estaba recorrida solamente por el suave vuelo de pequeñas sombras informes de alas silenciosas, que se movían alrededor sin una dirección ni siquiera momentánea: los murciélagos. Incluso ese mísero cuerpo incierto entre ratón y ave era sin embargo algo tangible y cierto, algo con lo que podía chocar uno en el aire, con su boca abierta tragando mosquitos, mientras que Agilulfo, con toda su coraza, era atravesado en cada fisura por las ráfagas del viento, por el vuelo de los mosquitos, y los rayos de la luna. Una rabia indeterminada, que le había crecido dentro, estalló de pronto: desenvainó la espada, la agarró con las dos manos, arremetió con todas sus fuerzas contra cada murciélago que bajaba. Nada: continuaban su vuelo sin principio ni fin, apenas agitados por el desplazamiento de aire. Agilulfo daba golpes y más golpes; ya ni siquiera trataba de golpear a los murciélagos; sus sablazos seguían trayectorias más regulares, se ordenaban según los modelos de la esgrima con el espadón; y Agilulfo había empezado a hacer ejercicios como si se estuviera adiestrando para el próximo combate, y exhibía la teoría de los molinetes, de los quites, de las fintas.

Súbitamente se detuvo. Un joven apareció de repente de entre un seto, allí en la altura, y lo miraba. Estaba armado sólo con una espada y llevaba el pecho ceñido por una leve coraza.

—¡Oh, caballero! —exclamó—. ¡No quería interrumpiros! ¿Es para la batalla que os ejercitáis? Porque habrá batalla con las primeras luces de la mañana, ¿verdad? ¿Permitís que haga ejercicios con vos? —Y, tras un silencio—: Llegué al campamento ayer... Será la primera batalla, para mí... Es todo tan distinto de como me esperaba...

Agilulfo estaba ahora de través, con la espada apretada contra el pecho, los brazos cruzados, protegido todo él tras el escudo.

—Las disposiciones para un posible encuentro armado, decididas por el mando, son comunicadas a los señores oficiales una hora antes del comienzo de las operaciones — dijo.

El joven se quedó algo confundido, como frenado en su arrebatado, pero, una vez vencido un ligero balbuceo, recomenzó, con el calor de antes:

—Es que yo, veréis, he llegado ahora... para vengar a mi padre... Y quisiera que vosotros los más viejos me dijerais, por favor, qué debo hacer para encontrarme en la batalla frente a ese perro pagano del argalif Isoarre, sí, precisamente él, y partirle la lanza en las costillas, tal como él hizo con mi heroico progenitor, que Dios lo tenga en su gloria, ¡el difunto marqués Gerardo de Rosellón!

—Es muy sencillo, muchacho —dijo Agilulfo, e incluso en su voz había ahora un cierto calor, el calor de quien conociendo al dedillo los reglamentos y escalafones goza demostrando su propia competencia y también confundiendo la desprevenimiento ajena—, tienes que hacer una súplica a la Superintendencia de Duelos, Venganzas y Manchas al Honor, especificando los motivos de tu solicitud, y se estudiará la mejor manera de ponerte en condiciones de que obtengas la satisfacción deseada.

El joven, que esperaba al menos algún indicio de admirada reverencia al pronunciarse el nombre de su padre, se quedó apesadumbrado más por el tono que por el sentido de aquella salida. Luego trató de meditar sobre las palabras que el caballero le había dicho, pero para negarlas en su interior y mantener vivo su entusiasmo.

—Pero, caballero, no son las superintendencias lo que me preocupa, comprendedme, es que me pregunto si en la batalla el valor que siento, el ensañamiento que me bastaría para destripar no a uno sino a cien infieles, e incluso mi arrojo con las armas, porque estoy bien adiestrado, ¿sabéis?, digo que si allí en aquella gran refriega, antes de haberme orientado, no sé... Si no encuentro a ese perro, si se me escapa, quisiera saber qué es lo que hacéis vos en estos casos, caballero, decidme, cuando en la batalla está en juego un asunto vuestro, algo absoluto para vos, para vos sólo... Agilulfo respondió secamente:

—Me atengo estrictamente a las disposiciones. Hazlo tú también así y no te equivocarás.

—Perdonadme —dijo el muchacho, y estaba allí como pasmado—, no quería importaros. Me habría gustado hacer algunos ejercicios de espada con vos, ¡con un paladín! Porque, sabéis, yo soy bueno en la esgrima, pero a veces, por la mañana temprano, los músculos están como entumecidos, fríos, no van como uno quisiera. ¿No os pasa también a vos?

—A mí no —dijo Agilulfo, y ya le volvía la espalda, se marchaba.

El joven se encaminó hacia el campamento. Era la hora incierta que precede al alba. Se notaba entre los pabellones un primer movimiento de gente. Ya antes de diana el estado mayor estaba en pie. En las tiendas de los mandos y los furrieles se encendían las antorchas, que contrastaban con la media luz que se filtraba del cielo. ¿Era de verdad un día de batalla, este que comenzaba, como ya corría la voz desde la noche anterior? El recién llegado era presa de la excitación, pero una excitación distinta de la que se esperaba, de la que lo había llevado hasta allí; o mejor: era un ansia de volver a encontrar tierra bajo los pies, ahora que parecía que todo lo que tocaba sonaba a vacío.

Encontraba paladines ya encerrados en sus corazas brillantes, en los esféricos yelmos empenachados, el rostro cubierto por la celada. El muchacho se volvía para mirarlos y le entraban ganas de imitar su porte, su orgullosa manera de girar por la cintura, como si coraza, yelmo y hombreras fueran una sola pieza. ¡Y aquí estaba él, entre los paladines invencibles, dispuesto a emularlos en la batalla, con las armas en la mano, a convertirse en uno de ellos! Pero los dos que estaba siguiendo, en lugar de montar a caballo, iban a sentarse detrás de una mesa repleta de papeles: eran sin duda dos grandes comandantes. El joven corrió a presentarse a ellos:

—Soy Rambaldo de Rosellón, bachiller, ¡del difunto marqués Gerardo! ¡He venido a enrolarme para vengar a mi padre, muerto como un héroe bajo las murallas de Sevilla!

Aquellos dos se llevan las manos al yelmo emplumado, lo levantan separando la babera de la gola, y lo posan sobre la mesa. Y bajo los yelmos aparecen dos cabezas calvas, amarillentas, dos caras con la piel un poco blanda, todo bolsas, y unos bigotes esmirriados: dos caras de escribientes, de viejos funcionarios chupatintas.

—Rosellón, Rosellón —dicen, recorriendo unos rollos con los dedos humedecidos de saliva—. ¡Pero si ya te inscribimos ayer! ¿Qué quieres? ¿Por qué no estás con tu sección?

—Nada, no sé, esta noche no he conseguido coger el sueño, el pensamiento de la batalla,

yo debo vengar a mi padre, sabéis, tengo que matar al argalif Isoarre y de este modo procurar... Sí: la Superintendencia de Duelos, Venganzas y Manchas al Honor, ¿dónde está?

—Apenas ha llegado, éste, ¡y oye con lo que sale! Pero ¿qué sabes tú de la superintendencia?

—Me lo ha dicho ese caballero, cómo se llama, el de la armadura toda blanca...

—¡Uf! ¡Sólo nos faltaba él! ¡Qué manía de meter en todo la nariz que no tiene!

—¿Cómo? ¿No tiene nariz?

—En vista de que a él la sarna no le pica —dijo el otro desde detrás de la mesa—, no encuentra nada mejor que rascarles la sarna a los demás.

—¿Por qué no le pica la sarna?

—¿Y en qué sitio quieres que le pique si no tiene ningún sitio? Ese es un caballero que no existe...

—Pero ¿cómo que no existe? ¡Yo lo he visto! ¡Existía!

—¿Qué has visto? Chatarra... Es uno que existe sin existir, ¿entiendes, cabeza de chorlito?

Nunca el joven Rambaldo hubiera imaginado que las apariencias pudieran revelarse tan engañosas: desde el momento en que había llegado al campamento descubría que todo era distinto de lo que parecía...

—¡Así que en el ejército de Carlomagno se puede ser caballero con tantos nombres y títulos y, además, combatiente de pro y celoso oficial, sin necesidad de existir!

—¡Para el carro! Nadie ha dicho: en el ejército de Carlomagno se puede etcétera. Sólo hemos dicho: en nuestro regimiento hay un caballero así y así. Eso es todo. Lo que puede existir o dejar de existir en líneas generales, no nos interesa a nosotros. ¿Entendido?

Rambaldo se dirigió al pabellón de la Superintendencia de Duelos, Venganzas y Manchas al Honor. Ya no se dejaba engañar por las corazas y los yelmos emplumados: comprendía que detrás de aquellas mesas las armaduras ocultaban hombrecillos enjutos y polvorientos. ¡Y aún gracias si dentro había alguien!

—¡Así que quieres vengar a tu padre, marqués de Rosellón, de grado general! Veamos: para vengar a un general, el procedimiento mejor es quitar de en medio a tres comandantes. Podríamos asignarte tres que fueran fáciles, y asunto terminado.

—No me he explicado bien: es Isoarre el argalif al que debo matar. ¡Fue él en persona quien derribó a mi glorioso padre!

—Sí, sí, lo hemos entendido, pero echar abajo a un argalif no vayas a creer que sea algo tan sencillo... ¿quieres cuatro capitanes?, te garantizamos cuatro capitanes infieles antes de mediodía. Mira que cuatro capitanes se dan por un general de división, y tu padre era general de brigada solamente.

—¡Buscaré a Isoarre y lo destriparé! ¡A él, sólo a él!

—Tú acabarás arrestado, no combatiendo, ¡puedes estar seguro! ¡Reflexiona un poco antes de hablar! Si te ponemos dificultades para Isoarre, es que habrá motivos para ello... Si nuestro emperador, por ejemplo, tuviese con Isoarre alguna negociación en curso...

Pero uno de aquellos funcionarios, que había estado hasta entonces con la cabeza hundida en los papeles, se alzó regocijado:

—¡Todo resuelto! ¡Todo resuelto! ¡No hay necesidad de hacer nada! Para qué venganza, ¡no hace falta! Oliverio, el otro día, creyendo a sus dos tíos muertos en batalla, ¡los vengó! ¡Por el contrario se habían quedado borrachos debajo de una mesa! Nos encontramos con estas dos venganzas de tío de más, un buen lío. Ahora todo se arregla: una venganza de tío nosotros la contamos como media venganza de padre: es como si tuviéramos una venganza de padre en blanco, ya ejecutada.

—¡Ah, padre mío! —Rambaldo desvariaba.

—Pero ¿qué te pasa?

Habían tocado diana. El campamento, al alba, pululaba de gente armada. Rambaldo habría querido mezclarse con aquella multitud que poco a poco tomaba forma de pelotones y compañías encuadradas, pero le parecía que aquel chocar de hierro era como un vibrar de élitros de insectos, un chisporroteo de cáscaras secas. Muchos guerreros

estaban encerrados en el yelmo y la coraza hasta la cintura, y bajo la falda asomaron las piernas en calzones, porque quijotes y grebas se esperaba a estar en la silla para ponerlos. Las piernas, bajo ese tórax de acero, parecían más delgadas, como patas de grillo; y la forma que tenían de mover, cuando hablaban, las cabezas redondas y sin ojos, y también de mantener replegados los brazos con el estorbo de codales y mandiletes era de grillo o de hormiga; y del mismo modo todo su trajín parecía un confuso pateo menudo de insectos. En medio de ellos, los ojos de Rambaldo fueron buscando algo: era la blanca armadura de Agilulfo o que esperaba volver a encontrar, quizá porque su aparición habría vuelto más concreto el resto del ejército, o bien porque la presencia más sólida que había hallado era precisamente la del caballero inexistente.

Lo descubrió bajo un pino, sentado en el suelo, colocando pequeñas pinas según un dibujo regular, un triángulo isósceles. A esas horas de la madrugada, Agilulfo tenía siempre necesidad de dedicarse a un ejercicio de exactitud: contar objetos, ordenarlos en figuras geométricas, resolver problemas de aritmética. Es la hora en que las cosas pierden la consistencia de sombra que las ha acompañado en la noche y vuelven a adquirir poco a poco los colores, pero mientras tanto atraviesan algo así como un limbo incierto, apenas rozadas y casi aureoladas por la luz: la hora en que menos seguros estamos de la existencia del mundo. El, Agilulfo, tenía siempre necesidad de sentir frente a sí las cosas como un muro macizo al que contraponer la tensión de su voluntad, y sólo así conseguía mantener una segura conciencia de sí mismo. Si en cambio el mundo a su alrededor se esfumaba en lo incierto, en lo ambiguo, también él se sentía ahogar en esta mórbida penumbra, sin conseguir que aflorase del vacío un pensamiento claro, un impulso decidido, un pundonor. Se sentía mal: eran esos los momentos en que creía desfallecer; a veces sólo a costa de un esfuerzo extremo lograba no disolverse. Entonces se ponía a contar: hojas, piedras, lanzas, pinas, cualquier cosa que tuviera delante. O a ponerlas en fila, a ordenarlas en cuadrados o en pirámides. El dedicarse a estas ocupaciones exactas le permitía vencer el malestar, absorber el descontento, la inquietud y el marasmo, y recobrar la lucidez y compostura habituales.

Así lo vio Rambaldo, mientras con movimientos absortos y rápidos disponía las pinas en triángulo, luego en cuadrados sobre los lados del triángulo, y sumaba con obstinación las pinas de los cuadrados de los catetos comparándolas con las del cuadrado de la hipotenusa. Rambaldo comprendía que aquí todo avanzaba con rituales, convenciones, fórmulas, y debajo de esto, ¿qué había, debajo? Se sentía presa de un azoramiento indefinible, al saberse fuera de todas estas reglas del juego... Luego, su deseo de tomar venganza de la muerte de su padre, y este ardor por combatir, por enrolarse entre los guerreros de Carlomagno, ¿no era también un ritual para no hundirse en la nada, como ese quitar y poner pinas del caballero Agilulfo? Y oprimido por la turbación de tan inesperadas cuestiones, el joven Rambaldo se lanzó al suelo y estalló en llanto.

Sintió que algo se le posaba en los cabellos, una mano, una mano de hierro, aunque ligera. Agilulfo estaba arrodillado junto a él.

—¿Qué tienes, muchacho? ¿Por qué lloras?

Los estados de desfallecimiento o desesperación o furor de los otros seres humanos le daban inmediatamente a Agilulfo una calma y una seguridad perfectas. El sentirse inmune a los sobresaltos y angustias que sufren las personas existentes lo llevaba a tomar una actitud superior y protectora.

—Perdonadme —dijo Rambaldo—, quizá es cansancio. No he conseguido pegar ojo en toda la noche, y ahora me encuentro perdido. Si pudiera adormecerme al menos un momento... Pero ya es de día. Y vos, que también os habéis quedado despierto, ¿cómo os las arregláis?

—Yo me encontraría perdido si me adormeciera aunque sólo fuera un instante —dijo bajito Agilulfo—, mejor dicho, ya no volvería a encontrarme por nada, me perdería para siempre. Por eso paso muy despierto cada instante del día y de la noche.

—Debe ser desagradable...

—No. —La voz se había vuelto seca, fuerte.

—Y la armadura, ¿no os la quitáis nunca de encima?

Volvió a murmurar.

—No hay un encima. Quitar o poner para mí no tiene sentido.

Rambaldo había alzado la cabeza y miraba en las fisuras de la celada, como si buscara en aquella oscuridad el destello de una mirada.

—¿Y cómo puede ser?

—¿Y cómo puede ser, si no?

La mano de hierro de la armadura blanca estaba posada todavía en los cabellos del joven. Rambaldo la sentía apenas posar sobre su cabeza, como una cosa, sin que le comunicase ningún calor de proximidad humana, fuera consoladora o fastidiosa, y sin embargo advertía una especie de tensa obstinación que se propagaba por él.

### III

Carlomagno cabalgaba a la cabeza del ejército de los francos. Llevaban una marcha de aproximación; no había prisa; no se caminaba muy rápido. En torno al emperador se agrupaban los paladines, que frenaban por la brida a los impetuosos caballos; y con aquel caracolear y mover acompasadamente sus argénteos escudos se alzaban y bajaban como branquias de un pez. A un largo pez todo escamas se parecía el ejército: a una anguila.

Campesinos, pastores, aldeanos, acudían a los bordes del camino.

—¡Aquél es el rey, aquél es Carlos! —y se inclinaban al suelo, reconociéndolo, más que por la poco familiar corona, por la barba. Luego en seguida se levantaban para identificar a los guerreros—: ¡Aquél es Orlando! ¡Que no, ése es Oliverio! —No acertaban ni uno, pero era igual, porque éste o aquél, allí estaban todos, y podían jurar que habían visto a quien querían.

Agilulfo, cabalgando en el grupo, de vez en cuando daba una pequeña carrera, después se detenía para esperar a los demás, se giraba para comprobar que la tropa seguía compacta, o se volvía hacia el sol como si calculara por la altura sobre el horizonte la hora. Estaba impaciente. Sólo él, allí en medio, tenía en la mente la orden de marcha, las etapas, el lugar al que debían llegar antes de la noche. Los otros paladines, pues sí, marcha de aproximación, andar de prisa o despacio es siempre aproximarse, y con la excusa de que el emperador es viejo y está cansado, en cada taberna estaban dispuestos a pararse para beber. Por el camino no veían más que muestras de tabernas y traseros de siervas, sólo para decir cuatro insolencias; por lo demás, viajaban como encerrados en un baúl.

Carlomagno todavía era el que demostraba más curiosidad por todo lo que veían alrededor.

—¡Huy, patos, patos! —exclamaba. Por los prados, a lo largo del camino, se veía a un grupo de ellos. En medio de aquellos patos había un hombre, pero no se entendía qué diablos estaba haciendo: caminaba acuclillado, con las manos detrás, a la espalda, alzando los pies de plano igual que una palmípeda, con el cuello tieso, y diciendo—: Cuá... cuá... cuá... —Los patos no le hacían ningún caso, parecían reconocerlo como uno de ellos. Y a decir verdad, entre el hombre y los patos la vista no hacía grandes distinciones, porque lo que llevaba puesto el hombre, de un color pardo terroso (parecía compuesto, en gran parte, por trozos de saco), presentaba anchas zonas de un gris verdusco exacto a sus plumas, y además había remiendos y jirones y manchas de los más variados colores, como las estrías irisadas de aquellos volátiles.

—Eh, tú, ¿te parece ésta la manera de inclinarte ante el emperador? —le gritaron los paladines, siempre dispuestos a buscar camorra.

El hombre no se volvió, pero los patos, espantados por aquellas voces, alzaron el vuelo todos juntos. El hombre se demoró un momento viéndolos elevarse, con la nariz al aire, luego abrió los brazos, dio un salto, y saltando y aleteando de este modo, con los brazos abiertos de par en par, de los que colgaban jirones de harapos, soltando risotadas y «¡Cuaaaá! ¡Cuaaaá!» llenos de gozo, intentaba seguir a la bandada.

Había una charca. Los patos volando fueron a posarse allí a flor de agua y, ligeros, con las alas plegadas, se alejaron nadando. El hombre, en la charca, se tiró al agua de barriga, levantó enormes salpicaduras, se agitó con ademanes descompuestos, intentó aún un «¡Cuá! ¡Cuá!» que terminó en un borboteo porque se estaba yendo al fondo, emergió de nuevo, trató de nadar, volvió a hundirse.

—¿Es el guardián de los patos, ése? —preguntaron los guerreros a una campesina que se



acercaba con una caña en la mano.

—No, los patos los guardo yo, son míos, él no tiene nada que ver, es Gurdulú... —dijo aquella campesina.

—¿Y qué hacía con tus patos?

—Oh, nada, de vez en cuando le da por ahí, los ve, se equivoca, cree ser...

—¿Cree ser un pato?

—Cree ser los patos... Ya sabéis cómo es Gurdulú: no se fija...

—Pero ¿dónde se ha metido ahora?

Los paladines se acercaron a la charca. A Gurdulú no se lo veía. Los patos, una vez atravesado el espejo de agua, habían reemprendido el camino entre la hierba con sus pasos palmeados. En torno al estanque, de los helechos, se alzaba un coro de ranas. El hombre sacó la cabeza del agua repentinamente, como si se hubiera acordado en ese momento de que debía respirar. Se miró asustado, como sin comprender qué era aquella franja de helechos que se reflejaba en el agua a un palmo de sus narices. En cada hoja de helecho estaba sentado un pequeño animal verde, muy liso, que lo miraba y que hacía con todas sus fuerzas: «¡Croac! ¡Croac! ¡Croac!»

—¡Croac! ¡Croac! ¡Croac! —respondió Gurdulú, contento, y a su vez desde todos los helechos había un saltar de ranas al agua y desde el agua un saltar de ranas a la orilla, y Gurdulú gritando «¡Croac!» dio un salto también él, llegó hasta la orilla, empapado y fangoso de los pies a la cabeza, se puso en cuclillas como una rana, y prorrumpió en un «¡Croac!» tan fuerte que con una rotura de cañas y hierbas volvió a caer a la charca.

—¿Y no se ahoga? —preguntaron los paladines a un pescador.

—Oh, a veces Homobó se olvida, se pierde... Ahogarse no... Lo malo es cuando termina en la red con los peces... Un día le ocurrió cuando se puso a pescar... Echa al agua la red, ve un pez que está a punto de entrar, y se identifica tanto con aquel pez que se zambulle en el agua y entra él en la red... Ya sabéis cómo es, Homobó...

—¿Homobó? Pero ¿no se llama Gurdulú?

—Homobó lo llamamos nosotros.

—Pero aquella muchacha...

—Ah, ésa no es de mi pueblo, puede ser que en el suyo lo llamen así.

—Y él, ¿de qué pueblo es?

—Bueno, corre mundo...

La cabalgata flanqueaba un campo de perales. Los frutos estaban maduros. Con las lanzas los guerreros ensartaban peras, las hacían desaparecer por el pico de los yelmos, luego escupían las semillas. Y en fila en medio de los perales, ¿a quién ven? A Gurdulú-Homobó. Estaba con los brazos levantados, retorcidos como ramas, y en las manos y la boca y sobre la cabeza y en los desgarrones del vestido tenía peras.

—¡Mira cómo hace el peral! —decía Garlomagno, jovial.

—¡Ahora lo sacudo! —dijo Orlando, y le asestó un golpe.

Gurdulú dejó caer las peras todas al mismo tiempo, que rodaron por el prado en declive, y al verlas rodar no pudo contenerse de rodar también él como una pera por los prados, hasta que lo perdieron de vista.

—¡Vuestra majestad lo perdone! —dijo un viejo hortelano—. Martinzul no entiende a veces que su sitio no está entre los árboles o entre los frutos inanimados, ¡sino entre los devotos súbditos de vuestra majestad!

—Pero ¿qué es lo que le ocurre a ese loco que vosotros llamáis Martinzul? —preguntó, afable, nuestro emperador—. ¡Me parece que ni siquiera sabe lo qué le pasa por la mollera!

—¿Y qué podemos saber nosotros, majestad? —el viejo hortelano hablaba con la modesta sabiduría de quien ha visto muchas cosas—. Loco quizá no se le pueda llamar: sólo es uno que existe, pero que no sabe que existe.

—¡Vaya, hombre! Este súbdito que existe, pero que no sabe que existe y aquel paladín mío que sabe que existe y en cambio no existe. ¡Hacen una buena pareja, os lo digo yo! Carlomagno ya estaba cansado de estar en la silla. Apoyándose en sus palafreneros, jadeando entre las barbas, refunfuñando «¡Pobre Francia!», desmontó. Como si de una señal se tratara, en cuanto el emperador echó pie a tierra, todo el ejército se detuvo y preparó un vivac. Dispusieron las marmitas para el rancho.

—Traedme a ese Gurgur... ¿Cómo se llama? —dijo el rey.

—Según los países que atraviesa —dijo el sabio hoterlano—, y detrás de qué ejército cristiano o infiel se coloca, lo llaman Gurdurú o Gudi-Ussuf o Ben-Va-Ussuf o Ben-Stambul o Pes-tanzul o Bertinzul o Martinbón o Homobón o Homobestia, o bien el Feo del Valle o Juan Lanás o Perico Pachucho. Puede suceder que en una alquería perdida le den un nombre completamente distinto de los otros; también he notado que en todas partes sus nombres cambian de una estación a otra. Se diría que los nombres le corren por encima sin que consigan nunca engancharse. Para él, total, le llamen como le llamen es lo mismo. Le llamáis y él cree que llamáis a una cabra: decís «queso» o «torrente» y contesta: «Aquí estoy.»

Dos paladines —Sansónito y Dudón— llevaban a rastras a Gurdulú como si fuera un saco. Lo pusieron de pie a empujones delante de Carlomagno.

—¡Descúbrete la cabeza, bruto! ¡No ves que estás ante el rey!

La cara de Gurdulú se iluminó; era una ancha cara acalorada en la que se mezclaban caracteres francos y moriscos: una salpicadura de pecas rojas sobre una piel olivácea; unos ojos celestes, líquidos, veteados de sangre sobre una nariz chata y una boca de labios hinchados; el pelo, amarillento, pero crespo, y una barba hirsuta, con claros. Y entre este pelo, enredados con él, erizos de castaña y espigas de avena.

Empezó a prosternarse en reverencias y a hablar muy seguido. Aquellos nobles señores, que hasta ahora lo habían oído emitir sólo voces de animales, se asombraron. Hablaba muy de prisa, comiéndose las palabras y embrollándose; a veces parecía pasar sin interrupción de un dialecto a otro, e incluso de una lengua a otra, fuera cristiana o mora. Entre palabras que no se entendían y disparates, su disertación era más o menos ésta:

—Doy con la nariz al suelo, caigo de pie a vuestras rodillas, me declaro augusto servidor de vuestra muy humilde majestad, ¡mandaros y me obedeceré! —Blandió una cuchara que llevaba atada a la cintura—. Y cuando vuestra majestad dice: «Ordeno, mando y quiero», y hace así con el cetro, así con el cetro como hago yo, ¿veis?, y grita así como grito yo: «¡Ordenooo, mandooo y quierooo!», todos vosotros perros súbditos debéis obedecerme, de lo contrario os hago empalar y tú el primero, ¡ése de la barba y la cara de viejo chocho!

—¿Debo cortarle la cabeza de golpe, sire? —preguntó Orlando, y ya desenvainaba.

—Imploro gracia para él, majestad —dijo el hortelano—. Ha sido uno de sus descuidos de costumbre: al hablar al rey se ha confundido y ya no se ha acordado de si el rey era él o aquel a quien hablaba.

De las marmitas humeantes llegaba olor a rancho.

—¡Dadle una escudilla de sopa! —dijo, clemente, Carlomagno.

Con muecas, inclinaciones y palabras incomprensibles, Gurdulú se retiró bajo un árbol a comer.

—Pero ¿qué hace, ahora?

Estaba metiendo la cabeza dentro de la escudilla puesta en el suelo, como si quisiera entrar dentro de ella. El buen hortelano fue a sacudirlo por un hombro.

—¡Cuándo lo entenderás, Martinzul, que eres tú el que debe comer la sopa y no la sopa la que debe comerte a ti! ¿No te acuerdas? Tienes que llevártela a la boca con la cuchara...

Gurdulú empezó a zamparse cucharadas, con avidez. Lanzaba la cuchara con tanta fogosidad que a veces erraba la puntería. En el árbol al pie del cual estaba sentado se abría una cavidad, justo a la altura de su cabeza. Gurdulú empezó a arrojar cucharadas de sopa por el hueco del tronco.

—¡No es tu boca, ésa! ¡Es del árbol!

Agilulfo había seguido desde el principio, atento y turbado, los movimientos de aquel corpachón carnoso, que parecía revolcarse en medio de las cosas existentes satisfecho como un potrillo que quiere rascarse la espalda; y sentía una especie de vértigo.

—¡Caballero Agilulfo! —gritó Carlomagno—. ¿Sabéis qué os digo? ¡Os asigno a ese hombre como escudero! ¿Verdad que es una buena idea?

Los paladines, irónicos, reían burlonamente. Agilulfo, que por el contrario se lo tomaba todo en serio (¡y tanto más una expresa orden imperial!), se dirigió al nuevo escudero para impartirle las primeras órdenes, pero Gurdulú, con la sopa tragada, había caído

dormido a la sombra de aquel árbol. Tendido en la hierba, roncaba con la boca abierta, y pecho, estómago y vientre se alzaban y bajaban como el fuelle de un herrero. La escudilla grasienta había rodado cerca de uno de sus gruesos pies descalzos. Por entre la hierba, un puercoespín, quizá atraído por el olor, se acercó a la escudilla y se puso a lamer las últimas gotas de sopa. Al hacerlo empujaba las púas contra la desnuda planta del pie de Gurdulú, y cuanto más avanzaba remontando el exiguo reguero de sopa, más apretaba sus espinas sobre el pie desnudo. Hasta que el vagabundo abrió los ojos: miró a su alrededor, sin comprender de dónde venía aquella sensación de dolor que lo había despertado. Vio el pie desnudo, derecho en medio de la hierba como una pala de chumbera y, contra el pie, el erizo.

—¡Oh, pie! —empezó a decir Gurdulú—, ¡pie, eh, a ti te lo digo! ¿Qué haces plantado ahí como un tonto? ¿No ves que ese animal te pincha? ¡Oh, pie! ¡Oh, estúpido! ¿Por qué no vienes hacia aquí? ¿No notas que te hace daño? ¡Qué pie más tonto! Si basta con muy poco, ¡basta con que te muevas un tanto así! Pero ¿cómo es posible ser tan estúpido? ¡Pieeee! ¡Haz el favor de escucharme! ¡Mira cómo se deja destrozar! ¡Ven hacia aquí, idiota! ¿Cómo te lo tengo que decir? Presta atención: mira cómo lo hago yo, ahora te enseño lo que debes hacer... —Y al decir esto dobló la pierna, arrastrando el pie hacia sí y alejándolo del puerco espín—. ¿Lo ves?, era tan fácil que en cuanto te he enseñado cómo se hace lo has conseguido también tú. Pie estúpido, ¿por qué te has quedado tanto tiempo dejándote pinchar?

Se frotó la planta dolorida, se levantó, se puso a silbar, empezó una carrera, se lanzó a través de los arbustos, soltó un pedo, luego otro, y desapareció.

Agilulfo se movió como para tratar de localizarlo, pero ¿adonde había ido? El valle se abría estriado por espesos campos de avena, y setos de madroños y alheña, recorrido por el viento, por ráfagas cargadas de polen y mariposas, y, arriba en el cielo, por borras de nubes blancas. Gurdulú había desaparecido allá en medio, en este declive donde el sol al girar dibujaba móviles manchas de luz y de sombra; podía estar en cualquier lugar de esta o aquella vertiente.

De quién sabe dónde se alzó un canto desentonado:

—De sur les ponts de Bayonne...

La blanca armadura de Agilulfo, alta sobre un costado del valle, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Así pues, ¿cuándo empieza a prestar servicio el nuevo escudero? —le increparon los colegas.

Maquinalmente, con voz privada de entonación, Agilulfo aseveró:

—Una afirmación verbal del emperador tiene valor inmediato de decreto.

—De sur les ponts de Bayonne... —se oyó aún la voz, más lejana.

## IV

Todavía era confuso el estado de las cosas del mundo, en la Edad en que esta historia se desarrolla. No era raro topar con nombres y pensamientos y formas e instituciones a los que no correspondía nada existente. Y por otra parte por el mundo pululaban objetos y facultades y personas que no tenían nombre ni distinción de lo demás. Era una época en la que la voluntad y la obstinación de ser, de marcar la huella, de oponerse a todo lo existente, no era usada enteramente, dado que a muchos no les importaba lo más mínimo —por miseria o ignorancia o porque en cambio todo les salía bien lo mismo—, y por tanto una cierta cantidad se perdía en el vacío. Entonces también podía darse el caso de que en un momento determinado esta voluntad y conciencia de sí mismo, tan diluida, se condensase, formase grumo, como el imperceptible polvillo acuoso se condensa en copos de nubes, y que esta maraña, por casualidad o por instinto, tropezara con un nombre y un linaje, vacantes, como entonces existían a menudo, con un grado en el escalafón militar, con un conjunto de ocupaciones que desplegar y de reglas establecidas; y —sobre todo— con una armadura vacía, porque sin ella, con los tiempos que corrían, incluso un hombre que existe se arriesgaba a desaparecer, conque figurémonos uno que no existe... Así había empezado a guerrear Agilulfo en los Guildivernos y a procurarse gloria.

Yo, la que cuento esta historia, soy sor Teodora, religiosa de la orden de San Columbiano. Escribo en el convento, deduciendo de viejos papeles, de conversaciones oídas en el locutorio y de algún raro testimonio de gente que estaba allí. Nosotras las monjas, ocasiones para conversar con los soldados, tenemos pocas: lo que no sé trato, pues, de imaginármelo; si no, ¿cómo me las arreglaría? Y no todo, en esta historia, me resulta claro. Tenéis que ser indulgentes: somos muchachas del campo, aunque nobles, hemos vivido siempre retiradas, en castillos perdidos y después en conventos; fuera de funciones religiosas, triduos, novenas, trabajos del campo, trillas, vendimias, azotes de siervos, incestos, incendios, ahorcamientos, invasiones de ejércitos, saqueos, estupro, pestes, nosotras no hemos visto nada. ¿Qué puede saber del mundo una pobre hermana? Así pues, prosigo trabajosamente esta historia que he empezado a narrar como penitencia. Ahora Dios sabe cómo me las ingeniaré para contaros la batalla, yo que de las guerras, Dios me libre, he estado siempre lejos, y salvo los cuatro o cinco encuentros campales que se desarrollaron en la llanura bajo nuestro castillo y que de niñas seguíamos desde las almenas, entre las calderas de pez hirviendo (¡cuántos muertos insepultos se quedaban pudriéndose luego en los prados y nos los encontrábamos jugando, el verano siguiente, bajó una nube de abejorros!), de batallas, decía, yo no sé nada.

Tampoco Rambaldo sabía nada: aunque no había pensado en otra cosa en su joven vida, aquél era su bautismo de armas. Esperaba la señal del ataque, allí en la fila, a caballo, pero no experimentaba ningún placer con ello. Llevaba demasiadas cosas encima: la cota de malla de hierro con su cuello, la coraza con gorjal y hombreras, la ventrera, el yelmo de pico de gorrión con el que apenas conseguía ver el exterior, la saya sobre la armadura, un escudo más alto que él, una lanza que al volverse cada vez le daba en la cabeza a sus compañeros, y debajo un caballo del que no se veía nada, por la gualdrapa de hierro que lo recubría.

De desquitarse por la muerte de su padre con la sangre del argalif Isoarre, ya casi se le habían pasado las ganas. Le habían dicho, mirando unos mapas donde estaban señaladas todas las formaciones:

—Cuando suene la trompeta, tú galopa hacia adelante en línea recta con la lanza en punta hasta que lo traspases. Isoarre combate siempre en ese punto de la formación. Si no corres torcido, seguro que das con él, a menos que sea todo el ejército enemigo que se ladee, cosa que no ocurre nunca al primer encuentro. Siempre puede haber, desde luego, alguna pequeña desviación, pero si no lo traspasas tú, puedes estar seguro de que lo traspasa tu vecino.

A Rambaldo, si las cosas estaban así, ya no le importaba nada.

La señal de que había empezado la batalla fue la tos. Vio allá abajo una polvareda amarilla que avanzaba, y otra polvareda se levantó del suelo porque también los caballos cristianos se habían lanzado hacia adelante al galope. Rambaldo comenzó a toser; y todo el ejército imperial tosía entorpecido por las armaduras, y tosiendo y pataleando de este modo corría hacia la polvareda infiel y ya oía cada vez más cerca la tos sarracena. Las dos polvaredas se juntaron: toda la llanura retumbó de toses y golpes de lanza.

La habilidad del primer encuentro no estaba tanto en traspasar (porque contra los escudos corrías el riesgo de romper la lanza e incluso, con el empuje, de darte de narices en el suelo), como en apearse violentamente al adversario, metiéndole la lanza entre trasero y silla en el momento, ¡hop!, del caracol. Te podía salir mal, porque la lanza apuntada hacia abajo topaba fácilmente con algún obstáculo o tal vez se clavaba en el suelo haciendo de palanca, derribándote de la silla como una catapulta. El choque de las primeras líneas era, pues, todo un volar por el aire de guerreros agarrados a las lanzas. Y al ser difícil cambiar de lado, dado que con las lanzas no podía darse la vuelta ni siquiera un poco sin ensartar por las costillas a amigos y enemigos, se creaba en seguida un atasco tal que ya no se entendía nada. Y entonces se echaban encima los campeones, al galope, con la espada desenvainada, en condiciones favorables para desbaratar la refriega a fuerza de sablazos.

Hasta que se encontraban frente a frente los campeones enemigos, escudo contra escudo. Comenzaban los duelos, pero como ya estaba el suelo atestado de cadáveres, se movían con dificultad, y allí donde no podían alcanzarse, se desfogaban con insultos. Era decisivo el grado y la intensidad del insulto, porque según que fuera ofensa mortal, sangrienta, insostenible, media o leve, se exigían distintas reparaciones o incluso odios implacables que se transmitían a los descendientes. Por consiguiente, lo importante era entenderse, cosa nada fácil entre moros y cristianos y con las varias lenguas moras y cristianas de por medio; si te llegaba un insulto indescifrable, ¿qué podías hacer? Te tocaba guardártelo y tal vez quedabas deshonrado para toda la vida. Así que en esta fase del combate participaban los intérpretes, tropa rápida, de armamento ligero, montada en unos caballitos, que daban vueltas en torno, cogían al vuelo los insultos y los traducían rápidamente a la lengua del destinatario.

—Khar as-Sus!

—¡Excremento de gusano!

—Mushrick! Mozo! Escalvao! ¡Marrano! ¡Hijo de puta! Zabalkan! Merde!

A estos intérpretes, de una y otra parte se había convenido tácitamente que no había que matarlos. Por lo demás se largaban de manera rápida y en aquella confusión, si no era fácil matar a un pesado guerrero montado en un gran caballo que a duras penas podía mover las patas de las corazas que las ceñían, figurémonos a estos saltamontes. Pero ya se sabe: la guerra es la guerra, y de cuando en cuando alguno se quedaba allí. Y ellos, por otra parte, con la excusa de que sabían decir «hijo de puta» en un par de lenguas, algún interés en arriesgarse habían de tener. En el campo de batalla, si eres de manos ágiles, siempre te puedes hacer con una buena cosecha, especialmente si llegas en el momento bueno, antes de que caiga el gran enjambre de la infantería, que se apodera de todo lo que toca.

Recogiendo cosas, los infantes, bajitos, se llevan la mejor parte, pero los caballeros desde la silla los sorprenden en lo mejor, con un espaldarazo, y se apoderan de todo. Y al decir cosas no se entiende tanto las arrancadas de encima de los muertos, porque desnudar a un muerto es un trabajo que requiere un recogimiento especial, sino todas las cosas que se pierden. Con esta costumbre de ir a la batalla cargados de atavíos superpuestos, al primer lance un montón de objetos dispares cae al suelo. ¿Quién piensa en combatir, entonces? La gran lucha es para recogerlos; y por la noche, una vez se ha

regresado al campamento, hacer trueques y traficar con ellos. De aquí para allí, son siempre las mismas cosas que pasan de un campamento a otro y de un regimiento a otro del mismo campamento; ¿y la guerra que es, después de todo, sino este pasarse de mano en mano cosas cada vez más abolladas?

A Rambaldo le ocurrió todo de distinta forma de como le habían dicho. Se lanzó con la lanza en ristre, trepidante por el anhelo del encuentro las dos formaciones. Lo que se dice encontrarse, se encontraron; pero todo parecía calculado para que cada caballero pasara por el espacio entre dos enemigos, sin que se rozaran siquiera. Durante un rato las dos formaciones continuaron corriendo cada una en su propia dirección, dándose recíprocamente la espalda, luego se volvieron, trataron de ir al encuentro, pero el ímpetu ya se había perdido. ¿Quién lo podía encontrar al argalif, allí en medio? Rambaldo fue a chocar escudo contra escudo con un sarraceno duro como un bacalao. De abrirle el paso al otro, parecía que ninguno de los dos tuviese ganas: se empujaban con los escudos, mientras los caballos clavaban los cascos en el suelo.

El sarraceno, con una cara descolorida, como de yeso, habló:

—¡Intérprete! —gritó Rambaldo—. ¿Qué dice?

Trotó hasta allí uno de aquellos vagos.

—Dice que le deje paso.

—¡No, pardiez!

El intérprete tradujo; el otro replicó:

—Dice que debe seguir adelante para un servicio; de lo contrario la batalla no sale de acuerdo con los planes...

—¡Le dejo paso si me dice dónde se encuentra Isoarre el argalif!

El sarraceno hizo una señal hacia una colina, gritando. Y el intérprete:

—¡Allí en aquella altura, a la izquierda! Rambaldo se volvió y partió al galope. El argalif, con ropajes verdes, estaba mirando el horizonte.

—¡Intérprete!

—Aquí estoy.

—Dile que soy el hijo del marqués de Rosellón y que vengo a vengar a mi padre.

El intérprete tradujo. El argalif levantó la mano con los dedos juntos.

—¿Y quién es?

—¿Quién es mi padre? ¡Esta es tu última ofensa!

Rambaldo desvainó la espada. El argalif lo imitó. Era un buen espadachín. Rambaldo ya se encontraba en un apuro cuando irrumpió, jadeando, aquel sarraceno de antes de cara de yeso, gritando algo:

—¡Deteneos, señor! —tradujo con rapidez el intérprete—. Perdón, me había confundido: ¡el argalif Isoarre está en la colina de la derecha! ¡Este es el argalif Abdul!

—¡Gracias! ¡Sois un hombre de honor! —dijo Rambaldo, y apartando el caballo, una vez hecho el saludo con la espada al argalif, se lanzó al galope hacia la otra altura.

Ante la noticia de que Rambaldo era hijo del marqués, el argalif Isoarre dijo: «¿Cómo?» Hubo que repetírselo varias veces, gritando.

Finalmente asintió y alzó la espada. Rambaldo se lanzó contra él. Pero mientras cruzaban ya los aceros le entró la duda de que tampoco éste fuera Isoarre, y su ímpetu se vio algo disminuido. Trataba de darle con toda su alma y cuanto más le daba menos seguro se sentía de la identidad de su enemigo.

Esta incertidumbre estaba a punto de serle fatal. El moro lo acosaba con acometidas cada vez más próximas, cuando una gran pelea surgió a su lado. Un oficial mahometano estaba enredado en lo más apretado de la refriega y de pronto lanzó un grito.

Ante aquel grito el adversario de Rambaldo alzó el escudo como para pedir tregua, y dio una voz en respuesta.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Rambaldo al intérprete.

—Ha dicho: Sí, argalif Isoarre, ¡te llevo en seguida los lentes!

—Así pues, ¡no es él!

—Yo soy —explicó el adversario— el porta-lentes del argalif Isoarre. Los lentes son un aparato todavía desconocido por vosotros, cristianos, que corrige la vista. Isoarre, al ser miope, se ve obligado a llevarlos en batalla, pero, como son de vidrio, en cada encuentro se hace pedazos un par. Yo estoy asignado a proveerlo de otros nuevos. Pido, pues,

interrumpir el duelo con vos, porque de lo contrario el argalif, débil de vista como es, llevará la peor parte.

—¡Ah, el porta-lentes! —rugió Rambaldo, y no sabía si destriparlo de rabia o acudir contra el verdadero Isoarre. Pero ¿qué valentía habría en combatir contra un adversario cegato?

—Tenéis que dejarme ir, señor —continuó el proveedor de lentes—, porque el plan de la batalla establece que Isoarre se mantenga en buena salud, ¡y ése si no ve está perdido!

—Y blandía los lentes, gritando hacia allá—: ¡Un momento, argalif, ahora llegan los lentes!

—¡No! —dijo Rambaldo, y propinó un sablazo sobre aquellos vidrios, haciéndolos añicos. En el mismo instante, como si el ruido de los lentes hechos astillas hubiese sido para él la señal de que estaba perdido, Isoarre fue a ensartarse directamente en una lanza cristiana.

—Ahora su vista —dijo el proveedor de lentes— ya no tiene necesidad de lentes para mirar las huríes del Paraíso. —Y picó espuelas.

El cadáver del argalif, arrojado de la silla, se quedó enredado por las piernas a los estribos, y el caballo lo fue arrastrando, hasta los pies de Rambaldo.

La emoción al ver a Isoarre muerto en el suelo, los pensamientos opuestos que se le agolparon, de triunfo al poder decir que finalmente estaba vengada la sangre de su padre, de duda de si al haber ocasionado la muerte del argalif haciéndole pedazos los lentes la venganza podía considerarse consumada del todo, de desconcierto al encontrarse privado de pronto de la finalidad que lo había conducido hasta allí, todo le duró sólo un momento. Luego no sintió más que la extraordinaria ligereza de hallarse sin aquel agobiante pensamiento en medio de la batalla, y de poder correr, mirar a su alrededor, batirse, como si tuviera alas en los pies.

Con la idea fija hasta entonces de matar al argalif, no había parado mientes para nada en el orden de batalla, y ni siquiera pensaba que hubiera algún orden. Todo se le mostraba nuevo y la exaltación y el horror sólo ahora parecían alcanzarlo. El terreno tenía ya su floración de muertos. Desplomados con sus armaduras, yacían en posiciones dislocadas, según cómo los quijotes o los otros paramentos de hierro se habían dispuesto formando montón, manteniendo acaso alzados en el aire brazos o piernas. En algún punto, las pesadas corazas se habían abierto y se desparramaban por allí las entrañas, como si las armaduras no estuvieran llenas de cuerpos sino de vísceras metidas a bulto, que se desbordaban por la primera hendidura. Estas visiones cruentas conmovían a Rambaldo: ¿se había olvidado acaso de que era cálida sangre humana lo que movía y daba vigor a todas aquellas envolturas? A todas, salvo a una: ¿o era que la inasible naturaleza del caballero de la blanca armadura le parecía extendida ya a todo el campo?

Espoleó. Estaba ansioso por enfrentarse con presencias vivientes, fueran amigas o enemigas.

Estaba en un pequeño valle: desierto, aparte de los muertos y las moscas que sobre ellos zumbaban. La batalla había llegado a un momento de tregua, o bien se desataba en otra parte del campo. Rambaldo cabalgaba escrutando a su alrededor. De pronto, un sonar de cascos: y aparece un guerrero a caballo en la cresta de una altura. ¡Es un sarraceno! Mira a su alrededor, rápido, empuña las riendas y escapa. Rambaldo espolea, lo persigue. Ahora está también él sobre la altura; ve allá en el prado al sarraceno galopar y desaparecer entre los avellanos. El caballo de Rambaldo es una flecha: parecía como si no esperase más que la ocasión de una carrera. El joven está contento: finalmente, bajo aquellas cáscaras inanimadas, el caballo es un caballo, el hombre es un hombre. El sarraceno dobla a la derecha. ¿Por qué? Ahora Rambaldo está seguro de alcanzarlo. Pero por la derecha aparece otro sarraceno que sale de unas matas y le corta el camino. Ambos infieles se vuelven, se dirigen hacia él: ¡es una emboscada! Rambaldo se lanza con la espada levantada y grita: «¡Cobardes!»

Uno le da alcance, con el yelmo negro y bicorne como un abejorro. El joven para un sablazo y da de plano sobre su escudo, pero el caballo se desvía, hay el de antes que lo apremia de cerca, ahora Rambaldo debe manejar el escudo y la espada y debe hacer girar sobre sí mismo el caballo apretando las rodillas en los flancos. «¡Cobardes!» grita, y es verdadera rabia la suya, y el combate es un verdadero combate encarnizado, y la

disminución de sus fuerzas al tener a raya a dos enemigos es un verdadero enflaquecimiento de los huesos y la sangre, y quizá Rambaldo morirá, ahora que está seguro de que el mundo existe, y no sabe si morir ahora es más triste o menos triste.

Los tenía encima a ambos. Retrocedía. Apretaba el puño de la espada como si estuviera pegado a él: si la pierde está perdido. Cuando, precisamente en ese postrer momento, oyó un galope. Ante aquel sonido, como si de un redoble de tambor se tratara, los dos enemigos juntos se apartaron de él. Se protegían con los escudos levantados, retrocediendo. También Rambaldo se volvió: vio a su lado a un caballero con armas cristianas que sobre la coraza llevaba una túnica de un color azul intenso. Una cimera de largas plumas del mismo azul se agitaba sobre su yelmo. Volteando veloz una ligera lanza mantenía alejados a los sarracenos.

Ahora están formando pareja, Rambaldo y el caballero desconocido. Este continúa dándole vueltas a la lanza. De los dos enemigos, uno intenta una finta y quisiera arrancarle la lanza de la mano. Pero el caballero de azul en ese momento cuelga la lanza del gancho del ristre y echa mano del estoque. Se lanza sobre el infiel; se baten en duelo. Rambaldo, al ver con qué ligereza se sirve del estoque el desconocido auxiliador, casi se olvida de todo y se quedaría parado allí, mirando. Pero sólo es un momento: ahora se lanza contra el otro enemigo, con gran choque de escudos.

Así iba combatiendo al lado del de azul. Y cada vez que los enemigos, tras un nuevo asalto inútil, se echaban atrás, uno de ellos dos empezaba a combatir con el adversario del otro, con un cambio rápido, y así los trastornaban con su distinta pericia. Combatir al lado de un compañero es algo mucho mejor que combatir solo: estimula y consuela, y la sensación de tener un enemigo y la de tener un amigo se funden en un mismo calor.

Rambaldo, a menudo, para estimularse le grita al otro; el cual calla. El joven comprende que en la batalla conviene ahorrarse aliento y calla también él; pero le disgusta un poco no oír la voz del compañero.

La riña se ha hecho más cerrada. He aquí que el guerrero de azul derriba de la silla a su sarraceno; éste, a pie, escapa entre los matorrales. El otro se avalanza sobre Rambaldo, pero en el choque rompe la espada; por temor a caer prisionero hace girar a su caballo y huye también él.

—Gracias, hermano —dice Rambaldo a su auxiliador, descubriendo el rostro—, ¡me has salvado la vida! —y le tiende la mano—. Mi nombre es Rambaldo de los marqueses de Rosellón, bachiller.

El caballero de azul no responde: ni dice su nombre, ni estrecha la diestra tendida de Rambaldo, ni descubre el rostro. El joven enrojece.

—¿Por qué no me respondes? —Pero aquél da vuelta al caballo y echa a correr—. ¡Caballero, aunque te debo la vida, consideraré esto como una ofensa mortal! —gritó Rambaldo, y el caballero de azul ya está lejos.

El reconocimiento hacia el desconocido auxiliar, la muda comunidad nacida en el combate, la rabia por aquel desaire inesperado, la curiosidad por aquel misterio, el encarnizamiento que apenas sosegado con la victoria en seguida buscaba otros objetos, y he aquí que Rambaldo espoleaba el caballo para perseguir al guerrero de azul y gritaba:

—¡Me pagarás esta afrenta, quienquiera que seas!

Espolea, espolea, pero el caballo no se mueve. Tira de la brida, y el hocico le vuelve a caer. Lo sacude desde el arzón. Se tambalea como si fuera un caballito de madera. Entonces desmonta. Levanta el bozal de hierro y ve el ojo blanco: estaba muerto. Un golpe de espada sarracena, al penetrar entre pieza y pieza de la gualdrapa, lo había herido en el corazón. Ya se habría desplomado al suelo si las envolturas de hierro que le ceñían patas y flancos no lo hubiesen mantenido erguido y como arraigado en aquel lugar. En Rambaldo el dolor por aquel valeroso caballo muerto de pie tras haberlo servido fielmente hasta allí, venció por un momento a la furia: echó los brazos al cuello del animal, quieto como una estatua, y lo besó en el frío hocico. Después se recobró, se secó las lágrimas y, apeado, se alejó.

Pero ¿adonde podía ir? Se encontraba corriendo por senderos inciertos, sobre una boscosa orilla de torrente, sin señales de batalla en los alrededores. Las huellas del guerrero desconocido se habían perdido. Rambaldo fue avanzando al azar, resignado ya



a que se le hubiera escapado, y sin embargo aún pensaba: «¡Lo encontraré, aunque esté en el fin del mundo!»

Ahora, lo que más le atormentaba, después de aquella mañana incandescente, era la sed. Al bajar hacia la orilla del torrente para beber, oyó un moverse de ramas: atado a un avellano con una floja ligadura, un caballo pacía la hierba de un prado, liberado de las piezas de la coraza más pesadas, que yacían cerca. No había duda: era el caballo del guerrero desconocido, ¡y el caballero no debía de estar lejos! Rambaldo se lanzó entre las cañas para buscarlo.

Llegó a la orilla, asomó la cabeza por entre las hojas: el guerrero estaba allí. La cabeza y el torso todavía estaban encerrados en la coraza y el yelmo impenetrables, como un crustáceo; pero se había quitado los quijotes, las rodilleras y las canilleras, y estaba, en fin, desnudo de cintura para abajo, y corría descalzo por los peñascos del torrente.

Rambaldo no daba crédito a sus ojos. Porque aquella desnudez era de mujer: un liso vientre plumado de oro, y redondas nalgas rosadas, y tiernas y largas piernas de muchacha. Esta mitad de muchacha (la mitad de crustáceo tenía ahora un aspecto todavía más inhumano e inexpresivo) giró sobre sí misma, buscó un sitio acogedor, fijó un pie a un lado y el otro al otro de un riachuelo, dobló un poco las rodillas, apoyó en ellas los brazos con los férreos brazales, tendió hacia adelante la cabeza y hacia atrás la espalda, y se puso tranquila y altiva a hacer pipí. Era una mujer de armoniosas lunas, de pluma tierna y de ondeo gentil. Rambaldo se enamoró de inmediato.

La joven guerrera bajó al arroyo, se agachó otra vez sobre las aguas, hizo una rápida ablución que le produjo algunos escalofríos, y corrió hacia arriba con leves saltos de sus desnudos pies rosados. Fue entonces cuando advirtió a Rambaldo que la estaba espiando entre las cañas. «Schweine Hund!», gritó, y sacando un puñal de la cintura se lo tiró, no con el gesto de la perfecta manipuladora de armas que era ella, sino con el impulso rabioso de la mujer enfurecida que le tira al hombre un plato a la cabeza, o un cepillo o cualquier cosa que tiene a mano.

De todas formas, erró por un pelo la frente de Rambaldo. El joven, vergonzoso, se retiró. Pero poco después ya anhelaba presentarse de nuevo ante ella, revelar de alguna manera su enamoramiento. Oyó un pataleo; corrió al prado; ya no estaba el caballo; había desaparecido. El sol declinaba: sólo ahora se dio cuenta que había transcurrido toda una jornada.

Cansado, a pie, demasiado trastornado por tantas cosas ocurridas para ser feliz, demasiado feliz para entender que había cambiado su ansia de antes por ansias todavía más ardientes, regresó al campamento.

—Sabéis, he vengado a mi padre, he vencido, Isoarre ha caído, yo... —pero lo contaba confusamente, demasiado de prisa, porque el punto al que quería llegar era otro—, ...y me batía contra dos, y vino un caballero a socorrerme, y luego descubrí que no era un soldado, era una mujer, muy bella, no sé de cara, sobre la armadura viste un sayo de color azul...

—¡Ja, ja, ja! —rieron los compañeros de tienda, ocupados en untar con unguento los cardenales de los que tenían cubiertos el pecho y la espalda, en medio del gran tufo de sudor de cada vez que uno se quita la armadura después de la batalla—. ¡Con la Bradamante, te quieres meter, pichón! ¡Seguro que ésa es a ti a quien quiere! ¡Bradamante se tira a los generales o a los mozos de cuadra! ¡No la pescarás ni aunque le pongas sal en la cola!

Rambaldo no consiguió decir ni una palabra. Salió de la tienda; el sol se ponía, rojo. Todavía ayer, al ver caer el sol, se preguntaba: «¿Qué será de mí mañana al ocaso? ¿Habré pasado la prueba? ¿Tendré la confirmación de ser un hombre, de que dejo huella al caminar sobre la tierra?» Y helo aquí, éste era el ocaso de aquel mañana, y las primeras pruebas, superadas, ya no contaban para nada, y la prueba nueva era inesperada y difícil, y la confirmación sólo podía estar allí. En este estado de incertidumbre Rambaldo habría querido confiarse al caballero de la blanca armadura, como si fuera el único que pudiese comprenderlo; y ni siquiera él habría sabido decir por qué.

## V

Bajo mi celda está la cocina del convento. Mientras escribo oigo el choque continuado de los platos de cobre y estaño: las hermanas que se encargan de fregar están enjuagando la vajilla de nuestro menudo refectorio. A mí la abadesa me ha asignado una tarea distinta de la suya: escribir esta historia, pero todos los trabajos del convento, tendientes como son a un único fin, la salvación del alma, es como si fueran uno solo. Ayer escribía sobre la batalla y en el ruido del fregadero me parecía oír entrechocar lanzas contra escudos y corazas, resonar los yelmos golpeados por las pesadas espadas; del otro lado del patio me llegaban los golpes del telar de las hermanas tejedoras y me parecía un batir de cascos de caballos al galope; y así, aquello que mis oídos oían, mis ojos entornados lo transformaban en visiones y mis labios silenciosos en palabras y más palabras y la pluma se lanzaba por la hoja blanca, persiguiéndolas.

Hoy quizá el aire es más caliente, el olor de coles más espeso, mi mente más perezosa, y el estrépito de las que friegan no consigue llevarme más lejos de las cocinas del ejército franco: veo a los guerreros en fila delante de las marmitas humeantes, con un continuo golpear de escudillas y tamborilear de cucharas, y el choque de los cucharones contra los bordes de los recipientes, y el raspar sobre el fondo de las marmitas vacías y encostradas, y esta vista y este olor de coles se repite para cada regimiento, el normando, el angevino, el borgoñón.

Si la potencia de un ejército se mide por el fragor que emite, entonces el sonoro ejército de los francos se da a conocer verdaderamente cuando llega la hora del rancho. El ruido retumba por valles y llanuras, hasta el lugar donde se mezcla con un eco igual, proveniente de las marmitas infieles. También los enemigos están ocupados a la misma hora en engullir una infame sopa de coles. La batalla ayer no resonaba tanto. Ni despedía tan mal olor.

Así pues, ya no me queda más que imaginar a los héroes de mi historia en torno a las cocinas. A Agilulfo lo veo aparecer entre el humo, inclinado sobre una marmita, insensible al olor de coles, impartiendo amonestaciones a los cocineros del regimiento de Auvernia. Y he aquí que aparece el joven Rambaldo, corriendo.

—¡Caballero! —dice aún jadeante—, ¡por fin os encuentro! Es que yo, comprendéis, ¡quisiera ser paladín! En la batalla de ayer he vengado... en el combate... luego estaba solo, con dos contra mí... una emboscada... y entonces... en fin, ahora sé lo que es combatir. Quisiera que en la batalla me dieran el puesto más arriesgado... o partir para alguna empresa que me procurase gloria... por nuestra santa fe... salvar mujeres, enfermos, viejos, débiles... vos me podéis decir...

Agilulfo, antes de volverse hacia él, permaneció un momento dándole la espalda, como para acentuar su disgusto por haberlo interrumpido en el cumplimiento de una tarea; después, volviéndose, comenzó un discurso desenvuelto y elegante, en el que se advertía el placer de adueñarse rápidamente del asunto que le era propuesto en aquel momento y de ahondar en él con autoridad.

—Por cuanto me dices, bachiller, pareces sostener que nuestra condición de paladines comporta exclusivamente el cubrirse de gloria, ya en batalla a la cabeza de las tropas, ya en audaces acciones individuales, estas últimas tendentes tanto a defender nuestra santa fe como a socorrer mujeres, viejos, enfermos. ¿Lo he entendido bien?

—Sí.

—Pues, en efecto, éstas que has indicado son todas actividades particularmente

inherentes a nuestro cuerpo de oficiales escogidos, pero... —y aquí Agilulfo soltó una risita, la primera que Rambaldo oía de la blanca gorguera, y era una risita cortés y sarcástica al mismo tiempo— ...pero no son las únicas. Si lo deseas, me será fácil enumerarte una por una las tareas que competen a los Paladines simples, a los Paladines de Primera Clase, a los Paladines de Estado Mayor...

Rambaldo lo interrumpió:

—Me bastará con seguirus y tomaros como ejemplo, caballero.

—Prefieres, pues, anteponer la experiencia a la doctrina: está admitido. Bien, ya ves que hoy estoy prestando servicio, como cada miércoles, de Inspector a las órdenes de la Intendencia de Ejército. En calidad de tal, voy controlando las cocinas de los regimientos de Auvernia y Poitou. Si me sigues, podrás poco a poco ejercitarte en esta delicada rama del servicio.

No era lo que Rambaldo se esperaba, y quedó por ello un poco contrariado. Pero como no quería retractarse, fingió prestar atención a lo que Agilulfo hacía y decía a jefes de cocina, cantineros y pinches, esperando todavía que fuera sólo un ritual preparatorio antes de lanzarse a algún brillante hecho de armas.

Agilulfo contaba y volvía a contar las asignaciones de víveres, las raciones de sopa, el número de escudillas que había que llenar, el contenido de las marmitas.

—Has de saber que la cosa más difícil del mando de un ejército —explicó a Rambaldo— es calcular cuántas escudillas de potaje contiene una marmita. A ningún regimiento le salen las cuentas. O sobran raciones que no se sabe dónde van a parar ni cómo debes apuntarlas en los listines, o —si reduces las asignaciones— faltan raciones, y en seguida se propaga el descontento entre la tropa. Es verdad que en cada cocina militar hay siempre una cola de harapientos, de pobres viejas y de tullidos que vienen a recoger las sobras. Pero esto, se comprende, es un gran desorden. Para empezar a aclararnos un poco he dispuesto que cada regimiento presente, con la lista de sus efectivos, también los nombres de los pobres que habitualmente vienen a hacer cola para el rancho. De este modo, se sabrá con precisión dónde va a parar cada escudilla de sopa. Ahora, para practicar tus deberes de paladín, podrías ir a dar una vuelta por las cocinas de los regimientos, con las listas en la mano, y comprobar si todo está en orden. Luego regresas a informarme.

¿Qué tenía que hacer Rambaldo? ¿Negarse, reclamar para sí la gloria o nada? Así, tal vez se arriesgaba a arruinar su carrera por una tontería. Fue allí.

Volvió fastidiado, sin ideas claras.

—Bueno, sí, parece que la cosa marcha —dijo a Agilulfo—, desde luego es un lío enorme. Además, estos pobres que vienen a por la sopa, ¿son todos hermanos?

—¿Hermanos? ¿Por qué?

—Bueno, se parecen... Mejor dicho, son tan iguales que se confunden unos con otros. Cada regimiento tiene el suyo, clavado a los demás. Al principio creía que era el mismo hombre, que iba de una cocina a otra. Pero he mirado en las listas y todos los nombres son distintos: Boamoluz, Carotun, Balingacho, Bertela... Entonces he preguntado a los sargentos, lo he comprobado: sí, corresponde siempre. Claro que este parecido...

—Iré a verlo yo mismo.

Se dirigieron ambos al campo lorenés.

—Fijaos en aquel hombre de allí —y Rambaldo señaló hacia un lugar como si hubiese alguien. Y en efecto lo había; pero a una primera ojeada, entre que iba vestido con harapos verdes y amarillos desteñidos y pringosos, entre que tenía la cara sembrada de pecas e hirsuta de barba desigual, la mirada pasaba por encima de él confundiendo con el color de la tierra y de las hojas.

—¡Pero ése es Gurdulú!

—¿Gurdulú? ¡Otro nombre más! ¿Lo conocéis?

—Es un hombre sin nombre y con todos los nombres posibles. Te lo agradezco, bachiller; no sólo has descubierto una irregularidad en nuestros servicios, sino que me has dado ocasión de encontrar a mi escudero, asignado por orden del emperador y al que perdí de inmediato.

Los cocineros lorenenses, una vez terminado de distribuir el rancho a la tropa, habían abandonado la marmita a Gurdulú.

—Ten, ¡toda esta sopa es para ti!

—¡Toda esta sopa! —exclamó Gurdulú, se inclinó dentro de la marmita como asomándose por un antepecho, y con la cuchara rascaba para arrancar el contenido más precioso de toda marmita, o sea la costra que queda pegada a las paredes.

—¡Toda esta sopa! —resonaba su voz dentro del recipiente, que con su desatinado forcejeo se le volcó encima.

Ahora Gurdulú era prisionero de la marmita invertida. Se le oyó golpear la cuchara como en una sorda campana, y su voz que mugía: «¡Toda esta sopa!» Después la marmita se movió como una tortuga, volvió a dar la vuelta, y reapareció Gurdulú.

Estaba pringado de sopa de coles de pies a cabeza, manchado, grasiento, y por si fuera poco pintarrajeado de hollín. Con aquel calducho que le caía por los ojos, parecía ciego, y caminaba gritando: «¡Todo es sopa!», con los brazos hacia adelante como si nadase, y no veía más que la sopa que le recubría los ojos y el rostro —«¡Todo es sopa!»—, y en una mano blandía la cuchara como queriendo atraer hacia sí cucharadas de todo cuanto había alrededor: «¡Todo es sopa!»

A Rambaldo aquella visión lo alteró hasta el extremo de que la cabeza le daba vueltas: pero no era tanto de repugnancia como de duda: ¿y si ese hombre que daba vueltas allí delante, cegado, tuviese razón y el mundo no fuese sino un inmenso potaje sin forma en el que todo se deshacía y teñía de sí a todo lo demás? «No quiero convertirme en potaje; ¡socorro!», estaba a punto de gritar, pero vio cerca a Agilulfo que estaba impassible, con los brazos cruzados, como lejos de allí y ni siquiera alterado por la vulgaridad de aquella escena; y sintió que él nunca habría entendido su aprensión. El encontrado recelo que la vista del guerrero de la blanca coraza, siempre le comunicaba, ahora se compensaba con el nuevo recelo proporcionado por Gurdulú: y de este modo consiguió salvar su equilibrio y recobrar la calma.

—¿Por qué no le hacéis entender que no todo es sopa y acabáis de una vez con este jaleo? —dijo a Agilulfo, logrando dar un timbre no alterado a su voz.

—El único modo de entenderlo es proponerse un deber muy concreto —dijo Agilulfo; y a Gurdulú—: Tú eres mi escudero, por orden de Carlos, rey de los francos y sacro emperador. Ahora tendrás que obedecerme en todo. Y como tengo el encargo de la Superintendencia de Inhumaciones y Deberes Piadosos de dar sepultura a los muertos de la batalla de ayer, te proveerás de pala y azadón e iremos al campo a enterrar la carne bautizada de nuestros hermanos que Dios tenga en su gloria.

Invitó también a Rambaldo a que lo siguiera, para que se diera cuenta de esta otra delicada incumbencia de los paladines.

Caminaban hacia el campo los tres: Agilulfo con aquel paso suyo que quería ser resuelto y que en cambio era como si caminase sobre alfileres; Rambaldo con los ojos muy abiertos, impacientes por reconocer los lugares recorridos ayer bajo una lluvia de dardos y sablazos; Gurdulú que, con el azadón y la pala al hombro, no conmovido en absoluto por la solemnidad de su tarea, silba y canta.

Desde la loma por la que ahora pasan, se descubre la llanura donde tuvo lugar la lucha más cruenta. El suelo está recubierto de cadáveres. Los buitres inmóviles, con las garras aferradas en los hombros o las caras de los muertos, inclinan el pico para hurgar en los vientres desgarrados.

Este de los buitres no es un trabajo que de inmediato resulte fácil. Se dejan caer cuando la batalla se acerca a su fin: pero el campo está sembrado de muertos todos cubiertos con las armaduras de acero, contra las que los picos de las rapaces golpean y golpean sin arañarlas siquiera. En cuanto es de noche, silenciosos, de los campamentos opuestos, caminando a gatas, llegan los expoliadores de cadáveres. Los buitres vuelven a remontarse al cielo, esperando que hayan terminado. Las primeras luces iluminan un campo que blanquea con todos los cuerpos desnudos. Los buitres descienden y comienzan la gran comilona. Pero tienen que darse prisa, porque no tardarán en llegar los sepultureros, que niegan a los pájaros aquello que conceden a los gusanos.

A golpes de espada Agilulfo y Rambaldo, y de pala Gurdulú echan a los negros visitantes y los hacen volar. Luego emprenden la triste faena: cada uno de los tres elige un muerto, lo coge por los pies y lo arrastra colina arriba hasta un sitio apropiado para cavarle la fosa.

Agilulfo arrastra un muerto y piensa: «Oh, muerto, tú tienes lo que yo jamás tuve ni tendré: este cuerpo. Es decir, no lo tienes: tú eres este cuerpo, o sea eso que a veces, en los momentos de melancolía, me sorprende envidiando a los hombres existentes. ¡Bonita cosa!

Bien puedo llamarme privilegiado, yo que puedo pasarme sin él y hacer de todo. Todo aquello —se entiende— que me parece más importante; y muchas cosas consigo hacerlas mejor que quien existe, y sin los acostumbrados defectos de grosería, aproximación, incoherencia, mal olor. Es cierto que quien existe pone siempre en ello un algo, una marca particular, que yo no conseguiré nunca dar. Pero si su secreto está ahí, en este puñado de tripas, pues gracias, prescindo de él. Este valle de cuerpos desnudos que se desintegran no me da más asco que la fosa común del género humano viviente.»

Gurdulú arrastra un muerto y piensa: «Te tiras unos pedos que apestan más que los míos, cadáver. No sé por qué todos te compadecen. ¿Qué te falta? Antes te movías, ahora tu movimiento pasa a los gusanos que alimentas. Crecían en ti uñas y cabellos: ahora verterás un alpechín que hará crecer más altas al sol las hierbas del prado. Te convertirás en hierba, luego en leche de las vacas que comerán la hierba, en sangre del niño que beberá la leche, y así sucesivamente. ¿Ves como estás más capacitado para vivir tú que yo, oh, cadáver?»

Rambaldo arrastra un muerto y piensa: «Oh, muerto, yo corro y corro para llegar hasta aquí como tú y que me tiren de los talones. ¿Qué es esta furia que me empuja, este afán de batallas y de amores, vista desde el punto de donde miran tus ojos tan abiertos, tu cabeza que, boca arriba, golpea en las piedras? Pienso en ello, oh, muerto, me lo haces pensar; pero ¿qué cambia? Nada. No hay más días que estos días de antes de la tumba, para nosotros los vivos y también para vosotros los muertos. Que se me conceda no desperdiciarlos, no desperdiciar nada de lo que soy y de lo que podría ser. Llevar a cabo hazañas egregias para el ejército franco. Abrazar, abrazado, a la fiera Bradamante. Espero que no hayas gastado tus días peor, oh, muerto. En cualquier caso, para ti los dados ya han sido echados. Para mí todavía bailan en el cubilete. Y yo amo, oh, muerto, mi ansia, no tu paz.»

Gurdulú, cantando, se dispone a cavar la fosa al muerto. Lo extiende en el suelo para tomar las medidas, señala con el azadón los límites, lo aparta, se pone a cavar con ahínco.

—Muerto, esperando así quizá te aburres. —Lo vuelve de un lado, hacia la fosa, de modo que lo tenga a la vista, a él que cava—. Muerto, algún golpe también podrías darlo tú. —Lo endereza, trata de meterle en la mano un azadón. Aquél se desploma—. Basta. No eres capaz. Quiere decir que cavar cavaré yo, luego tú llenarás la fosa.

La fosa ya está cavada: pero por la manera desordenada de cavar de Gurdulú ha salido de forma irregular, con el fondo de concha. Ahora Gurdulú quiere probarla. Baja y se tiende.

—¡Oh, qué bien se está, cómo se descansa aquí abajo! ¡Y qué tierra más blanda! ¡Qué bueno darse vueltas! ¡Muerto, ven aquí a probar la hermosa fosa que te he cavado! —Luego se lo piensa mejor—. Bueno, si hemos acordado que tú debes llenar la fosa, mejor será que me quede abajo, ¡y tú me echas la tierra encima con la pala! —Y espera un poco—. ¡Vamos! ¡Date prisa! ¿Qué te pasa? ¡Así! —Tendido allá en el fondo, empieza, alzando su azada, a hacer caer tierra. Se le desmorona encima todo el montón.

Agilulfo y Rambaldo oyeron un grito apagado, no sabían si de terror o de satisfacción al verse tan bien sepultado. Apenas llegaron a tiempo de sacar a Gurdulú todo cubierto de tierra, antes de que muriese ahogado.

El caballero halló el trabajo de Gurdulú mal hecho y el de Rambaldo insuficiente. El en cambio había trazado todo un pequeño cementerio señalando los contornos de fosas rectangulares, paralelas a los dos lados de una avenida.

De regreso, por la noche, pasaron por un claro del bosque, donde los carpinteros del ejército franco se aprovisionaban de troncos para las máquinas de guerra y de leña para el fuego.

—Ahora, Gurdulú, debes hacer leña.

Pero Gurdulú con el hacha daba golpes al azar y juntaba haces de ramitas para quemar con leña verde y vastagos de culantrillos y matas de madroño y trozos de corteza

recubiertos de musgo.

El caballero inspeccionaba los trabajos de los carpinteros, las herramientas, los montones de leña, y explicaba a Rambaldo cuáles eran las obligaciones de un paladín en el aprovisionamiento de madera. Rambaldo no lo escuchaba; una pregunta lo consumía durante todo aquel tiempo, y ahora el paseo con Agilulfo estaba a punto de terminar y no se la había hecho.

—¡Caballero Agilulfo! —lo interrumpió.

—¿Qué quieres? —preguntó Agilulfo manejando unas azuelas.

El joven no sabía por dónde empezar, no sabía fingir pretextos para llegar al único asunto que le interesaba. De modo que, ruborizándose, dijo:

—¿Conocéis a Bradamante?

Ante aquel nombre, Gurdulú, que estaba acercándose apretando contra el pecho uno de sus descompuestos haces, dio un salto. Por el aire se desparramó un vuelo de maderitas, de ramas floridas de madreselva, de bayas de enebro, de hojas de alheña.

Agilulfo tenía en la mano una afiladísima hacha de dos filos. La blandió, tomó carrerilla, la clavó contra un tronco de encina. El hacha traspasó el árbol de parte a parte cortándolo de una vez, pero el tronco no se movió de su base, tan exacto había sido el golpe.

—¿Qué pasa, caballero Agilulfo? —exclamó Rambaldo en un sobresalto de espanto—. ¿Qué os ha dado?

Agilulfo, ahora, con los brazos cruzados, examinaba el tronco en todo su contorno.

—¿Ves? —dijo al joven—. Un golpe limpio, sin la más pequeña oscilación. Observa qué recto es el corte.

## VI

Esta historia que he empezado a escribir es aún más difícil de lo que yo pensaba. Ahora me toca representar la mayor locura de los mortales, la pasión amorosa, de la que el voto, el claustro y el pudor natural me han librado hasta aquí. No digo que no haya oído hablar de ella: es más, en el monasterio, para ponernos en guardia contra las tentaciones, a veces discurremos sobre eso, del modo como podemos hacerlo nosotras con la idea vaga que de ello tenemos, y esto sucede sobre todo cada vez que una de nosotras, pobrecita, por inexperiencia queda encinta, o bien, raptada por algún poderoso sin temor de Dios, regresa y nos cuenta todo aquello que le han hecho. Así pues, también del amor, como de la guerra, diré por las buenas lo que consigo imaginarme: el arte de escribir historias está en saber extraer de lo poco que se ha comprendido de la vida todo el resto; pero terminada la página se reanuda la vida y nos damos cuenta de que lo que sabíamos es desde luego bien poco.

Bradamante, ¿sabía algo más? Después de toda su vida de amazona guerrera, una profunda insatisfacción se había abierto camino en su ánimo. Había emprendido la vida caballeresca por el amor que sentía hacia todo lo que era severo, exacto, riguroso, conforme a una regla moral, y —en el manejo de las armas y de los caballos— a una extrema precisión de movimientos. Y en cambio, ¿qué tenía a su alrededor? Hombrachos sudados, que se dedicaban a hacer la guerra con aproximación y negligencia, y en cuanto estaban fuera del horario de servicio, siempre empinaban el codo o haraganeaban con torpeza detrás suyo para ver a cuál de ellos decidiría llevarse a la tienda esa noche. Porque ya se sabe que la caballería es una gran cosa, pero los caballeros son todos unos bobalicones, acostumbrados a llevar a cabo acciones magnánimas, pero al por mayor, tal como vienen, consiguiendo mantenerse más o menos bien dentro de las sacrosantas reglas que habían jurado seguir, y que, en todo caso, al estar tan bien fijadas, les excusaban del trabajo de pensar. La guerra, ciertamente, en parte es carnicería, en parte rutina, y no hay que fijarse demasiado en menudencias.

Bradamante no era distinta de ellos, en el fondo; quizá estos deseos suyos de severidad y rigor se le habían metido en la cabeza para contrastar con su verdadera naturaleza. Por ejemplo, si había un perdulario en todo el ejército de Francia, era ella. Su tienda, pongamos por caso, era la más desordenada de todo el campamento. Mientras que los hombres, pobrecitos, se las arreglaban, incluso en los trabajos que se consideran de mujeres, como lavar la ropa, remendarla, barrer el suelo, quitar de en medio lo que no sirve, ella, educada como una princesa, no tocaba nada, y si no hubiese sido por aquellas viejas lavanderas y fregonas que siempre daban vueltas alrededor de los regimientos —todas rufianas, de la primera a la última— su pabellón habría sido peor que una pocilga. Desde luego, ella nunca estaba allí; su jornada empezaba cuando se ponía la armadura y montaba en silla; y en efecto, en cuanto tenía sus armas encima era otra, toda reluciente desde la punta del yelmo a las grebas, haciendo alarde de las piezas de la armadura más perfectas y nuevas, y con la coraza adornada con cintas azules, ninguna de ellas fuera de su sitio. Con esta voluntad suya de ser la más resplandeciente en el campo de batalla, más que una vanidad femenina expresaba un continuo desafío a los paladines, una superioridad sobre ellos, una altivez. A los guerreros amigos o enemigos les exigía una perfección en el uniforme y en el manejo de las armas que indicara la misma perfección de ánimo. Y si le acontecía encontrar un campeón que le parecía responder en cierta medida a sus pretensiones, entonces se despertaba en ella la mujer de fuertes apetitos

amorosos. En esto también se decía que desmentía del todo sus rígidos ideales: era una amante a la vez tierna y furiosa. Pero si el hombre la seguía por ese camino y se abandonaba y perdía el control de sí mismo, ella en seguida se desenamoraba y volvía a ponerse a la busca de temples más duros. Pero ¿a quién encontrar ya? Ninguno de los campeones cristianos o enemigos tenía ya ascendiente sobre ella: de todos conocía las debilidades y sandeces.

Se ejercitaba en tirar con el arco, delante de su tienda, cuando Rambaldo, que iba buscándola ansiosamente, le vio por primera vez la cara. Vestía una pequeña túnica corta; los brazos desnudos tensaban el arco; el rostro con el esfuerzo estaba un poco hosco; los cabellos estaban atados en la nuca y caían después en una gran cola desparramada. Pero la mirada de Rambaldo no se detuvo en ninguna observación detallada: vio en conjunto a la mujer, su cuerpo, sus colores, y no podía ser sino ella, aquella a la que, casi sin haberla visto todavía, deseaba desesperadamente; y ya para él no podía ser distinta.

La flecha salió del arco, se clavó en el palo del blanco en la línea exacta de otras tres que ya había hincado.

—¡Te desafié con el arco! —dijo Rambaldo corriendo hacia ella.

Así corre siempre el joven hacia la mujer: pero ¿es realmente amor por ella lo que lo empuja? ¿O es más bien amor de sí mismo, búsqueda de una certeza de que existe que sólo la mujer puede darle? Corre y se enamora el joven, inseguro de sí, feliz y desesperado, y para él la mujer es aquella que con seguridad existe, y sólo ella puede darle esa prueba. Pero la mujer, también ella existe y no existe: hela aquí frente a él, temblorosa también ella, insegura, ¿cómo puede el joven no entenderlo? ¿Qué importa cuál de los dos es el fuerte y cuál el débil? Son iguales. Pero el joven no lo sabe porque no quiere saberlo: aquella de quien tiene hambre es la mujer que existe, la mujer cierta. Ella, en cambio, sabe más cosas; o menos; sea como fuere sabe cosas distintas; ahora es una distinta manera de ser lo que busca; realizan juntos una competición de arqueros; ella le regaña y no lo considera; él no sabe que es por jugar. A su alrededor, los pabellones del ejército de Francia, los estandartes al viento, las filas de caballos que comen finalmente cebada. Los sirvientes preparan la mesa de los paladines. Estos, esperando la hora de comer, forman corrillos por allí cerca, viendo a Bradamante que tira al arco con el muchacho. Bradamante dice:

—Das en el blanco, pero siempre por casualidad.

—¿Por casualidad? ¡Si no fallo ni una!

—¡Aunque acertaras cien flechas, sería siempre por casualidad!

—Entonces ¿qué es lo que no ocurre por casualidad? ¿Quién sale airoso que no sea por casualidad?

Por un extremo del campamento pasaba lentamente Agilulfo; de la armadura blanca colgaba un largo manto negro; caminaba por allí como quien no quiere mirar, pero sabe que lo miran y cree que debe demostrar que no le importa mientras que en cambio sí que le importa, pero de otra forma a como los demás podrían entender.

—Caballero, ven tú a demostrar cómo se hace... —La voz de Bradamante ya no tenía su habitual tono despreciativo, e incluso su actitud había perdido altivez. Había dado dos pasos hacia adelante en dirección a Agilulfo, tendiéndole el arco con una flecha ya armada.

Lentamente Agilulfo se acercó, tomó el arco, se echó para atrás el manto, clavó los pies uno delante y otro atrás, y movió hacia adelante brazos y arco. Sus movimientos no eran los de los músculos y los nervios que tratan de aproximarse al punto de mira: él ponía en su lugar unas fuerzas en un orden deseado, fijaba la punta de la flecha en la línea invisible del blanco, movía el arco lo necesario y no más, y tiraba, la flecha no podía más que alcanzar el objetivo. Bradamante gritó:

—¡Este sí que es un disparo!

A Agilulfo no le importaba nada, apretaba en sus firmes manos de hierro el arco que aún vibraba; luego lo dejaba caer; se amparaba en el manto, manteniéndolo cerrado con los puños sobre el peto de la coraza; y de este modo, se alejaba. No tenía nada que decir y no había dicho nada.

Bradamante recogió el arco, lo alzó con los brazos extendidos mientras sacudía su cola



sobre la espalda.

—¿Quién, qué otro podrá tirar con el arco con tanta nitidez? ¿Quién podrá ser preciso y absoluto en todos sus actos como él? —y hablando así pegaba patadas a terrones herbosos, rompía flechas contra las empalizadas. Agilulfo ya estaba lejos y no se volvía; la cimera iridiscente estaba doblada hacia adelante como si caminase inclinado, con los puños cerrados sobre el peto, arrastrando el negro manto.

De entre los guerreros que se habían juntado por allí, alguno se sentó en la hierba para deleitarse con la escena de Bradamante que desvariaba.

—Desde que le dio por enamorarse de Agilulfo, desgraciada, no vive tranquila...

—¿Cómo? ¿Qué habéis dicho? —Rambaldo, cogiendo al vuelo la frase, agarró por un brazo al que había hablado.

—Eh, pichón, ¡ya puedes hinchar el tórax con nuestra paladina! ¡A ella, ahora, ya sólo le gustan las corazas limpias por dentro y por fuera! ¿No lo sabes que está enamorada como una loca de Agilulfo?

—Pero cómo puede ser... Agilulfo... Bradamante... ¿Cómo se entiende?

—Se entiende que cuando una ha satisfecho la apetencia de todos los hombres existentes, la única apetencia que le queda puede ser sólo la de un hombre que no existe en absoluto...

Para Rambaldo ya se había convertido en una tendencia natural, a cada momento de duda o descorazonamiento, el deseo de localizar al caballero de la blanca armadura. También ahora lo sintió, pero no sabía si era aún para pedirle consejo o ya para enfrentarse con él como un rival.

—Eh, rubia, ¿no es un poco endeble para la cama? —la increpaban los compañeros de armas. Esta de Bradamante debía de ser una bien triste decadencia: era imposible que antes hubiesen tenido el coraje de hablarle en ese tono.

—Di —insistían aquellos impertinentes—, y si lo desnudas, luego, ¿a qué echas mano? — y se reían a carcajadas.

En Rambaldo el doble dolor de oír hablar así de Bradamante y de oír hablar así del caballero y la rabia de comprender que en aquella historia él no tenía nada que ver, que nadie podía considerarlo parte litigante, se mezclaban en un mismo abatimiento.

Bradamante ahora se había armado de un látigo y empezó a voltearlo en el aire dispersando a los curiosos, y a Rambaldo con ellos.

—¿Y no creéis que soy lo bastante mujer como para conseguir de cualquier hombre que haga todo lo que debe hacer?

Aquéllos corrían, chillando:

—¡Huy! ¡Huy! ¡Si quieres que le prestemos algo nosotros, Bradamá, no tienes más que decírnoslo!

Rambaldo, empujado por los otros, siguió el cortejo de los guerreros ociosos, hasta que se dispersaron. De regresar con Bradamante ya no tenía deseos; e incluso la compañía de Agilulfo, ahora, le habría resultado molesta. Por casualidad se había encontrado a su lado a otro joven, llamado Torrismundo, hijo pequeño de los duques de Cornualles, que caminaba mirando al suelo, hosco, silbando. Rambaldo siguió caminando junto a este joven que le era casi desconocido. Y como quiera que sentía la necesidad de desfogarse, rompió a hablar.

—Yo soy nuevo aquí, no sé, no es como creía, todo se escapa, no se llega nunca, no se entiende.

Torrismundo no alzó los ojos, sólo interrumpió por un momento su sombrío silbido, y dijo:

—Todo es un asco.

—Hombre, ves —respondió Rambaldo—, yo no sería tan pesimista, hay momentos en que me siento lleno de entusiasmo, incluso de admiración, me parece entenderlo todo, por fin, y me digo: si ahora he encontrado el ángulo justo para ver las cosas, si la guerra en el ejército franco es toda así, esto es realmente lo que soñaba. En cambio no puedes estar nunca seguro de nada...

—¿Y de qué quieres estar seguro? —lo interrumpió Torrismundo—. Enseñas, grados, pompas, nombres... Todo es fachada. Los escudos con las hazañas y los emblemas de los paladines no son de hierro: son papel, que lo puedes atravesar de parte a parte con un

dedo.

Habían llegado a una charca. Sobre las piedras de la orilla saltaban las ranas, croando. Torrismundo se había vuelto hacia el campamento e indicaba los estandartes altos sobre las empalizadas con un gesto como si quisiera borrarlo todo.

—Pero el ejército imperial —objetó Rambaldo, cuyo desahogo de amargura había quedado sofocado por la furia de negación del otro, y ahora trataba de no perder el sentido de las proporciones para volver a encontrar un sitio para sus propios dolores—, el ejército imperial, hay que admitirlo, combate por una santa causa y defiende a la cristiandad contra el infiel.

—No hay defensa ni ofensa, no hay sentido de nada —dijo Torrismundo—. La guerra durará hasta el final de los siglos y nadie ganará o perderá, nos quedaremos parados unos frente a otros para siempre. Y sin los unos los otros no serían nada, y a estas alturas tanto nosotros como ellos hemos olvidado por qué combatimos... ¿Oyes estas ranas? Todo lo que hacemos tiene tanto sentido y tanto orden como su croar, su saltar del agua a la orilla y de la orilla al agua...

—Para mí no es así —dijo Rambaldo—, para mí, al contrario, todo está demasiado encajillado, regulado... Veo la virtud, el valor, pero es todo tan frío... Que haya un caballero que no existe, te lo confieso, me da miedo... Y sin embargo lo admiro, es tan perfecto en todo lo que hace, da más seguridad que si existiera, y casi —enrojeció— comprendo a Bradamante... Agilulfo es sin duda el mejor caballero de nuestro ejército...

—¡Bah!

—¿Cómo bah?

—También él es una ilusión, peor que los demás.

—¿Qué quieres decir con ilusión? Todo lo que hace, lo hace en serio.

—¡Nada! Todo son cuentos... No existe ni él, ni las cosas que hace, ni las que dice, nada, nada...

—Pero entonces, ¿cómo se las apañaría, con la desventaja en que se encuentra respecto a los demás, para ocupar en el ejército el puesto que ocupa? ¿Sólo por el nombre?

Torrismundo permaneció un momento en silencio, luego dijo bajito:

—Aquí hasta los nombres son falsos. Si quisiera haría que todo se fuera al cuerno. No nos queda ni la tierra en que posar los pies.

—Pero entonces, ¿no hay nada que se salve?

—Quizá. Pero no aquí.

—¿Quién? ¿Dónde?

—Los caballeros del Santo Grial.

—¿Y dónde están?

—En los bosques de Escocia.

—¿Los has visto?

—No.

—¿Y cómo tienes noticias de ellos?

—Lo sé.

Callaron. Se oía sólo el croar de las ranas. A Rambaldo le estaba entrando miedo de que aquel croar lo dominase todo, lo ahogase también a él en un verde, viscoso, ciego latir de branquias. Pero se acordó de Bradamante, de cómo había aparecido en la batalla, con la espada alzada, y toda esta turbación estaba ya olvidada: no veía llegar la hora de batirse y llevar a cabo proezas ante sus ojos de esmeralda.

## VII

Cada una cumple su penitencia, aquí en el convento, su manera de ganarse la salvación eterna. A mí me ha tocado ésta de escribir historias: es dura, muy dura. Fuera es soleado verano, del valle llega un vocerío y un chapotear de agua, mi celda está arriba y desde la pequeña ventana veo un recodo del río, y a jóvenes campesinos desnudos que se bañan, y, más allá, detrás de un grupo de sauces, a muchachas, que, sin ropas también ellas, bajan a bañarse. Uno, nadando bajo el agua, ha aparecido ahora de repente para verlas y ellas lo señalan con gritos. Podría estar allí yo también, y en buena compañía, con jóvenes iguales a mí, y criadas y sirvientes. Pero nuestra santa vocación quiere que se anteponga a los caducos goces del mundo algo que luego queda. Que queda... si es que este libro, y todos nuestros actos de piedad, realizados con el corazón reducido a cenizas, no son también ellos cenizas... más cenizas que los actos sensuales allá en el río, trepidantes de vida y que se propagan como círculos en el agua... Una se pone a escribir con ahínco, pero llega un momento en que la pluma no garabatea más que polvorienta tinta, y ya no fluye ni una gota de vida, y la vida transcurre toda fuera, fuera de la ventana, fuera de ti, y te parece que nunca más podrás refugiarte en la página que escribes, abrir otro mundo, dar el salto. Quizá es mejor así: quizá cuando escribías alegremente no era milagro ni gracia: era pecado, idolatría, soberbia. ¿Estoy libre de ellos, ahora? No, escribiendo no he cambiado para bien: sólo he consumido un poco de ansiosa e inconsciente juventud. ¿Qué me valdrán estas páginas desairadas? El libro, el voto, no valdrá más de lo que tú vales. Que escribiendo se salve el alma, nadie lo ha dicho. Escribes, escribes, y tu alma ya está perdida.

Entonces, ¿queréis que vaya a la madre abadesa y le suplique que me cambie de trabajo, que me mande sacar agua del pozo, hilar cáñamo, desgranar guisantes? Es inútil. Continuaré según mi deber de monja escritora, lo mejor que pueda. Ahora me toca contar el banquete de los paladines.

Contra todas las reglas imperiales de etiqueta, Carlomagno iba a sentarse a la mesa antes de la hora, cuando todavía no había otros comensales. Se sienta y empieza a picar pan o queso o aceitunas o pimientos, en fin, todo lo que ya está en la mesa. Y no sólo eso, sino que se sirve con las manos. A menudo el poder absoluto hace perder todo freno incluso a los soberanos más templados y engendra la arbitrariedad.

Llegaban poco a poco los paladines, con los hermosos uniformes de ceremonia que entre brocados y encajes muestran, no obstante, las mallas de hierro de las cotas, pero de esas de agujeros más anchos, y corazas de las de paseo, brillantes como espejos, pero que basta una estocada para hacerlas añicos. El primero es Orlando que se pone a la diestra de su tío el emperador, después Reinaldo de Montalbán, Astolfo, Angelino de Bayona, Ricardo de Normandía y todos los demás.

A un extremo de la mesa se iba a sentar Agilulfo, siempre con su armadura de combate sin mácula. ¿Qué venía a hacer a la mesa, él que no tenía ni nunca tendría apetito, ni un estómago que llenar, ni una boca a la que acercar el tenedor, ni un paladar para regarlo con vino de Borgoña? Y sin embargo, nunca falta a estos banquetes que se prolongan durante horas —él que sabría emplearlas mucho mejor, esas horas, en operaciones pertinentes al servicio. Empero, tiene derecho, como todos los demás, a un puesto en la mesa imperial, y lo ocupa; y cumple con el ceremonial del banquete con el mismo cuidado meticuloso que despliega en cualquier otro ceremonial de la jornada.

Los platos son los habituales del ejército: pavo relleno, oca al asador, estofado de buey, lechones, anguilas, doradas. Los pajes apenas han tenido tiempo de presentar las

bandejas y ya los paladines se echan encima, agarran con las manos, despedazan, se pringan las corazas, salpican salsa por todas partes. Hay más confusión que en la batalla: soperas que se vuelcan, pollos asados que vuelan, y los pajes retiran las fuentes antes de que un glotón las vacíe en su escudilla.

En el ángulo de la mesa donde está Agilulfo, en cambio, todo procede con pulcritud, calma y orden, pero se necesita más asistencia de servidores para el que no come, que para todo el resto de la mesa. Lo primero —mientras que por doquier hay una confusión de platos sucios, hasta el extremo de que entre un servicio y otro ni siquiera se piensa en cambiarlos y cada uno come donde le apetece, incluso sobre el mantel— es que Agilulfo sigue pidiendo que le pongan delante vajilla y cubiertos nuevos, platos, platitos, escudillas, vasos de todas formas y cabidas, tenedores y cucharas y cucharillas y cuchillos que ¡ay! si no están bien afilados, y es tan exigente en lo relativo a la limpieza que basta una sombra opaca en un vaso o un cubierto para que los devuelva.

Luego se sirve de todo: poco, pero se sirve; no deja pasar un solo plato. Por ejemplo, trincha una lonchita de jabalí asado, pone en un plato la carne, en un platito la salsa, luego corta con un cuchillo afiladísimo la carne en muchos pedacitos finos, y estos pedacitos todavía los pasa uno por uno a otro plato, donde los condimenta con la salsa, hasta que están bien embebidos; los condimentados los pone en otro plato, y de cuando en cuando llama a un paje, le da para que se lo lleve este último plato y pide uno limpio. Así se entretiene durante media hora. Y no hablemos del pollo, el faisán, los tordos: trabaja con ellos horas enteras sin tocarlos nunca sino con la punta de unos cuchillitos que pide ex profeso y que hace cambiar varias veces para descarnar del último huesecillo la más delgada y reacia fibra de carne. También se sirve vino, y continuamente lo trasvasa y reparte entre los muchos cálices y vasitos que tiene delante, y copas en las que mezcla un vino con otro, y de cuando en cuando los entrega a un paje para que se los lleve y los cambie por otros. De pan hace un gran consumo: elabora bolitas de miga continuamente, pequeñas esferas todas iguales que dispone sobre el mantel en filas ordenadas; la corteza la desmenuza en trizas, y construye con las trizas pequeñas pirámides: hasta que se cansa y ordena a los sirvientes que con una escobilla le cepillen el mantel. Luego vuelve a empezar.

Con todo su tejemaneje, no pierde el hilo de la conversación que se trenza a través de la mesa, e interviene siempre a tiempo.

¿De qué hablan los paladines durante la comida? Como de costumbre, se envanecen. Dice Orlando:

—Debo decir que la batalla de Aspromonte se estaba poniendo fea, antes de que yo abatiese en duelo al rey Agolante y le arrebatara la Durindana. Estaba tan pegado a ella que cuando le corté en redondo el brazo derecho, su puño quedó agarrado al pomo de Durindana y tuve que utilizar tenazas para separarlo.

Y Agilulfo:

—No es por contradecirte, pero para ser exactos hay que precisar que Durindana fue entregada por los enemigos durante las gestiones del armisticio cinco días después de la batalla de Aspromonte. Su nombre figura, en efecto, en una lista de armas ligeras cedidas al ejército franco, entre las condiciones del tratado.

Tercia Reinaldo:

—De cualquier modo, no fue ése el caso de Fusberta. Al pasar los Pirineos, aquel dragón con el que me enfrenté, lo corté en dos de un sablazo y ya sabéis que la piel de dragón es más dura que el diamante.

Agilulfo interviene:

—Vamos a ver, tratemos de poner las cosas en su punto: el paso de los Pirineos aconteció en abril, y en abril, como todos saben, los dragones cambian la piel, y son blandos y tiernos como los recién nacidos.

Los paladines:

—Pero hombre, ese día u otro, si no era allí era en otro sitio, en definitiva las cosas fueron así, no viene a cuento buscarle tres pies al gato...

Pero ya los habían fastidiado. Ese Agilulfo que lo recuerda siempre todo, que para cada hecho sabe citar los documentos, que incluso cuando una hazaña era famosa, aceptaba por todos, recordada con pelos y señales por quien nunca la había visto, pues él quería

reducirla a un simple episodio de servicio, para indicarlo en el informe vespertino al mando del regimiento. Entre aquello que sucede, en la guerra, y lo que se cuenta luego, desde que el mundo es mundo, ha habido siempre una cierta diferencia, pero en una vida de guerrero, que ciertos hechos hayan acontecido o no, poco importa; hay tu persona, tu fuerza, la continuidad de tu modo de comportarte, para garantizar que si las cosas no han ocurrido precisamente así punto por punto, sin embargo, así habrían podido ocurrir, y podrían aún ocurrir en una ocasión parecida. Pero alguien como Agilulfo no tiene nada con que sostener las propias acciones, sean verdaderas o falsas: o se las hace constar día tras día en acta, apuntadas en los registros, o bien es el vacío, la oscuridad más completa. Y también quisiera ver reducidos de este modo a sus colegas, estos odres de Burdeos y presunciones, de proyectos que trasladan al pasado sin que hayan existido nunca en el presente, de leyendas que después de haber sido atribuidas un poco a unos y a otros acaban siempre por encontrar el protagonista adecuado.

De vez en cuando alguien reclama a Carlomagno como testimonio. Pero el emperador ha hecho tantas guerras que confunde siempre unas con otras y ni siquiera recuerda bien en cuál está combatiendo ahora. Su deber es hacerla, la guerra, y como máximo pensar en la que vendrá después; las guerras llevadas ya a término han ido como han ido; de lo que cuentan cronistas y juglares ya se sabe que no hay que creerlo todo; pobre del emperador si tuviera que estar detrás de todos haciendo rectificaciones. Sólo cuando surge algún escándalo que tiene repercusiones en el escalafón militar, en los grados, en la atribución de títulos nobiliarios o de territorios, entonces el rey tiene que meter baza. Y meter baza es un decir, por supuesto: en eso la voluntad de Carlomagno cuenta poco, hay que atenerse a los resultados, juzgar en base a las pruebas que se tienen y hacer respetar leyes y costumbres. Por eso, cuando lo interpelan, se encoge de hombros, se atiene a lo general y a veces se descuelga con un: «¡Bah! ¡Quién sabe! ¡Quien va a la guerra, come mal y duerme en la tierra!», y sigue adelante. A aquel caballero Agilulfo de los Guildivernos que sigue haciendo bolitas de miga de pan y rebatiendo todas las gestas que —aunque referidas en una versión no del todo exacta— son las auténticas glorias del ejército franco, Carlomagno querría endilgarle algún enojoso servicio, pero le han dicho que las tareas más fastidiosas son para él codiciadas pruebas de celo, y por lo tanto es inútil.

—No veo por qué tienes que fijarte tanto en menudencias, Agilulfo —dijo Oliverio—. La misma gloria de las acciones guerreras tiende a exagerarse en la memoria popular y eso prueba que es gloria genuina, fundamento de los títulos y los grados conquistados por nosotros.

—¡No de los míos! —le replicó Agilulfo—. ¡Cada uno de mis títulos y atributos lo he obtenido por acciones comprobables y apoyadas en documentos incontrovertibles!

—¡Con la cresta! —dijo una voz.

—¡Quien ha hablado me dará cuentas! —dijo Agilulfo levantándose.

—Cálmate, sé bueno —le dijeron los demás—, tú que siempre tienes que argüir algo en contra de las hazañas de los otros, no puedes impedir que alguien encuentre objeciones en las tuyas...

—Yo no ofendo a nadie: ¡me limito a precisar hechos, con lugar y fecha y un montón de pruebas!

—Soy yo quien ha hablado. También yo puntualizaré. —Un joven guerrero se había alzado, pálido.

—Pues quisiera ver, Torrismundo, si encuentras en mi pasado algo impugnable —dijo Agilulfo al joven, que era precisamente Torrismundo de Cornualles—. ¿Quieres quizá impugnar, por ejemplo, que fui armado caballero porque, hace exactamente quince años, salvé de la violencia de dos bandidos a la virgen Sofronia, hija del rey de Escocia?

—Sí, lo impugno: hace quince años, Sofronia, hija del rey de Escocia, no era virgen.

Un murmullo corrió a todo lo largo de la mesa. El código de la caballería entonces vigente prescribía que quien había salvado de peligro seguro la virginidad de una muchacha de noble linaje fuera inmediatamente armado caballero; pero por haber salvado de violencia carnal a una ricadueña ya no virgen estaba prescrita solamente una mención de honor y doble sueldo por tres meses.

—¿Cómo puedes sostener eso que es una ofensa no sólo a mi dignidad de caballero sino

a una dama que tomé bajo la protección de mi espada?

—Lo sostengo.

—¡Las pruebas!

—¡Sofronia es mi madre!

Gritos de sorpresa se elevaron de los pechos de los paladines. ¿El joven Torrismundo no era, pues, hijo de los duques de Cornualles?

—Sí, nací hace veinte años de Sofronia, que entonces tenía trece —explicó Torrismundo— Aquí tenéis el medallón de la casa real de Escocia —y hurgándose en el pecho sacó un sello colgado de una cadenita de oro.

Carlomagno, que hasta entonces había mantenido el rostro y la barba inclinados sobre un plato de cangrejos de río, juzgó que había llegado el momento de levantar la mirada.

—Joven caballero —dijo, dando a su voz la mayor autoridad imperial—, ¿os dais cuenta de la gravedad de vuestras palabras?

—Plenamente —dijo Torrismundo—, y para mí aún más que para otros.

Todos callaban: Torrismundo estaba rehusando su filiación del duque de Cornualles, que le había valido, como hijo pequeño, el título de caballero. Al declararse bastardo, aunque fuera de una princesa de sangre real, se exponía al alejamiento del ejército.

Pero mucho más grave era lo que estaba en juego para Agilulfo. Antes de topar casualmente con Sofronia agredida por los malhechores y de salvar su pureza, él era un simple guerrero sin nombre dentro de una armadura blanca que rodaba por el mundo a la ventura. O mejor (como pronto se había sabido), era una blanca armadura vacía, sin guerrero dentro. Su acción en defensa de Sofronia le había dado derecho a ser armado caballero; y como el título correspondiente a las tierras de Selimpia Citerior estaba en ese momento vacante, lo asumió. Su ingreso en el servicio y todos los reconocimientos, grados y nombres que se habían añadido después, eran consecuencia de aquel episodio. Si se demostraba la inexistencia de una virginidad de Sofronia salvada por él, incluso su título se esfumaba, y todo lo que había hecho después no podía ser reconocido como válido a ningún efecto, y todos los nombres, cualidades y facultades quedaban anulados, de modo que cada una de sus atribuciones se tornaba no menos inexistente que su persona.

—Niña aún, mi madre quedó encinta de mí —contaba Torrismundo—, y por temor a la ira de sus padres cuando supieran su estado, huyó del castillo real de Escocia y fue vagando por las altiplanicies. Me dio a luz al raso, en un brezal, y me crió vagando por campos y bosques de Inglaterra hasta la edad de cinco años. Estos primeros recuerdos son los del más hermoso período de mi vida, que la intrusión de éste interrumpió. Recuerdo el día. Mi madre me había dejado al abrigo de nuestra cueva, mientras ella iba como de costumbre a robar fruta por los campos. Tropezó casualmente con dos salteadores de caminos que querían abusar de ella. Quizá habrían terminado por trabar amistad: a menudo mi madre se lamentaba de su soledad. Pero llegó esta armadura vacía en busca de gloria y derrotó a los bandidos. Después que reconoció a mi madre como de estirpe real, la tomó bajo su protección y la condujo al castillo más próximo, el de Cornualles, confiándola a los duques. Yo, entretanto, me había quedado en la cueva, solo y hambriento. Mi madre, en cuanto pudo, confesó a los duques la existencia del hijito que había abandonado a la fuerza. Me buscaron unos siervos provistos de antorchas y me llevaron al castillo. Para salvar el honor de la familia de Escocia, atada a los Cornualles por vínculos de parentesco, fui adoptado y reconocido como hijo del duque y de la duquesa. Mi vida fue tediosa y cargada de obligaciones, como es siempre la de los hijos pequeños de las familias nobles. No se me permitió ver más a mi madre, que tomó el velo en un lejano convento. El peso de esta montaña de falsedades que ha torcido el curso natural de mi vida lo he llevado encima hasta ahora. Finalmente, he conseguido decir la verdad. Pase lo que pase, para mí será sin duda mejor de como ha sido hasta hoy.

En la mesa habían servido mientras tanto el dulce, un bizcocho con capas superpuestas de delicados colores, pero tan grande era el estupor ante aquella secuela de revelaciones que ningún tenedor se alzaba hacia las bocas enmudecidas.

—Y vos, ¿qué tenéis que decir a todo eso? —preguntó Carlomagno a Agilulfo. Todos notaron que no había dicho: caballero.

—Son mentiras. Sofronia era una muchacha. En la flor de su pureza reposa mi nombre y mi honor.

—¿Podéis probarlo?

—Buscaré a Sofronia.

—¿Pretendéis encontrarla tal cual quince años después? —dijo, maliciosamente, Astulfo— Nuestras corazas de hierro forjado tienen una duración mucho más breve.

—Tomó el velo inmediatamente después de que la confíe a aquella piadosa familia.

—En quince años, con los tiempos que corren, ningún convento de la cristiandad se salva de desbandadas y saqueos, y cada monja tiene tiempo de exclaustrarse y enclaustrarse al menos cuatro o cinco veces...

—De todas maneras, una castidad violada presupone un violador. Lo encontraré y obtendré testimonio de él de la fecha hasta la que Sofronia pudo considerarse muchacha.

—Os doy licencia para partir al instante, si lo deseáis —dijo el emperador—. Pienso que en este momento nada os interesa más que el derecho a llevar nombre y armas, que ahora se os rebate. Si este joven dice la verdad, no podré teneros a mi servicio, es más, no podré consideraros desde ningún punto de vista, ni siquiera para los atrasos del sueldo. —Y Carlomagno no podía evitar el dar a sus palabras un timbre de expeditiva satisfacción, como si dijera: «¿Veis como hemos hallado el sistema de librarnos de este pesado?»

La armadura blanca ahora pendía toda hacia adelante, y nunca como en ese momento se había mostrado que estaba vacía. La voz salía de ella apenas distinguible:

—Sí, mi emperador, marcharé.

—¿Y vos? —Carlomagno se dirigió a Torrismundo—. ¿Os dais cuenta de que al declararos nacido fuera del matrimonio no podéis revestir el grado que os esperaba por vuestra cuna? ¿Sabéis al menos quién era vuestro padre? ¿Tenéis esperanzas de haceros reconocer por él?

—Nunca podré ser reconocido...

—Quién sabe. Todo hombre, al llegar a una edad avanzada, tiende a actuar de forma que le salgan las cuentas en el balance de su vida. Incluso yo he reconocido a todos los hijos habidos de concubinas, y eran muchos, y seguramente que alguno ni siquiera será mío.

—Mi padre no es un hombre.

—¿Y quién es, pues? ¿Belcebú?

—No, sire —dijo tranquilamente Torrismundo.

—¿Quién, entonces?

Torrismundo avanzó hasta el centro de la sala, hincó la rodilla, alzó los ojos al cielo y dijo:

—Es la Sagrada Orden de los Caballeros del Santo Grial.

Un murmullo corrió por el banquete. Alguno de los paladines se santiguó.

—Mi madre era una niña valiente —explicó Torrismundo—, y corría siempre por lo más profundo de los bosques que rodeaban el castillo. Un día, en la espesura del bosque, topó con los Caballeros del Santo Grial, acampados allí para fortificar su espíritu en el aislamiento del mundo. La niña se puso a jugar con aquellos guerreros y desde aquel día cada vez que podía eludir la vigilancia familiar se acercaba al campamento. Pero al cabo de poco tiempo, de aquellos juegos pueriles, regresó encinta.

Carlomagno permaneció por un momento pensativo, luego dijo:

—Los Caballeros del Santo Grial han hecho todos voto de castidad y ninguno de ellos podrá nunca reconocerte como hijo.

—Ni yo, por otra parte, lo querría —dijo Torrismundo—. Mi madre nunca me habló de un caballero en particular, sino que me educó para que respetara como padre a la Sagrada Orden en su conjunto.

—Entonces —agregó Carlomagno—, la Orden en su conjunto no está sujeta a ningún voto de esa clase. Nada prohíbe, pues, que se reconozca padre de una criatura. Si tú consigues dar con los Caballeros del Santo Grial y hacerte reconocer como hijo de toda su Orden considerada colectivamente, tus derechos militares, dadas las prerrogativas de la Orden, no serían distintos de los que tenías como hijo de una familia noble.

—Partiré —dijo Torrismundo.

Velada de partidas, aquella noche, en el campo de los francos. Agilulfo preparó

meticulosamente su equipaje y su caballo, y el escudero Gurdulú agarró a bulto mantas, almohazas, ollas, hizo con todo ello un montón que le impedía ver adonde iba, tomó por el lado opuesto a su amo, y se alejó al galope, perdiéndolo todo por el camino.

Nadie había venido a saludar a Agilulfo que partía, salvo pobres palafreneros, mozos de cuadra y herreros, los cuales no hacían demasiadas distinciones entre unos y otros y habían comprendido que éste era un oficial más enojoso, pero también más infeliz que los otros. Los paladines, con la excusa de que no los habían avisado de la hora de su marcha, no acudieron; y por otra parte no era una excusa: Agilulfo, desde que había salido del banquete, no le había dirigido la palabra a nadie. Su partida no fue comentada: una vez distribuidas las tareas de modo que ninguno de sus cometidos quedase sin cubrir, la ausencia del caballero inexistente fue considerada merecedora de silencio como por un acuerdo general.

La única en quedar conmovida, y hasta trastornada, fue Bradamente. Corrió a su tienda: «¡Rápido!», llamó a amas de llaves, fregonas, criadas: «¡Rápido!», y tiraba al aire ropas y corazas y lanzas y arreos: «¡Rápido!», y lo hacía no como solía al desnudarse o en un estallido de ira, sino para poner en orden, para hacer un inventario de las cosas que había, y partir.

—Preparádmelo todo, me voy, me voy, no me quedo aquí ni un minuto más, él se ha ido, el único por el cual este ejército tenía un sentido, el único que podía dar un sentido a mi vida y a mi guerra, y ahora no queda más que un tropel de borrachos y violentos, incluido yo misma, y la vida es un revolcarse entre camas y féretros, y sólo él sabía su geometría secreta, el orden, la regla para comprender su principio y su fin...

Y al hablar así se ponía pieza por pieza la armadura de campaña, el sayo de color azul, y pronto estuvo preparada en la silla, masculina en todo salvo en la altiva forma que tienen de ser viriles ciertas mujeres verdaderamente mujeres, y espoleó el caballo al galope arrastrando consigo empalizadas y cuerdas de tiendas y puestos de tocineros, y pronto desapareció entre una gran polvareda.

La polvareda que vio Rambaldo que corría a pie buscándola; le gritó:

—¿Adonde vas, adonde vas, Bradamente?

¡Aquí estoy yo, por ti, y tú te vas! —con esa obstinada indignación de quien está enamorado y quiere decir: «Estoy aquí, joven, cargado de amor, ¿cómo puede mi amor no gustarle, qué quiere ésta que no me toma, que no me ama, qué más puede querer que lo que yo siento que puedo y debo darle?», y así se enfurece y no atiende a razones y al llegar a cierto punto el enamoramiento de ella es también enamoramiento de sí, de sí mismo enamorado de ella, es enamoramiento de lo que podrían ser ellos dos juntos, y no son. Y con esta furia Rambaldo corría a su tienda, preparaba caballo, armas, alforjas, partía también él, porque en la guerra sólo combates bien cuando entre las puntas de las lanzas entrevés una boca de mujer, y todo, las heridas, la polvareda, el olor de los caballos, no tiene más sabor que de esa sonrisa.

También Torrismundo partía aquella noche, triste también él, también él lleno de esperanza. Era el bosque que quería volver a encontrar, el húmedo y oscuro bosque de la infancia, la madre, los días de la cueva, y más al fondo la pura confraternidad de los padres, armados y en vela en torno a los fuegos de un escondido vivac, vestidos de blanco, silenciosos, en lo más espeso del bosque, donde las ramas bajas casi rozan los helechos y de la tierra rica nacen setas que nunca ven el sol.

Carlomagno, tras levantarse del banquete tambaleándose un poco y oír todas aquellas nuevas de imprevistas partidas, se encaminaba al pabellón real y pensaba en los tiempos en que quienes marchaban eran Astulfo, Reinaldo, Guidón el Salvaje, Orlando, para unas hazañas que acababan luego en los cantares de los poetas, mientras que ahora no había manera de hacerlos mover de aquí hasta allí, a aquellos veteranos, salvo para las estrictas obligaciones del servicio. «Que vayan, son jóvenes, que hagan», decía Carlomagno, con el hábito, propio de los hombres de acción, de pensar que el movimiento es siempre un bien, pero ya con la amargura de los viejos que sufren con el perderse de las cosas de antaño más de lo que disfrutaban con el advenimiento de las nuevas.



## VIII

Libro, ha llegado la noche, me he puesto a escribir más de prisa, del río no llega más que el estruendo de la cascada, allá abajo, ante la ventana vuelan mudos los murciélagos, ladra algún perro, alguna voz resuena desde los heniles. Quizá no la ha escogido tan mal esta penitencia mía, la madre abadesa: de vez en cuando me doy cuenta de que la pluma ha empezado a correr por la hoja como sola, y yo le corro detrás. Es hacia la verdad que corremos, la pluma y yo, la verdad que espero siempre que me salga al encuentro, desde el fondo de una página blanca, y que podré alcanzar solamente cuando a fuerza de emborronar papel haya conseguido enterrar todas las desidias, las insatisfacciones, el rencor que estoy expiando aquí encerrada.

Luego basta el ruido de un ratón (el desván del convento está lleno de ellos), una ráfaga de viento repentina que hace batir la ventana (proclive siempre a distraerme, me apresuro a ir a abrirla de nuevo), basta el final de un episodio de esta historia y el comienzo de otro o sólo el acabar una línea y ya la pluma se ha vuelto pesada como una viga y la carrera hacia la verdad se ha hecho incierta.

Ahora tengo que representar las tierras atravesadas por Agilulfo y su escudero durante su viaje: a todo, aquí en esta página, hay que dar cabida, al camino real polvoriento, al río, al puente, aquí tenemos a Agilulfo que pasa con su caballo de casco ligero, pesa poco ese caballero sin cuerpo, el caballo puede andar millas y millas sin cansarse, y el amo desde luego es incansable. Ahora por el puente pasa un galope pesado: es Gurdulú que avanza agarrado al cuello de su caballo, las dos cabezas tan próximas que no se sabe si el caballo piensa con la cabeza del escudero o el escudero con la del caballo. Trazo sobre el papel una línea recta, de cuando en cuando rota por ángulos, y es el recorrido de Agilulfo. Esta otra línea toda ringorranos y vaivenes es el camino de Gurdulú. Cuando ve revolotear una mariposa, en seguida Gurdulú le va detrás con el caballo, ya cree estar en la silla no del caballo sino de la mariposa, y sale del camino y vaga por los prados. Mientras tanto Agilulfo sigue avanzando, recto, según su ruta. De cuando en cuando los itinerarios al margen del camino de Gurdulú coinciden con invisibles atajos (o es el caballo que se pone a seguir un sendero escogido por él, puesto que su palafrenero no lo guía), y después de vueltas y más vueltas el vagabundo vuelve a estar al lado de su amo en el camino real.

Aquí, a la orilla del río, marcaré un molino. Agilulfo se detiene para preguntar el camino. Le responde amable la molinera y le ofrece pan y vino, pero él los rehúsa. Acepta sólo cebada para el caballo. El camino es polvoriento y soleado; los buenos molineros se maravillan de que el caballero no tenga sed.

Cuando ya se ha marchado, llega, con el ruido de un regimiento al galope, Gurdulú.

—¿Lo habéis visto a mi amo?

—¿Y quién es tu amo?

—Un caballero... no: un caballo...

—¿Estás al servicio de un caballo?

—No... es mi caballo que está al servicio de un caballo...

—¿Y quién cabalga en ese caballo?

—Pues... no se sabe.

—Y sobre tu caballo, ¿quién cabalga?

—¡Ah! ¡Preguntádselo a él!

—¿Y tampoco tú quieres comer ni beber?

—¡Sí, sí! ¡Comer! ¡Beber! —y se atraganta.

Esta que ahora dibujo es una ciudad ceñida por murallas. Agilulfo debe atravesarla. Los guardias de la puerta quieren que descubra el rostro; tienen orden de no dejar pasar a nadie con el rostro tapado, porque podría tratarse del feroz bandido que hace estragos por los alrededores. Agilulfo se niega, llega a las armas con los guardias, fuerza el paso, escapa. Más allá de la ciudad, esto que voy trazando es un bosque. Agilulfo lo recorre de arriba abajo hasta que descubre al terrible bandido. Lo desarma y encadena y lo arrastra ante aquellos esbirros que no querían dejarlo pasar.

—¡Aquí tenéis con cepos a quien tanto temíais!

—¡Oh, bendito seas, blanco caballero! Pero dinos quién eres, y por qué mantienes cerrada la celada del yelmo.

—Mi nombre está al término de mi viaje —dice Agilulfo, y huye.

En la ciudad hay quien dice que es un arcángel y quien un alma del purgatorio

—El caballo corría de prisa —dice uno—, como si no llevara a nadie en la silla.

Aquí, donde acaba el bosque, pasa otro camino, que llega también él a la ciudad. Es el camino que recorre Bradamante. Dice a los de la ciudad:

—Busco a un caballero con la armadura blanca. Sé que está aquí.

—No. No está —le responden.

—Si no está es justamente él.

—Entonces ve a buscarlo donde esté. De aquí ya se ha ido.

—¿Lo habéis visto de verdad? Una armadura blanca que parece que haya un hombre dentro...

—¿Y quién hay sino un hombre?

—¡Uno que es más que cualquier otro hombre!

—Me parecen muchos encantamientos los vuestros —dice un viejo—, incluso los tuyos, oh, caballero de voz tan dulce.

Bradamante pica espuelas.

Al cabo de un rato, en la plaza de la ciudad es Rambaldo quien frena su caballo.

—¿Habéis visto pasar un caballero?

—¿Cuál? Ya han pasado dos y tú eres el tercero.

—El que corría detrás del otro.

—¿Es cierto que uno no es un hombre?

—El segundo es una mujer.

—¿Y el primero?

—Nada.

—¿Y tú?

—¿Yo? Yo... soy un hombre.

—¡Válgame Dios!

Agilulfo cabalgaba seguido por Gurdulú. Una doncella corrió al camino, con la cabellera suelta, las ropas desgarradas y se hincó de rodillas. Agilulfo detuvo el caballo.

—Socorro, noble caballero —imploraba—, a media milla de aquí una feroz manada de osos tiene asediado el castillo de mi señora, la noble viuda Priscila. Habitamos el castillo sólo unas pocas mujeres indefensas. Ya nadie puede entrar ni salir. Yo me he podido bajar con una cuerda de las almenas y he escapado de las uñas de esas fieras de milagro. ¡Ah, caballero, ven a liberarnos!

—Mi espada está siempre al servicio de las viudas y de las criaturas indefensas —dijo Agilulfo—. Gurdulú, sube a tu silla a esta jovencita que nos guiará al castillo de su ama.

Iban por un sendero abrupto. El escudero avanzaba, pero no miraba siquiera el camino; el pecho de la mujer sentada entre sus brazos aparecía rosado y abundante por entre los desgarrones del vestido, y Gurdulú se sentía desvanecer.

La doncella estaba vuelta mirando a Agilulfo.

—¡Qué noble porte tiene tu amo! —dijo.

—¡Huy, huy! —respondió Gurdulú, y alargaba una mano hacia aquel tibio seno.

—Es tan seguro y altivo en cada palabra y cada gesto... —decía aquélla, siempre con los ojos en Agilulfo.

—¡Huy! —decía Gurdulú, y con las dos manos, aguantando las riendas con las muñecas, trató de percatarse de cómo una persona podía ser tan firme y tan mórbida al mismo tiempo.

—Y la voz —decía ella—, cortante, metálica...

De la boca de Gurdulú salía sólo un oscuro gañido, ya que la había hundido entre el cuello y la espalda de la joven y se perdía en aquel perfume.

—Quién sabe lo feliz que será mi ama al verse liberada de los osos precisamente por él...

Oh, cómo la envidio... Pero dime: ¿nos estamos saliendo del camino! ¿Qué pasa, escudero, estás distraído?

En un recodo del sendero, un ermitaño tendía la escudilla de las limosnas. Agilulfo, que a cada mendigo que encontraba le daba normalmente una caridad en la medida fija de tres sueldos, detuvo el caballo y hurgó en la bolsa.

—Bendito seáis, caballero —dijo el ermitaño embolsándose las monedas, y le hizo señas de que se inclinase para hablarle al oído—, os recompensaré en seguida diciéndoos: ¡guardaos de la viuda Priscila! Eso de los osos no es más que una trampa: es ella misma la que los cría, para hacerse liberar por los más valientes caballeros que pasan por el camino real, atraerlos al castillo y alimentar así su insaciable lascivia.

—Será como decís, hermano —respondió Agilulfo—, pero yo soy caballero y sería descortesía sustraerme a la solicitud formal de socorro de una mujer en lágrimas.

—¿No teméis las llamas de la lujuria? Agilulfo estaba un poco apurado.

—Pues, ya lo veremos...

—¿Sabéis qué queda de un caballero tras una estancia en ese castillo?

—¿Qué?

—Lo tenéis delante de vuestros ojos. También yo fui caballero, también yo salvé a Priscila de los osos, y ahora heme aquí. —Verdaderamente, tenía más bien mal aspecto.

—Tendré en cuenta vuestra experiencia, hermano, pero afrontaré la prueba —y Agilulfo espoleó, dio alcance a Gurdulú y la criada.

—No sé por qué tienen que estar siempre chismorreando, estos ermitaños —dijo la muchacha al caballero—. En ninguna otra clase de religiosos o de laicos se charla y se difama tanto.

—¿Hay muchos ermitaños por estas inmediaciones?

—Está lleno. Y siempre se añade alguno nuevo.

—No seré yo de éstos —dijo Agilulfo—. Apresurémonos.

—Oigo el gruñido de los osos —exclamó la doncella—. ¡Tengo miedo! Dejadme bajar y esconderme detrás de este seto.

Agilulfo irrumpe en el claro donde se alza el castillo. A su alrededor, todo está negro de osos. A la vista del caballo y del caballero, rechinan los dientes y se agolpan uno al lado del otro para cortarles el camino. Agilulfo carga volteando la lanza. Ensarta a alguno, a otros los aturde, a otros los magulla. Llega de improviso con su caballo Gurdulú y los persigue con el espiche. En diez minutos los que no han quedado tendidos cual si fueran alfombras, han ido a esconderse en los más profundos bosques.

Se abrió la puerta del castillo.

—Noble caballero, ¿podrá mi hospitalidad recompensaros de cuanto os debo?

En el umbral había aparecido Priscila, rodeada de sus damas y sirvientas. (Entre ellas estaba la joven que los había acompañado hasta allí; no se sabe cómo, pero ya estaba en casa y vestía no las ropas harapientas de antes, sino un bonito delantal limpio.)

Agilulfo, seguido por Gurdulú, hizo su entrada al castillo. La viuda Priscila no era muy alta, ni muy metida en carnes, pero iba bien acicalada, el pecho, aunque no muy grande, destacaba, y lo mismo los relampagueantes ojos negros; en fin, una mujer que tenía algo que decir. Estaba allí, delante de la blanca armadura de Agilulfo, complacida. El caballero se mostraba grave, pero era tímido.

—Caballero Agilulfo Emo Bertrandino de los Guildivernos —dijo Priscila—, ya conozco vuestro nombre y sé bien quién sois y quién no sois.

Ante aquel comunicado, Agilulfo, como liberado de un malestar, abandonó su timidez y asumió un aire suficiente. Con todo, se inclinó, puso una rodilla en tierra, dijo:

—Vuestro siervo —y se alzó de golpe.

—He oído hablar mucho de vos —dijo Priscila—, y desde hace tiempo era mi más ardiente deseo encontraros. ¿Qué milagro os ha traído a este camino tan apartado?

—Estoy de viaje para hallar, antes de que sea demasiado tarde —dijo Agilulfo—, una virginidad de hace quince años.

—Nunca supe de empresa caballeresca que tuviera una meta tan huidiza —dijo Priscila—. Pero si han pasado quince años, no tengo escrúpulos en hacerlos tardar una noche más, pidiéndolos que os quedéis como huésped de mi castillo. —Y se puso a su lado.

Las demás mujeres permanecieron todas con los ojos puestos en él, hasta que desapareció con la castellana por una sucesión de salas. Entonces se volvieron a Gurdulú. —¡Oh, qué encanto de palafrenero! —dicen, batiendo pahuas. El se queda allí como un botarate, y se rasca—. ¡Lástima que tenga pulgas y apeste tanto! —dicen—. ¡Venga, rápido, lavémoslo! —Se lo llevan a sus habitaciones y lo desnudan de arriba abajo.

Priscila había conducido a Agilulfo hasta una mesa aparejada para dos personas.

—Conozco vuestra habitual templanza, caballero —le dijo—, pero no sé cómo comenzar a honrarlos si no es invitándoos a que os sentéis a esta mesa. Ciertamente —añadió maliciosa—, las muestras de gratitud que tengo la intención de ofreceros no terminan aquí.

Agilulfo dio las gracias, se sentó frente a la castellana, desmenuzó alguna miga de pan entre los dedos, estuvo unos momentos en silencio, se aclaró la voz, y echó a hablar de esto, lo otro y lo de más allá.

—Son realmente extrañas y azarosas, señora, las venturas que le tocan en suerte a un caballero andante. Estas, por otra parte, pueden agruparse en varios tipos. Primero... —Y así conversa, afable, preciso, informado, a veces haciendo asomar una sospecha de excesiva meticulosidad, pero corregida en seguida por la volubilidad con que pasa a hablar de otra cosa, intercalando las frases serias con agudezas y bromas siempre de buena ley, dando sobre los hechos y las personas juicios ni demasiado favorables ni demasiado adversos, de tal forma que siempre los pueda hacer suyos la interlocutora, a la que ofrece la oportunidad de dar su opinión, animándola con preguntas amables.

—Oh, qué conversador más delicioso —dice Priscila, y se embelesa.

De repente, del mismo modo como había empezado a charlar, Agilulfo se hunde en el silencio.

—Es hora de que comiencen los cantos —dijo Priscila y batió palmas. Entraron en la sala las tañedoras de laúd. Una entonó la canción que dice: «El unicornio cogerá la rosa»; luego aquella otra: «Jasmin, veuillez embellir le beau coussin.»

Agilulfo tiene palabras de aprecio para la música y las voces.

Un tropel de jovencitas entró danzando. Llevaban unas túnicas ligeras y guirnaldas entre los cabellos. Agilulfo acompañaba la danza golpeando rítmicamente con sus guantes de hierro sobre la mesa.

No menos festivas eran las danzas que se desarrollaban en otra ala del castillo, en las habitaciones de las damas del séquito. Semidesnudas, las jóvenes jugaban a la pelota y pretendían que Gurdulú participara en su juego. El escudero, vestido también él con una pequeña túnica que le habían prestado, en lugar de estar en su sitio y esperar que le lanzaran la pelota, corría tras ellas y trataba de adueñarse de ella por todos los medios, lanzándose pesadamente sobre una u otra doncella, y en estas refriegas a menudo lo asaltaba otra inspiración y se revolcaba con la mujer en uno de los blandos lechos que había tendidos por allí.

—Oh, pero ¿qué haces? ¡No, no, borrico! ¡Ay!, mirad lo que me hace, no, quiero jugar a la pelota, ¡ah, ah, ah!

Gurdulú ya no entendía nada. Entre el baño tibio que le habían hecho tomar, los perfumes y aquellas carnes blancas y rosas, ahora su único deseo era el de fundirse en la general fragancia.

—¡Ay, ay!, está de nuevo aquí, ¡huy, mi madre!, pero oye una cosa, ¡aaah!...

Las demás jugaban a la pelota como si nada ocurriese, bromeaban, reían, cantaban: «Ola, ola, la luna in alto vola...»

La doncella que Gurdulú había arrastrado consigo, después de un último y largo grito volvía con sus compañeras, algo sofocada, algo aturdida, y riendo y batiendo palmas — «¡Venga, venga, aquí, a mí!»—, reanudaba el juego.

No pasaba mucho rato, y Gurdulú rodaba encima de otra.

—Fuera, quita, quita, pero qué pesado, qué impetuoso, no, me haces daño, pero oye... —y sucumbía.

Otras mujeres y jovencitas que no participaban en los juegos se sentaban en bancos y

conversaban entre sí:

—...Y porque Filomena, sabéis, estaba celosa de Clara, pero en cambio... —y se sentía asida de la cintura por Gurdulú—. ¡Huy, qué susto!... en cambio, os decía, Viligelmo parece que andaba con Eufemia..., pero ¿adonde me llevas?... —Gurdulú se la había cargado al hombro—. ¿Lo habéis entendido? La otra boba, entretanto, con sus celos de costumbre... —la mujer seguía charlando y gesticulando, mientras colgaba del hombro de Gurdulú, y desaparecía.

No había pasado mucho tiempo y regresaba, desmelenada, con una hombrera arrancada, y se colocaba de nuevo allí, y en seguida:

—Es precisamente así, os digo, Filomena le hizo una escena a Clara y el otro en cambio... De la sala de banquetes, mientras tanto, danzarinas y tañedoras ya se habían retirado. Agilulfo se entretuvo en detallar a la castellana las composiciones que los músicos del emperador Carlomagno ejecutaban más a menudo.

—El cielo se oscurece —observó Priscila.

—Es de noche, noche cerrada —admitió Agilulfo.

—La estancia que os he reservado...

—Gracias. Oíd el ruiseñor allá en el parque.

—La estancia que os he reservado... es la mía.

—Vuestra hospitalidad es exquisita... Es en aquella encina donde canta el ruiseñor. Acerquémonos a la ventana.

Se levantó, le tendió su férreo brazo, se aproximó al antepecho. El gorjeo de los ruiseñores le dio pie para una serie de referencias poéticas y mitológicas.

Pero Priscila cortó de golpe.

—Después de todo, el ruiseñor canta por amor. Y nosotros...

—¡Ah, el amor! —gritó Agilulfo con una alteración en la voz tan brusca que Priscila se asustó. Y de repente, se lanzó a una disertación sobre la pasión amorosa. Priscila estaba tiernamente acalorada; apoyándose en su brazo lo empujó a una estancia dominada por una gran cama con baldaquín.

—Entre los antiguos, siendo el amor considerado como un dios... —continuaba Agilulfo a toda mecha.

Priscila cerró la puerta con doble vuelta de llave, se acercó a él, inclinó la cabeza sobre la coraza y dijo:

—Tengo un poco de frío, la chimenea está apagada...

—La opinión de los antiguos —dijo Agilulfo—, sobre si es mejor amarse en estancias frías o bien calientes, es controvertida. Pero el consejo de los más...

—Oh, cuántas cosas sabéis sobre el amor...

—El consejo de los más, aun excluyendo los ambientes sofocantes, se inclina por una cierta tibieza natural...

—¿Debo llamar a las mujeres para que enciendan el fuego?

—Lo encenderé yo mismo.

Examinó la leña amontonada en la chimenea, alabó la llama de esta o aquella madera, enumeró las distintas maneras de encender fuegos al aire libre o en lugares cerrados. Un suspiro de Priscila lo interrumpió; como dándose cuenta de que estas nuevas disquisiciones estaban disipando la trepidación amorosa que se había ido creando, Agilulfo empezó rápidamente a adornar su disertación sobre los fuegos con referencias y comparaciones y alusiones al calor de los sentimientos y los sentidos.

Priscila ahora sonreía, con los ojos entornados, alargaba las manos hacia la llama que empezaba a chisporrotear y decía:

—Qué grata tibieza... cuán dulce debe ser saborearla bajo las mantas, acostados...

El tema de la cama sugirió a Agilulfo una serie de nuevas observaciones: según él, el difícil arte de hacer la cama es desconocido por las sirvientas de Francia y en los más nobles palacios no se encuentran más que sábanas mal remetidas.

—Oh, no, decidme, ¿también mi cama...? —preguntó la viuda.

—Sin duda que la vuestra es una cama de reina, superior a cualquier otra de todos los territorios imperiales, pero permitidme que mi deseo de veros rodeada sólo de cosas en cada uno de sus puntos dignas de vos me lleve a considerar con aprensión este pliegue...

—¡Oh, este pliegue! —gritó Priscila, asaltada ahora también ella por el afán de perfección

que Agilulfo le comunicaba.

Deshicieron la cama capa por capa, descubriendo y recriminando pequeñas dobladuras, huecos, trozos demasiado tensos o demasiado flojos, y esta búsqueda ora se convertía en una congoja lancinante, ora en una ascensión a cielos cada vez más altos.

Una vez que revolvieron la cama hasta el jergón, Agilulfo empezó a rehacerla según las reglas. Era una operación trabajosa: nada debe hacerse al azar, y hay que emplear recursos secretos. El los iba explicando extensamente a la viuda. Pero de vez en cuando había algo que lo dejaba insatisfecho, y entonces volvía a empezar de nuevo.

Proveniente de las otras alas del castillo resonó un grito, o mejor, un mugido o rebuzno, incontenible.

—¿Qué ha sido? —se sobresaltó Priscila.

—Nada, es la voz de mi escudero —dijo él.

A aquel grito se le añadían otros más agudos, como suspiros lacerados que subían a las estrellas.

—¿Y ahora qué pasa? —se preguntó Agilulfo.

—Oh, son las muchachas —dijo Priscila—, juegan... ya se sabe, la juventud.

Y continuaban arreglando la cama, prestando oídos de vez en cuando a los ruidos de la noche.

—Gurdulú grita...

—Qué alboroto, esas mujeres...

—El ruiseñor...

—Los grillos...

La cama ya estaba a punto, sin defectos. Agilulfo se volvió hacia la viuda. Estaba desnuda. Las ropas habían caído castamente al suelo.

—A las damas desnudas se les aconseja —declaró Agilulfo—, como la más sublime emoción de los sentidos, abrazarse a un guerrero con armadura.

—¡Estupendo: a mí me lo vas a enseñar! —dijo Priscila—. ¡No nací precisamente ayer!

—Y al decir esto, dio un salto y se encaramó a Agilulfo, apretando piernas y brazos en torno a la coraza.

Probó, una tras otra, todas las maneras en que una armadura puede ser abrazada, luego, lánguidamente, entró en la cama.

Agilulfo se arrodilló a la cabecera.

—Los cabellos —dijo.

Priscila, al desnudarse, no había deshecho el alto peinado de su morena cabellera. Agilulfo empezó a explicar la importancia que tiene en el trastorno de los sentidos el pelo suelto.

—Probemos.

Con movimientos decididos y delicados de sus manos de hierro, le soltó el castillo de trenzas e hizo caer la cabellera sobre el pecho y los hombros.

—Sin embargo —agregó—, tiene ciertamente más malicia aquel que prefiere a la dama con el cuerpo desnudo, pero con la cabeza no sólo peinada completamente, sino incluso adornada con velos y diademas.

—¿Lo volvemos a probar?

—Seré yo quien os peine.

La peinó, y demostró su habilidad en tejer trenzas, en darles vueltas y fijarlas en la cabeza con alfileres. Luego preparó un fastuoso tocado de velos y collares. Así pasó una hora pero Priscila, cuando él le tendió el espejo, nunca se había visto tan bella. Lo invitó a acostarse a su lado.

—Dicen que Cleopatra cada noche —le dijo él— soñaba que tenía en la cama a un guerrero con armadura.

—No lo he probado nunca —confesó ella—. Todos se la quitan mucho antes.

—Pues bien, ahora lo probaréis.

Y lentamente, sin arrugar las sábanas, entró completamente armado en la cama y se mantuvo circunspecto como en un sepulcro.

—¿Y ni siquiera os desatáis la espada del tahalí?

—La pasión amorosa no conoce caminos intermedios.

Priscila cerró los ojos, extasiada. Agilulfo se alzó sobre un codo.

—El fuego echa humo. Me levanto para ver cómo es que la chimenea no tira.  
En la ventana asomaba la luna. Regresando de la chimenea a la cama, Agilulfo se detuvo:

—Señora, vayamos a la escarpa a regalarnos con esta tardía luz lunar.

La envolvió en su manto. Enlazados, subieron a la torre. La luna plateaba el bosque. Cantaba el autillo. Alguna ventana del castillo estaba aún iluminada y de ella salían de cuando en cuando gritos o carcajadas o gemidos y el rebuzno del escudero.

—Toda la naturaleza es amor...

Regresaron a la estancia. La chimenea estaba casi apagada. Se agacharon para soplar las brasas. Al estar tan próximos, con las rosadas rodillas de Priscila que rozaban las metálicas rodilleras de él, nacía una nueva intimidad, más inocente.

Cuando Priscila volvió a acostarse, la ventana era ya acariciada por el primer claror.

—Nada transfigura tanto el rostro de una mujer como los primeros rayos del alba —dijo Agilulfo, pero a fin de que el rostro apareciese bajo la luz mejor se vio forzado a cambiar de sitio cama y baldaquín.

—¿Cómo estoy? —preguntó la viuda.

—Bellísima.

Priscila era feliz. Pero el sol subía rápido y para seguir sus rayos, Agilulfo tenía que cambiar de sitio continuamente la cama.

—Es la aurora —dijo. Su voz ya había cambiado—. Mi deber de caballero quiere que a esta hora me ponga en camino.

—¡Ya! —gimió Priscila—. ¡Precisamente ahora!

—Me duele, gentil dama, pero me obliga una misión más grave.

—Oh, era tan hermoso... Agilulfo hincó la rodilla.

—Benedicidme, Priscila.

Se levanta, ya llama al escudero. Da vueltas por todo el castillo y finalmente lo descubre, agotado, muerto de sueño, en una especie de pocilga.

—¡Rápido, a caballo!

Pero tiene que cargarlo a pulso. El sol, continuando su ascensión, pinta las dos figuras a caballo sobre el oro de las hojas del bosque: el escudero como un saco en equilibrio, el caballero derecho y destacado como la sombra sutil de un chopo.

En torno a Priscila habían acudido damas y sirvientas.

—¿Cómo ha sido, ama, cómo ha sido?

—¡Oh, una cosa, si supierais! Un hombre, un hombre...

—Pero decidnos, contadnos, ¿cómo es?

—Un hombre... un hombre... Una noche, un continuo, un paraíso...

—Pero ¿qué ha hecho? ¿Qué ha hecho?

—¿Cómo puede explicarse? Oh, hermoso, hermoso...

—Pero aun siendo así, ¿eh? Y sin embargo... contad...

—Ahora no sabría cómo... Tantas cosas... Y vosotras, ¿con ese escudero...?

—¿Qué? Oh, nada, no sé, ¿tú quizá? ¡No: tú! Pues no, no me acuerdo...

—Pero ¿cómo? Se os oía, queridas...

—Pues, quién sabe, pobrecito, yo no me acuerdo, tampoco yo me acuerdo, quizá tú...

¡qué! ¿yo? Ama, habladnos de él, del caballero, ¿eh? ¿Cómo era, Agilulfo?

—¡Oh, Agilulfo!

## IX

Yo que escribo este libro siguiendo en papeles casi ilegibles una antigua crónica, me doy cuenta ahora de que he llenado páginas y páginas y estoy todavía al principio de mi historia; ahora comienza el verdadero desarrollo del caso, o sea, los azarosos viajes de Agilulfo y su escudero para hallar la prueba de la virginidad de Sofronia, los cuales se entrelazan con los de Bradamante perseguidora y perseguida, de Rambaldo enamorado y de Torrismundo en busca de los Caballeros del Grial. Pero este hilo, en lugar de correrme veloz entre los dedos, de pronto se afloja, o se enreda, y si pienso en todo lo que todavía tengo que poner en el papel —itinerarios, obstáculos, persecuciones, engaños, duelos, torneos—, me siento desfallecer. El hecho es que esta disciplina de escribiente de convento y la constante penitencia de buscar palabras y meditar la sustancia última de las cosas me han cambiado: aquello que el vulgo —y yo misma hasta ahora— tiene por máximo deleite, o sea, la trama de aventuras en que consiste toda novela caballeresca, ahora me parece una guarnición superflua, un frío adorno, la parte más ingrata de mi tarea.

Quisiera narrar corriendo, a toda prisa, historiar cada página con duelos y batallas como los que bastarían para un poema, pero si me paro y me pongo a releer advierto que la pluma no ha dejado signo alguno sobre la hoja y que las páginas están en blanco.

Para contar como quisiera, haría falta que esta página se erizase de rocas rojizas, se exfoliase en una arenilla espesa, guijarreña, y que creciese en ella una hirsuta vegetación de enebros. Por en medio, donde serpentea un sendero mal indicado, haría pasar a Agilulfo, erguido en la silla, lanza en ristre. Pero además de región rocosa esta página debería ser al mismo tiempo la cúpula del cielo achatada de aquí arriba, tan baja que en medio haya sitio solamente para un vuelo graznante de cuervos. Con la pluma tendría que conseguir grabar en la hoja, pero con ligereza, porque el prado debería figurar recorrido por el arrastrarse de una culebra invisible en la hierba, y el brezal atravesado por una liebre que ahora sale al claro, se detiene, olfatea a su alrededor con sus cortos bigotes, y ya ha desaparecido.

Todo se mueve por la lisa página sin que nada se vea, sin que nada cambie en su superficie, como en el fondo todo se mueve y nada cambia sobre la rugosa corteza del mundo, porque sólo existe una extensión de la misma materia, igual que la hoja donde escribo, una extensión que se contrae y se agrupa en formas y consistencias distintas y en diferentes gradaciones de colores, pero que puede sin embargo imaginarse extendida sobre una superficie plana, incluso en sus aglomerados peludos o emplumados o nudosos como una concha de tortuga, y tal pelosidad o emplumamiento o nudosidad a veces parece que se mueva, o sea que hay cambios de relaciones entre las varias cualidades distribuidas por la extensión de materia uniforme de en torno, sin que nada sustancialmente se desplace. Podemos decir que el único que en realidad lleva a cabo un desplazamiento aquí en medio es Agilulfo, no digo su caballo, no digo su armadura, sino ese algo único, preocupado de sí, impaciente, que está viajando a caballo dentro de la armadura. A su alrededor las piñas caen de la rama, los riachuelos corren entre los guijarros, los peces nadan en los riachuelos, las orugas roen las hojas, las tortugas se afanan con el duro vientre al suelo, pero es solamente una ilusión de movimiento, un perpetuo ir y venir como el agua de las olas. Y en esta ola va y viene Gurdulú, prisionero de la superficie de las cosas, extendido también él en la misma pasta con las piñas, los peces, las orugas, las piedras, las hojas, mera excrecencia de la corteza del mundo.

¡Cuánto más difícil me resulta indicar en este papel la carrera de Bradamante, o la de



Rambaldo, o del sombrío Torrismundo! Sería menester que hubiera sobre la superficie uniforme un levísimo afloramiento, como puede obtenerse rayando por debajo de la hoja con un alfiler, y este afloramiento, esta tensión, estuviera siempre, sin embargo, cargado y untado de la general pasta del mundo y precisamente allí estuviera el sentido y la belleza y el dolor, y el verdadero contraste y movimiento.

Pero ¿cómo puedo seguir adelante con la historia, si me pongo a majar así las páginas en blanco, a excavar dentro de ellas valles y quebradas, a hacer correr arrugas y rasguños, en donde leer las cabalgadas de los paladines? Mejor sería, para ayudarme a narrar, que me dibujara un mapa de los lugares, con el dulce país de Francia, y la fiera Bretaña, y el canal de Inglaterra colmado de negras olas, y allá arriba la alta Escocia, y aquí abajo los ásperos Pirineos, y la España todavía en manos infieles, y el África madre de serpientes. Luego, con flechas y con pequeñas cruces y con números podría marcar el camino de este o aquel héroe. Y ya puedo con una línea rápida, a pesar de algunas vueltas, hacer arribar a Agilulfo a Inglaterra y dirigirlo hacia el monasterio donde desde hace quince años está retirada Sofronia.

Llega, y el monasterio es un montón de ruinas.

—Llegáis demasiado tarde, noble caballero —dice un viejo—, todavía estos valles resuenan con los gritos de aquellas desventuradas. Una flota de piratas moriscos, desembarcada en estas costas, saqueó no hace mucho el convento, se llevó como esclavas a todas las religiosas y pegó fuego a los muros.

—¿Se las llevó? ¿Adonde?

—Como esclavas para venderlas en Marruecos, señor mío.

—¿Había entre esas hermanas una que en el siglo era hija del rey de Escocia, Sofronia?

—¡Ah, queréis decir sor Palmira! ¿Que si estaba aquí? ¡En seguida se la cargaron al hombro, aquellos truhanes! Aunque ya no era una jovencita, todavía estaba de buen ver. La recuerdo como si fuera ahora, gritando cuando la agarraron aquellos con su mal aspecto.

—¿Estabais presente durante el saqueo?

—Qué queréis, los del pueblo, ya se sabe, estamos siempre en la calle.

—¿Y no las auxiliasteis?

—¿A quién? Bueno, señor mío, qué queréis, así de pronto... no teníamos jefes, ni experiencia... Entre hacer algo y hacerlo mal pensamos que era mejor no hacer nada.

—Y, decidme, esta Sofronia, en el convento, ¿llevaba una vida piadosa?

—En estos tiempos hay monjas de todas clases, pero sor Palmira era la más piadosa y casta de todo el obispado.

—Pronto, Gurdulú, vayamos al puerto y embarquémonos para Marruecos.

Todo esto que ahora señalo con pequeñas rayas onduladas es el mar, mejor dicho, el océano. Ahora dibujo la nave en la que Agilulfo realiza su viaje, y más acá dibujo una enorme ballena, con un cartel y la inscripción «Mar Océano». Esta flecha indica el recorrido de la nave. Puedo hacer también otra flecha que indique el recorrido de la ballena; mira: se encuentran. En este punto del océano, pues, se producirá el encuentro de la ballena con la nave, y como he dibujado más grande a la ballena, la nave llevará las de perder. Dibujo ahora muchas flechas cruzándose en todas direcciones para indicar que en este punto entre la ballena y la nave se desarrolla una encarnizada batalla. Agilulfo combate como es habitual en él y clava su lanza en un costado del cetáceo. Un chorro nauseabundo de aceite de ballena lo arrolla, que yo represento con estas líneas divergentes. Gurdulú salta sobre la ballena y se olvida de la nave. De un coletazo, la nave se vuelca. Agilulfo, con la armadura de hierro, no puede más que irse a pique. Antes de que las olas lo sumerjan del todo, grita al escudero:

—¡Ya nos encontraremos en Marruecos! ¡Yo voy a pie!

En efecto, descendiendo hasta una profundidad de millas y millas, Agilulfo cae de pie sobre la arena del fondo del mar y empieza a caminar con paso ligero. Se encuentra a menudo con monstruos marinos y se defiende de ellos a estocadas. El único inconveniente para una armadura en el fondo del mar ya sabéis vosotros cuál es: la herrumbre. Pero al estar rociada de pies a cabeza de aceite de ballena, la blanca armadura tiene encima una capa de grasa que la mantiene intacta.

En el océano ahora dibujo una tortuga. Gurdulú se ha tragado una pinta de agua salada

antes de comprender que no es el mar que tiene que estar dentro de él, sino él quien tiene que estar en el mar; y finalmente se ha agarrado a la concha de una gran tortuga marina. En parte dejándose transportar, en parte tratando de dirigirla con caricias y pellizcos, se acerca a las costas de África. Aquí se enreda en una red de pescadores sarracenos.

Una vez subidas las redes a bordo, los pescadores ven aparecer en medio de un resbaladizo banco de salmonetes un hombre de ropas mohosas, recubierto de hierbas marinas.

—¡El hombre-pepe! ¡El hombre-pepe! —gritan.

—¡Pero qué hombre-pepe: es Gudi-Ussuf! —dice el patrón—. ¡Es Gudi-Ussuf, yo lo conozco!

Gudi-Ussuf era en efecto uno de los nombres con que en las cocinas mahometanas se designaba a Gurdulú, cuando sin darse cuenta pasaba las líneas y se encontraba en los campamentos del sultán. El patrón de pesca había sido soldado del ejército morisco en tierras de España; viendo que Gurdulú era de físico robusto y ánimo dócil, lo tomó consigo para hacer de él un pescador de ostras.

Estaban una noche los pescadores, y Gurdulú entre ellos, sentados en las rocas de la costa marroquí, abriendo una a una las ostras pescadas, cuando del agua asoma una cimera, un yelmo, una coraza, en fin, una armadura entera que caminando se acerca poco a poco a la orilla.

—¡El hombre-langosta! ¡El hombre-langosta! —gritan los pescadores, que, llenos de miedo, corren a esconderse entre los escollos.

—¡Pero qué hombre-langosta! —dice Gurdulú—. ¡Es mi amo! Estaréis rendido, caballero. ¡Os lo habéis hecho todo a pie!

—No estoy cansado en absoluto —replica Agilulfo—. Y tú, ¿qué haces aquí?

—Buscamos perlas para el sultán —interviene el ex soldado—, que cada noche tiene que regalar a una mujer distinta una perla nueva.

Como tenía trescientas sesenta y cinco mujeres, el sultán visitaba a una cada noche, conque cada mujer era visitada una sola vez al año. A la que visitaba, acostumbraba llevarle de regalo una perla, por lo que cada día los mercaderes tenían que proporcionarle una perla bien fresca. Puesto que aquel día los mercaderes habían agotado las provisiones, se habían dirigido a los pescadores para que les procurasen una perla a cualquier precio.

—Vos que conseguís tan bien caminar por el fondo del mar —dijo a Agilulfo el ex soldado—, ¿por qué no os asociáis a nuestra empresa?

—Un caballero no se asocia a empresas que tengan como finalidad la ganancia, en especial si son dirigidas por enemigos de su religión. Os doy las gracias, oh, pagano, por haber salvado y alimentado a este mi escudero, pero que vuestro sultán no pueda esta noche regalar ninguna perla a sus trescientas sesenta y cinco esposas me importa justamente un pepino.

—Nos importa mucho a nosotros, que nos harán azotar —dijo el pescador—. Esta noche no será una noche nupcial como las otras. Le toca a una esposa nueva, que el sultán visitará por primera vez. Fue comprada hace casi un año a ciertos piratas, y ha esperado hasta ahora su turno. Es inadecuado que el sultán se presente ante ella con las manos vacías, tanto más que se trata de una correligionaria vuestra, Sofronia de Escocia, de estirpe real, traída a Marruecos como esclava y destinada en seguida al harén de nuestro soberano. Agilulfo no dejó ver su emoción.

—Os proporcionaré la manera de salir del apuro —dijo—. Que los mercaderes propongan al sultán hacerle llevar a la nueva esposa no la perla de costumbre, sino un regalo que pueda aliviar su nostalgia del país lejano: es decir, una armadura completa de guerrero cristiano.

—¿Y dónde encontraremos esa armadura?

—¡La mía! —dijo Agilulfo.

Sofronia esperaba que llegase la noche en su habitación del palacio de las esposas. Por la rejilla de la ventana puntiaguda miraba las palmeras del jardín, los estanques, los parterres. El sol descendía, el muecín lanzaba su grito, en el jardín se abrían las perfumadas flores del ocaso.

Llaman. ¡Es la hora! No, son los eunucos de siempre. Traen un regalo de parte del sultán. Una armadura. Una armadura enteramente blanca. Quién sabe qué quiere decir. Sofronia, de nuevo sola, volvió a la ventana. Hacía casi un año que estaba allí. Así que fue comprada como esposa, le asignaron el turno de una mujer repudiada hacía poco, un turno que le tocaría más de once meses después. Estarse allí en el harén sin hacer nada, un día tras otro, era más aburrido que el convento.

—No temáis, noble Sofronia —dijo una voz a sus espaldas. Se volvió. Era la armadura quien hablaba—. Soy Agilulfo de los Guildivernos, que ya una vez salvó vuestra inmaculada virtud.

—¡Oh, socorro! —se había sobresaltado la esposa del sultán. Y luego, reportándose—: Ah, sí, ya me había parecido que esta armadura blanca no me era desconocida. Sois vos el que llegasteis en el momento justo, hace años, para impedir que un bandido abusara de mí...

—Y ahora llego en el momento justo para salvaros de la ignominia de las bodas paganas...

—Ya... Siempre vos, sois...

—Ahora, protegida por esta espada, os acompañaré fuera de los dominios del sultán.

—Ya... Se comprende...

Cuando los eunucos vinieron a anunciar la llegada del sultán, fueron pasados a cuchillo. Envuelta en un manto, Sofronia corría por los jardines al lado del Caballero. Los dragomanes dieron la alarma. Poco pudieron las pesadas cimitarras contra la exacta y ágil espada del guerrero de la blanca coraza. Y su escudo aguantó bien el asalto de las lanzas de todo un pelotón. Gurdulú, con los caballos, esperaba tras una chumbera. En el puerto, un falucho estaba ya preparado para partir hacia tierras cristianas. Sofronia desde la cubierta veía alejarse las palmeras de la playa.

Ahora dibujo, aquí en el mar, el falucho. Lo hago un poco mayor que la nave de antes, para que aunque se encuentre con la ballena no sucedan desastres. Con esta línea curva indico el recorrido del falucho que quisiera hacer llegar hasta el puerto de Saint Malo. Lo malo es que a la altura del golfo de Vizcaya ya hay tal lío de líneas que se cruzan, que es mejor hacer pasar el falucho un poco más acá, por aquí arriba, por aquí arriba, y ¡diantre!, va a chocar contra las escolleras de Bretaña. Naufraga, se va a pique, y a duras penas Agilulfo y Gurdulú consiguen llevar a Sofronia sana y salva a la orilla.

Sofronia está cansada. Agilulfo decide hacerla refugiar en una cueva y alcanzar con su escudero el campamento de Carlomagno para anunciar que la virginidad está todavía intacta, así como la legitimidad de su nombre. Ahora ya marco la cueva con una crucecita en este punto de la costa bretona para poder encontrarla luego. No sé qué debe ser esta línea que también pasa por este punto: a estas alturas mi mapa es un embrollo de rayas trazadas en todos los sentidos. Ah, sí, es una línea que corresponde al recorrido de Torrismo. Así pues, el pensativo joven pasa precisamente por aquí, mientras Sofronia yace en la caverna. También él se aproxima a la cueva, entra, la ve.

## X

¿Cómo había llegado hasta allí, Torrismundo? Mientras Agilulfo pasaba de Francia a Inglaterra, de Inglaterra a África y de África a Bretaña, el benjamín putativo de los duques de Cornualles había recorrido de arriba abajo los bosques de las naciones cristianas en busca del campamento secreto de los Caballeros del Santo Grial. Puesto que de año en año la Sagrada Orden acostumbra cambiar su sede y nunca da a conocer su presencia a los profanos, Torrismundo no encontraba ningún indicio que seguir en su itinerario. Caminaba al azar, persiguiendo una remota sensación que para él era todo uno con el nombre del Grial; pero ¿era la Orden de los píos Caballeros lo que buscaba o más bien perseguía el recuerdo de su infancia en los brezales de Escocia? A veces, al abrirse de improviso un valle negro de alerces, o un precipicio de rocas grises al fondo de las cuales retumbaba un torrente blanco de espuma, lo asaltaba una conmoción inexplicable, que él tomaba por una advertencia. «Quizá están aquí, aquí cerca.» Y si de aquel paraje se alzaba un lejano y oscuro sonido de cuerno, entonces Torrismundo no tenía ya dudas, se ponía a recorrer cada quebrada palmo a palmo buscando un indicio. Topaba a lo sumo con algún cazador extraviado o con un pastor y su grey.

Llegado a la remota tierra de Curvaldia, se detuvo en un pueblo y pidió a aquellos campesinos la caridad de un poco de requesón y de pan negro.

—Dároslo, os lo daríamos de buen grado, señorito —dijo un cabrero—, pero vednos a mí, a mi mujer y a mis hijos, ¡lo esqueléticos que nos hemos quedado! Los donativos que debemos hacer a los caballeros son ya tantos... Este bosque hormiguea de colegas vuestros, aunque vestidos de otra forma. Hay toda una tropa, y en cuanto al aprovisionarse, comprendéis, ¡los tenemos a todos encima!

—¿Caballeros que viven en el bosque? ¿Y cómo visten?

—El manto es blanco, el yelmo es de oro, con dos alas blancas de cisne a los lados.

—¿Y son muy piadosos?

—Oh, piadosos lo son mucho. Y con el dinero no se manchan las manos, porque no tienen un céntimo. Pero pretensiones sí que tienen, ¡y a nosotros nos toca obedecer! Ahora nos hemos quedado sin nada: hay carestía. Cuando vengan la próxima vez, ¿qué les daremos?

El joven ya corría hacia el bosque.

Entre los prados, por las tranquilas aguas de un riachuelo, pasaba una lenta bandada de cisnes. Torrismundo caminaba por la orilla, siguiéndolos. De entre las frondas resonó un arpegio: «¡Flin, flin, flin!». El joven seguía avanzando y el sonido parecía ora seguirlo, ora precederlo: «¡Flin, flin, flin!». Donde las frondas se aclaraban apareció una figura humana. Era un guerrero con el yelmo adornado con alas blancas, que sujetaba una lanza y al mismo tiempo una pequeña arpa en la que, a veces, ensayaba aquel acorde: «¡Flin, flin, flin!». No dijo nada; sus miradas no evitaban a Torrismundo, pero le pasaban por encima casi como si no lo percibiera, y sin embargo parecía que lo estuviera acompañando: cuando troncos y arbustos los separaban, le hacía encontrar el camino reclamándolo con uno de sus arpegios: «¡Flin, flin, flin!». Torrismundo habría querido hablarle, preguntarle, pero lo seguía callado e intimidado.

Salieron a un claro. Por todas partes había guerreros armados con lanzas, con corazas de oro, envueltos en largos mantos blancos, inmóviles, vueltos cada uno en una dirección distinta, con la mirada en el vacío. Uno cebaba un cisne con granos de maíz, volviendo los ojos a otra parte. Ante un nuevo arpegio del tañedor, un guerrero a caballo respondió

alzando el cuerno y emitiendo un largo reclamo. Cuando calló, todos aquellos guerreros se movieron, dieron algunos pasos cada uno en su dirección, y se detuvieron de nuevo.

—Caballeros... —se esforzó en decir Torrismundo—, perdonadme, quizá me equivoco, pero ¿no sois acaso los Caballeros del Gri...?

—¡No pronuncies jamás ese nombre! —lo interrumpió una voz a sus espaldas. Un caballero, de cabeza canosa, estaba parado junto a él—. ¿No te basta con haber venido a turbar nuestro piadoso recogimiento?

—¡Oh, perdonadme! —se le dirigió el joven—. ¡Soy tan feliz de estar entre vosotros! ¡Si supierais cuánto os he buscado!

—¿Por qué?

—Porque... —y el deseo de proclamar su secreto fue más fuerte que el temor de cometer un sacrilegio—... ¡porque soy vuestro hijo!

El caballero anciano permaneció impasible.

—Aquí no se conocen padres ni hijos —dijo tras un momento de silencio—. Quien entra en la Sagrada Orden abandona todos los parentescos terrenos.

Torrismundo, más que repudiado, se sintió desilusionado: tal vez había esperado una repulsa desdeñosa por parte de sus castos padres, que él habría rebatido aduciendo pruebas, invocando la voz de la sangre; pero esta respuesta tan tranquila, que no negaba la posibilidad de los hechos, pero excluía toda discusión por una cuestión de principios, era desalentadora.

—No tengo otra aspiración que ser reconocido hijo de esta Sagrada Orden —trató de insistir—, ¡por la que mantengo una admiración ilimitada!

—Si admiras tanto a nuestra Orden —dijo el anciano—, no deberías tener otra aspiración que la de ser admitido a formar parte de ella.

—¿Y sería posible, decís? —exclamó Torrismundo, en seguida atraído por la nueva perspectiva.

—Cuando te hayas hecho digno de ello.

—¿Qué es preciso hacer?

—Purificarse gradualmente de toda pasión y dejarse poseer por el amor del Grial.

—Oh, vos lo pronunciáis, el nombre.

—Nosotros los Caballeros podemos; vosotros los profanos, no.

—Pero decidme, ¿por qué todos aquí callan y vos sois el único en hablar?

—Es a mí a quien corresponde el deber de las relaciones con los profanos. Al ser las palabras a menudo impuras, los Caballeros prefieren abstenerse, salvo para dejar hablar a través de sus labios al Grial.

—Decidme, ¿qué debo hacer para empezar?

—¿Ves aquella hoja de arce? Una gota de rocío se ha posado en ella. Tú estate quieto, inmóvil, y fijate en esa gota sobre la hoja, ensimímate, olvida todo lo del mundo en esa gota, hasta que sientas que te has perdido a ti mismo y que estás invadido por la infinita fuerza del Grial.

Y lo dejó allí. Torrismundo miró fijamente la gota, miró, miró, se puso a pensar en sus cosas, vio una araña que bajaba por la hoja, miró la araña, miró la araña, volvió a mirar la gota, movió un pie en el que sentía hormigueo, ¡uf!, se aburría. A su alrededor aparecían y desaparecían en el bosque caballeros que caminaban lentamente, con la boca abierta y los ojos desencajados, acompañados por cisnes cuyo suave plumaje acariciaban de vez en cuando. Alguno de ellos de repente abría los brazos y daba una carrerita, emitiendo un grito suspirado.

—¿Y a aquellos —Torrismundo no pudo contenerse de preguntar al anciano, que había vuelto a aparecer por las cercanías—, qué les ocurre?

—El éxtasis —dijo el anciano—, es decir, algo que tú no conocerás nunca si eres tan distraído y curioso. Esos hermanos han alcanzado finalmente la completa comunión con el todo.

—¿Y aquellos otros? —preguntó el joven. Algunos caballeros caminaban contoneándose, como asaltados por dulces estremecimientos, y torcían la boca.

—Están todavía en un estadio intermedio. Antes de sentirse una misma cosa con el sol y las estrellas, el novicio siente como si tuviera dentro de sí únicamente las cosas más próximas, pero muy intensamente. Esto, en especial a los más jóvenes, les hace cierto

efecto. A esos hermanos nuestros que tú ves, el correr del arroyo, el susurro de las hojas, el crecimiento subterráneo de los hongos les comunican una especie de agradable y lentísimo cosquilleo.

—¿Y no se cansan, a la larga?

—Alcanzan poco a poco los estadios superiores, en los que ya no son sólo las vibraciones más próximas aquello que los ocupa, sino el gran aliento de los cielos, y paulatinamente se alejan de los sentidos.

—¿Se produce en todos?

—En pocos. Y de manera completa sólo en uno de nosotros, el Elegido, el Rey del Grial.

Habían llegado a una explanada donde un gran número de caballeros hacían ejercicios de armas delante de una tribuna con baldaquín. Bajo aquel baldaquín estaba sentado, o mejor dicho, acurrucado, inmóvil, alguien que parecía, más que un hombre, una momia, vestida también con el uniforme del Grial, pero de forma más fastuosa. Los ojos los tenía abiertos, o más bien desencajados, en una cara reseca como una castaña.

—Pero ¿está vivo?

—Está vivo, pero es presa del amor del Grial hasta el extremo de que ya no tiene necesidad de comer, ni de moverse, ni de hacer sus necesidades, ni casi dé respirar. No ve ni siente. Nadie conoce sus pensamientos: sin duda ellos reflejan el recorrido de lejanos planetas.

—¿Y por qué lo hacen asistir a una parada militar, si no ve?

—Eso está en los ritos del Grial.

Los caballeros se ejercitaban entre sí en asaltos de esgrima. Movían las espadas a saltos, mirando al vacío, y sus pasos eran duros e imprevistos como si nunca pudieran prever lo que harían un instante después. Y sin embargo no erraban un golpe.

—Pero ¿cómo pueden combatir con ese aire de adormecidos?

—Es el Grial que está en nosotros el que mueve nuestras espadas. El amor del universo puede tomar forma de tremendo furor y empujarnos a ensartar amorosamente a los enemigos. Nuestra Orden es invencible en la guerra precisamente porque combatimos sin hacer ningún esfuerzo ni ninguna elección, sino dejando que el sagrado furor se desencadene a través de nuestros cuerpos.

—¿Y siempre resulta?

—Sí, para quien ha perdido todo residuo de voluntad humana y deja que sea solamente la fuerza del Grial la que mueva su mínimo gesto.

—¿El mínimo gesto? ¿Incluso ahora que estáis caminando?

El anciano avanzaba como un sonámbulo.

—Ciertamente. No soy yo el que muevo mi pie: dejo que sea movido. Inténtalo. Todos empezamos por eso.

Torrismundo lo intentó, pero —primero— no había manera de conseguirlo y —segundo— no encontraba en ello ningún placer. Había el bosque, verde y frondoso, todo aleteos y chillidos, donde le habría gustado correr, desembrollarse, levantar la caza, oponerse a aquella sombra, a aquel misterio, a aquella naturaleza extraña, él mismo, su fuerza, su cansancio, su valor. En cambio, tenía que estar allí meciéndose como un paralítico.

—Déjate poseer —lo amonestaba el anciano—, déjate poseer por el todo.

—Pero a mí, en realidad —prorrumpió Torrismundo—, lo que me gustaría es poseer, no ser poseído.

El anciano cruzó los codos sobre el rostro a fin de taparse al mismo tiempo ojos y orejas.

—Te queda aún mucho camino por andar, muchacho.

Torrismundo permaneció en el campamento del Grial. Se esforzaba en aprender, en imitar a sus padres o hermanos (ya no sabía cómo llamarlos), trataba de sofocar cualquier impulso del ánimo que le parecía demasiado individual, de fundirse en la comunión con el infinito amor del Grial, ponía interés en percibir cada mínimo indicio de aquellas inefables sensaciones que ponían en éxtasis a los caballeros. Pero los días pasaban y su purificación no avanzaba un paso. Todo lo que más gustaba a ellos, a él le fastidiaba: aquellas voces, aquella música, aquel estar siempre allí a punto de vibrar. Y sobre todo la continua proximidad de los cofrades, vestidos de aquel modo, medio desnudos con la coraza y el yelmo de oro, con las carnes tan blancas, algunos un poco viejos, otros jóvenes y delicados, quisquillosos, recelosos, susceptibles, le resultaba cada

vez más antipática. Además, con el cuento de que era el Grial lo que los movía, se abandonaban a toda clase de costumbres disipadas y pretendían continuar siendo puros. La idea de que podía haber sido engendrado así, con los ojos clavados en el vacío, sin fijarse siquiera en lo que hacían, y olvidándose de ello en seguida, le resultaba insoportable.

Llegó el día de la recaudación de tributos. Todos los pueblos que rodeaban el bosque tenían que entregar, en un plazo establecido, a los Caballeros del Grial, determinado número de requesones, de cestos de zanahorias, de sacos de cebada y de corderos lechales.

Se acercó una embajada de campesinos.

—Queríamos decir que la añada, en toda la tierra de Curvaldia, ha sido mala. Ni siquiera sabemos cómo quitarles el hambre a nuestros hijos. La carestía alcanza tanto al rico como al pobre. Piadosos caballeros, estamos aquí para pedirlos humildemente que nos dispenséis de los tributos, por esta vez.

El Rey del Grial, bajo el baldaquín, estaba callado y quieto como siempre. En un momento determinado, lentamente, separó las manos que tenía enlazadas sobre la barriga, las alzó al cielo (tenía unas uñas larguísimas) y su boca dijo:

—liih...

Ante aquel sonido, todos los Caballeros avanzaron con las lanzas dirigidas contra los pobres curvaldos.

—¡Socorro! ¡Defendámonos! —gritaron aquellos—. ¡Corramos a armarnos con hachas y hoces! —y se dispersaron.

Los Caballeros, con las miradas vueltas al cielo, al son de cuernos y metales, marcharon sobre las aldeas curvaldas de noche. De las hileras de lúpulos y de los setos saltaban villanos armados con horcas de heno y podaderas, tratando de oponerse a su paso. Pero poco pudieron contra las inexorables lanzas de los Caballeros. Una vez rotas las desmirriadas líneas de los defensores, se arrojaban con sus pesados caballos de guerra contra las cabañas de piedra y paja y barro, derribándolas bajo los cascos, sordos a los gritos de las mujeres, los terneros y los niños. Otros Caballeros sostenían antorchas encendidas y prendían fuego a los techos, los heniles, los establos, los miseros graneros, hasta que las aldeas quedaban reducidas a hogueras balantes y aullantes.

Torrismundo, arrastrado por la carrera de los Caballeros, estaba trastornado.

—Pero, decidme, ¿por qué? —gritaba al anciano, a quien tenía delante, como si fuera el único que pudiera escucharlo—. ¡No es verdad, pues, que os embebe el amor del todo! ¡Eh, cuidado, que arremetéis contra esa vieja! ¿Cómo tenéis corazón para ensañaros con esos desvalidos? ¡Socorro, las llamas prenden en esa cuna! Pero ¿qué hacéis?

—¡No quieras escrutar los designios del Grial, novicio! —lo amonestó el anciano—. ¡No somos nosotros quienes hacemos esto; es el Grial que está en nosotros el que nos mueve! ¡Abandónate a su furioso amor!

Pero Torrismundo había descabalgado, se lanzaba a socorrer a una madre, a devolver a sus brazos un niño caído.

—¡No! ¡No os llevéis toda la cosecha! ¡He trabajado tanto! —gritaba un viejo. Torrismundo se puso a su lado.

—¡Suelta el saco, bandido! —y se abalanzó sobre un caballero arrancándole lo que había robado.

—¡Bendito seas! ¡Quédate con nosotros! —dijeron algunos de aquellos miserables que aún trataban con horquillas y navajas y hachas de resistir el ataque detrás de un muro.

—¡Disponeos en semicírculo, echémonos sobre ellos todos juntos! —les gritó Torrismundo y se puso a la cabeza de la milicia campesina curvalda.

Ahora sacaba a los Caballeros de las casas. Se encontró cara a cara con el anciano y otros dos provistos de antorchas.

—¡Es un traidor, prendedlo!

Se produjo una gran pelea. Los curvaldos la emprendían con asadores, y las mujeres y los muchachos con piedras. De pronto sonó el cuerno.

—¡Retirada!

Frente a la insurrección curvalda los Caballeros se habían replegado en varios puntos y ahora despejaban el pueblo. Incluso el pelotón que rodeaba a Torrismundo retrocedió.

—¡Vamos, hermanos! —gritó el anciano—, ¡dejémonos conducir a donde nos lleva el Grial!

—¡Triunfe el Grial! —dijeron a coro los otros aflojando las riendas.

—¡Viva! ¡Nos has salvado! —y los aldeanos se agolpaban en torno a Torrismundo—. ¡Eres caballero, pero generoso! ¡Al fin hay uno! ¡Quédate con nosotros! ¡Dinos lo que quieres: te lo daremos!

—Ahora... lo que quiero... ya no lo sé... —balbucía Torrismundo.

—Tampoco nosotros sabíamos nada, ni siquiera que éramos personas humanas, antes de esta batalla... Y ahora nos parece poder... querer... tener que hacerlo todo... Aunque sea duro... —y se volvían para llorar sus muertos.

—No puedo quedarme con vosotros... No sé quién soy... Adiós... —y ya galopaba.

—¡Vuelve! —le gritaba aquella gente, pero Torrismundo ya se alejaba del pueblo, del bosque del Grial, de Curvaldia.

Reanudó su vagabundear por las naciones. Hasta entonces había desdeñado todo honor y todo placer, codiciando como único ideal a la Sagrada Orden de los Caballeros del Grial. Y ahora que ese ideal se había desvanecido, ¿qué meta podía dar a su inquietud?

Se alimentaba de frutos silvestres en los bosques, de potajes de judías en los conventos que encontraba por el camino, de erizos de mar en las costas rocosas. Y en la playa de Bretaña, buscando erizos justamente en una cueva, descubre de pronto a una mujer dormida.

Aquel deseo que lo había movido por el mundo, de lugares aterciopelados por una suave vegetación, recorridos por un bajo viento rasante, y de tersas jornadas sin sol, finalmente, al ver aquellas largas pestañas negras sobre una mejilla llena y pálida, y la ternura de aquel cuerpo abandonado, y la mano posada en el henchido seno, y los delicados cabellos sueltos, y el labio, el muslo, el pulgar del pie, la respiración, ahora parece que aquel deseo se aquiete.

Inclinado sobre ella, estaba mirándola, cuando Sofronia abrió los ojos.

—No me haréis daño —dijo, afable—. ¿Qué andáis buscando entre estos escollos desiertos?

—Estoy buscando algo que siempre me ha faltado y que sólo ahora que os veo sé qué es. ¿Cómo habéis llegado a esta costa?

—Me obligaron a casarme, aunque era monja, con un adepto de Mahoma, pero la boda no llegó a consumarse pues, siendo yo la trescientas sesenta y cinco, una intervención de las armas cristianas me trajo hasta aquí, víctima, por otra parte, de un naufragio durante el viaje de regreso, así como a la ida de un saqueo de feroces piratas.

—Comprendo. ¿Y estáis sola?

—Mi salvador se ha ido a los cuarteles imperiales para resolver, por lo que entendí, ciertas cuestiones.

—Quisiera ofreceros la protección de mi espada, pero temo que el sentimiento que me ha inflamado al veros se exceda en propósitos que vos podríais considerar no honestos.

—Oh, no tengáis escrúpulos, sabéis, he visto tantas cosas. Aunque, cada vez, cuando llega el momento, se presenta el salvador, siempre él.

—¿Llegará también esta vez?

—Pues, nunca se sabe.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Azira; o sor Palmira. Según sea en el harén del sultán o en el convento.

—Azira, me parece haberos amado siempre... haberme perdido ya en vos...



## XI

Carlomagno cabalgaba hacia la costa de Bretaña.

—Ahora veremos, ahora veremos, Agilulfo de los Guildivernos, no os inquietéis. Si lo que me decís es verdad, si esa mujer tiene aún encima la misma virginidad que tenía hace ahora quince años, nada que objetar, habréis sido armado caballero con pleno derecho, y aquel jovencuelo quería embaucarnos. Para cerciorarme he mandado que viniera con nuestro séquito una partera experta en asuntos de mujeres; nosotros los soldados, para estas cosas, pues, no tenemos mano...

La viejecita, izada sobre el caballo de Gurdulú, balbucía:

—Sí, sí, majestad, se hará con esmero, aunque nazcan gemelos... —Era sorda y todavía no había entendido de qué se trataba.

En la cueva entran en primer lugar dos oficiales del séquito, con antorchas. Regresan turbados:

—Sire, la virgen yace abrazada con un joven soldado.

Los amantes son traídos a presencia del emperador.

—¡Tú, Sofronia! —grita Agilulfo. Carlomagno hace levantar el rostro del joven.

—¡Torrismundo!

Torrismundo da un salto hacia Sofronia.

—¿Tú eres Sofronia? ¡Ah, madre mía!

—¿Conocéis a este joven, Sofronia? —pregunta el emperador.

La mujer inclina la cabeza, pálida.

—Sí, es Torrismundo, lo crié yo misma —dice con un hilo de voz.

Torrismundo salta al caballo.

—¡He cometido un incesto nefando! ¡No me veréis nunca más! —espolea y corre hacia el bosque, por la derecha.

Agilulfo espolea a su vez.

—¡Tampoco a mí volveréis a verme! —dice—. ¡Ya no tengo nombre! ¡Adiós! —y se adentra en el bosque, a mano izquierda.

Todos se han quedado consternados. Sofronia tiene el rostro escondido entre las manos.

Se oye un galope a la derecha. Es Torrismundo que sale del bosque a toda carrera. Grita:

—Pero ¿cómo? ¡Pero si hasta hace poco era virgen! ¿Cómo es posible que no lo haya pensado en seguida? ¡Era virgen! ¡No puede ser mi madre!

—¿Querriais explicarnos? —dice Carlomagno.

—En realidad, Torrismundo no es mi hijo, sino mi hermano, o mejor dicho, mi hermanastro —dice Sofronia—. La reina de Escocia, nuestra madre, estando mi padre, el rey, en guerra desde hacía un año, lo dio a luz después de un fortuito encuentro, al parecer, con la Sagrada Orden de los Caballeros del Grial. Al anunciar el rey su regreso, aquella pérfida criatura (así en efecto me veo obligada a juzgar a nuestra madre), con la excusa de que llevara de paseo a mi hermanito, me hizo extraviar en los bosques. Urdió un tremendo engaño para el marido que llegaba. Le dijo que yo, que contaba trece años, había huido para dar a luz a un bastardo. Retenida por un mal entendido respeto filial, nunca traicioné este secreto de nuestra madre. Viví en los brezales con el pequeño hermanastro y fueron también para mí unos años libres y felices, comparados con los que me esperaban en el convento, donde me obligaron a ingresar los duques de Cornualles. No he conocido a hombre alguno hasta esta mañana, a la edad de treinta y tres años, y el primer trato con un hombre, ¡ay de mí!, resulta ser un incesto...

—Veamos con calma cómo están las cosas —dice Carlomagno, conciliador—. Incesto sí que lo hay, pero entre hermanastro y hermanastra no es de los más graves...

—¡No hay incesto, sagrada majestad! ¡Alégrate, Sofronia! —exclama Torrismundo, con el rostro radiante—. En las investigaciones sobre mi origen he conocido un secreto que habría querido guardar para siempre: la que creía mi madre, o sea tú, Sofronia, no naciste de la reina de Escocia, sino hija natural del rey, de la mujer de un mayordomo. El rey te hizo adoptar por su mujer, o sea, por la que ahora sé que fue mi madre, y que de ti fue sólo madrastra. Ahora comprendo como ella, obligada por el rey a fingirse tu madre contra su voluntad, no viese la hora de desembarazarse de ti; y lo hizo atribuyéndote el fruto de una culpa suya pasajera, o sea, yo. Hija tú del rey de Escocia y de una campesina, yo de la reina y de la Sagrada Orden, no tenemos ningún lazo de sangre, sino sólo el lazo amoroso estrechado libremente aquí hace poco y que espero ardientemente que tú quieras reanudar.

—Me parece que todo se resuelve para bien... —dice Carlomagno, frotándose las manos—. Pero no debemos tardar en hallar a nuestro bravo caballero Agilulfo y garantizarle que su nombre y su título ya no corren ningún peligro.

—¡Iré yo, majestad! —dice un caballero avanzando. Es Rambaldo. Entra en el bosque. Grita:

—¡Caballero! ¡Caballero Agilulfo! ¡Caballero de los Guildivernos! ¡Agilulfo Emo Bertrandino de los Guildivernos y de los Otros de Corbentraz y Sura, caballero de Selimpia Citerior y de Fez! ¡Todo está arreglado! ¡Regresad!

Le responde sólo el eco.

Rambaldo empezó a registrar el bosque sendero por sendero, y fuera de los senderos por precipicios y torrentes, llamando, prestando oídos, buscando algún signo, alguna huella. Encuentra una impronta de herradura. En un punto aparecen marcadas más hondas, como si el animal se hubiese detenido allí. A partir de aquí el rastro de los cascos vuelve a ser más ligero, como si se hubiese dejado escapar al caballo. Pero del mismo lugar parte otro rastro, una horma de pasos con zapatos de hierro. Rambaldo la siguió.

Contenía el aliento. Llegó a un claro. Al pie de una encina, desparramados por el suelo, había un yelmo vuelto del revés con cimera iridiscente, una coraza blanca, los quijotes, los brazales, las manoplas, en fin, todas las piezas de la armadura de Agilulfo, algunas puestas como con la intención de formar una pirámide ordenada, otras, echadas por el suelo de cualquier manera. En el puño de la espada había un cartel: «Dejo esta armadura al caballero Rambaldo de Rosellón». Debajo había una media rúbrica, como de una firma comenzada e interrumpida en seguida.

—¡Caballero! —llama Rambaldo, vuelto hacia el yelmo, hacia la coraza, hacia la encina, hacia el cielo—. ¡Caballero! ¡Volved a coger la armadura! ¡Vuestro grado en el ejército y en la nobleza de Francia es incontestable! —Y trata de ajustar de nuevo la armadura, de hacerla mantenerse en pie, y sigue gritando—: ¡Existís, caballero, nadie puede ya negarlo, ahora! —No le responde ninguna voz. La armadura no se sostiene, el yelmo rueda por el suelo—. Caballero, habéis resistido durante tanto tiempo con vuestra sola fuerza de voluntad, habéis conseguido hacerlo todo como si existierais: ¿por qué rendiros de repente? —Pero ya no sabe hacia dónde dirigirse: la armadura está vacía, no vacía como antes, vacía también de aquel algo que llamaban caballero Agilulfo y que ahora se ha disuelto como una gota en el mar.

Rambaldo se desembaraza de su coraza, se desnuda, se introduce en la armadura blanca, se cubre con el yelmo de Agilulfo, sujeta en la mano escudo y espada, salta a caballo. Así armado comparece ante la presencia del emperador y de su séquito.

—Ah, Agilulfo, habéis vuelto, todo bien, ¿eh?

Pero del yelmo responde otra voz:

—¡No soy Agilulfo, majestad! —La celada se levanta y aparece el rostro de Rambaldo—. Del caballero de los Guildivernos sólo ha quedado la blanca armadura y este papel que me asigna su posesión. ¡Ahora no veo la hora de lanzarme a la batalla!

Las trompas tocan la alarma. Una nota de galeras ha desembarcado un ejército sarraceno en Bretaña. El ejército franco corre a formarse.

—Tu deseo ha sido oído —dice el rey Carlos—, ha llegado la hora de batirse. Haz honor a las armas que llevas. ¡Aunque de carácter difícil, soldado, Agilulfo, lo sabía ser!

El ejército franco resiste a los invasores, abre una brecha en el frente sarraceno, y el joven Rambaldo es el primero en arremeter por allí. Pelea, golpea, se defiende, en parte da y en parte recibe. De los mahometanos, muchos muerden el polvo. Rambaldo a cuantos están ante su lanza los ensarta uno tras otro. Ya las escuadras invasoras se repliegan, se aprietan en torno de las galeras fondeadas. Acosados por las armas francas, los vencidos se hacen a la mar, excepto los que se quedan a empapar de sangre mora la tierra gris de Bretaña.

Rambaldo sale de la batalla victorioso e incólume; pero la armadura, la candida, intacta, impecable armadura de Agilulfo está toda incrustada de tierra, salpicada de sangre enemiga, constelada de abolladuras, rasguños, hendiduras, la cimera medio desplumada, el yelmo torcido, el escudo desconchado justamente en medio del misterioso blasón. Sin embargo, el joven siente la armadura como suya, de él, Rambaldo de Resellen; la primera incomodidad experimentada al ponérsela ya está lejos; ahora se le ajusta como un guante.

Galopa, sólo, por la cresta de una colina. Una voz resuena aguda desde el fondo del valle.

—¡Eh, ahí, arriba, Agilulfo!

Un caballero está corriendo hacia él. Sobre la armadura lleva una túnica de un color azul intenso. Es Bradamante que lo está persiguiendo.

—¡Finalmente he dado contigo, blanco caballero!

«Bradamante, no soy Agilulfo: soy Rambaldo», quisiera gritarle él en seguida, pero piensa que es mejor decírselo de cerca, y vuelve grupas para llegar hasta ella.

—¡Por fin eres tú quien corre a mi encuentro, inasible guerrero! —exclama Bradamante— ¡Oh, si me fuese dado verte correr detrás de mí, a ti también, el único hombre cuyos actos no son llevados a cabo al buen tuntún, improvisados, facilones, como los de la habitual jauría que me sigue! —Y al hablar así, gira el caballo e intenta huirle, pero siempre volviendo la cabeza para ver si él sigue el juego y la persigue.

Rambaldo está impaciente por decirle: «¿No te das cuenta de que también yo soy uno que se mueve con torpeza, que cada gesto mío traiciona el deseo, la insatisfacción, la inquietud? ¡Pero también yo lo que quiero es sólo ser alguien que sabe lo que quiere!», y para decírselo galopa siguiéndola, a ella que ríe y dice:

—¡Este es el día que siempre había soñado!

La ha perdido de vista. Hay un valle herboso y solitario. El caballo de ella está atado a una morera. Todo se asemeja a aquella primera vez que la perseguía y aún no sospechaba que fuera una mujer. Rambaldo baja del caballo. Hela aquí: la ve, tumbada en una pendiente de musgo. Se ha quitado la armadura, viste una corta túnica de color topacio. Tendida, le abre los brazos. Rambaldo avanza en su armadura blanca. Es éste el momento de decirle: «No soy Agilulfo, la armadura blanca de la que te enamoraste mira ahora cómo se resiente de la pesadez de un cuerpo, aunque joven y ágil como el mío. ¿No ves que esta coraza ha perdido su inhumano candor y se ha convertido en un vestido dentro del cual se hace la guerra, expuesto a todos los golpes, en un paciente y útil arnés?» Todo eso quisiera decirle, y en cambio está allí con las manos temblorosas, da pasos vacilantes hacia ella. Quizá lo mejor sería descubrirse, quitarse la armadura, darse a conocer como Rambaldo, ahora por ejemplo que ella tiene cerrados los ojos, con una sonrisa como de espera. El joven se arranca de encima la armadura, ansioso: ahora Bradamante al abrir los ojos lo reconocerá... No: ha posado una mano en el rostro como si no quisiera turbar con la mirada el invisible aproximarse del caballero inexistente. Y Rambaldo se arroja sobre ella.

—¡Oh, sí, estaba segura! —exclama Bradamante, con los ojos cerrados—. ¡Siempre estuve segura de que sería posible! —y se aprieta contra él, y en una fiebre que es la misma por parte de los dos, se unen—. ¡Oh, sí, oh, sí, estaba segura!

Ahora que también esto se ha realizado, es el momento de mirarse a los ojos.

«Me verá —piensa rápidamente, con una chispa de orgullo y de esperanza, Rambaldo—, lo comprenderá todo, comprenderá que ha sido justo y hermoso así y me amará para toda la vida.»

Bradamante abre los ojos.

—¡Ah, tú!

Se aparta de la yacija, rechaza a Rambaldo.

—¡Tú! ¡Tú! —grita con la boca llena de rabia, los ojos que vierten lágrimas—. ¡Tú! ¡Impostor!

Está de pie, blande la espada, la alza contra Rambaldo, le da, pero de plano, en la cabeza, lo aturde, y todo lo que él ha conseguido decirle alzando las manos desarmadas, quizá para defenderse, quizá para abrazarla, ha sido:

—Pero dime, pero dime, ¿acaso no era hermoso? —Luego pierde los sentidos, y sólo le llega, confuso, el ruido de los cascos del caballo de ella que se aleja.

Si es infeliz el enamorado que invoca besos cuyo sabor desconoce, mil veces más infeliz es quien probó apenas ese sabor y después le fue negado. Rambaldo continúa su vida de impávido soldado. Donde más apretada es la refriega, allí se abre camino su lanza. Si entre el torbellino de las espadas ve un resplandor de color azul, acude, «¡Bradamante!», grita, pero siempre en vano.

El único al que querría confesar sus penas, ha desaparecido. A veces vagando por los vivacs, el modo en que una coraza está erguida sobre el faldar o el levantarse repentino de un codal, lo hacen estremecerse, porque le recuerdan a Agilulfo. ¿Y si el caballero no se hubiese disuelto, y si hubiese encontrado otra armadura? Rambaldo se acerca y dice:

—No os deis por ofendido, colega, pero quisiera que alzarais la celada de vuestro yelmo.

Cada vez espera encontrarse frente a una cavidad vacía: en cambio siempre hay una nariz sobre unos bigotes rizados.

—Perdonadme —murmura, y se va.

También alguien más va buscando a Agilulfo: es Gurdulú, que cada vez que ve una olla vacía, o una chimenea, o una tinaja se detiene y exclama:

—¡Seor amo! ¡Mande, seor amo!

Sentado en un prado al borde de un camino, estaba dando una larga charla por el cuello de una botella, cuando una voz lo interpela:

—¿A quién buscas ahí dentro, Gurdulú?

Era Torris mundo que, una vez celebradas solemnemente las bodas con Sofronia en presencia de Carlomagno, cabalgaba con su esposa y un rico séquito hacia Curvaldia, de la que había sido nombrado conde por el emperador.

—A mi amo busco —dice Gurdulú.

—¿Dentro de esa botella?

—Mi amo es uno que no es; así pues, tanto puede estar en una botella como en una armadura.

—¡Pero tu amo se ha disuelto en el aire!

—Entonces, ¡yo soy el escudero del aire!

—Serás mi escudero, si me sigues.

Llegaron a Curvaldia. El país estaba irreconocible. En lugar de las aldeas habían surgido ciudades con palacios de piedras, y molinos, y canales.

—He regresado, buena gente, para quedarme con vosotros...

—¡Viva! ¡Bien! ¡Viva él! ¡Viva la novia!

—Esperad para desfogar vuestra felicidad la noticia que voy a daros: el emperador Carlomagno, ante cuyo sagrado nombre os inclinaréis de ahora en adelante, me ha investido del título de conde de Curvaldia.

—Ah... Pero... ¿Carlomagno? En realidad...

—¿No lo entendéis? ¡Ahora tenéis un conde! ¡Os seguiré defendiendo de las vejaciones de los Caballeros del Grial!

—Oh, a éstos hace mucho que los expulsamos de toda la Curvaldia. Ya veis, durante mucho tiempo obedecimos siempre... Pero ahora hemos visto que se puede vivir bien sin deber nada ni a Caballeros ni a condes... Cultivamos las tierras, hemos abierto talleres de artesanos, molinos, tratamos entre nosotros de hacer respetar nuestras leyes, de defender nuestras fronteras, en fin, salimos adelante, no nos podemos quejar. Vos sois un joven generoso y no olvidamos lo que habéis hecho por nosotros... Queríamos que os quedarais aquí..., pero como iguales...

—¿Como iguales? ¿No me queréis como conde? Pero ¡es una orden del emperador!, ¿no lo entendéis? ¡Es imposible que os neguéis!

—Sí, siempre se dice lo mismo: imposible... También quitarse de encima a los del Grial

parecía que fuera imposible... Y entonces teníamos sólo navajas y horquillas... Nosotros no queremos mal a nadie, señorito, y a vos, menos... Sois un joven que vale, tenéis experiencia de muchas cosas que no sabemos... Si os quedáis aquí como uno más y no cometéis desafueros, quizá os convertiréis igualmente en el primero de nosotros...

—Torrismundo, yo estoy cansada de tantas peripecias —dijo Sofronia alzando el velo—. Esta gente parece razonable y amable y la ciudad es más hermosa y mejor provista que muchas... ¿Por qué no tratamos de llegar a un acuerdo?

—¿Y nuestro séquito?

—Se convertirán todos en ciudadanos de Curvaldia —respondieron los habitantes—, y tendrán según lo que valgan.

—¿Tendré que considerar igual a mí a este escudero, que ni siquiera sabe si existe o no existe?

—Aprenderá también él... Tampoco nosotros sabíamos que estábamos en el mundo... También a ser se aprende...

## XII

Libro, ahora has llegado al final. Últimamente me he puesto a escribir de prisa y corriendo. De una línea a otra saltaba entre las naciones y los mares y los continentes. ¿Qué es esta furia que me ha asaltado, esta impaciencia? Se diría que estoy a la espera de algo. Pero ¿qué pueden esperar las monjas, retiradas aquí precisamente para estar lejos de las siempre cambiantes ocasiones del mundo? ¿Qué espero salvo nuevas páginas que escribir y los habituales toques de la campana del convento?

¿Y eso? Es un caballo que se oye venir por el escarpado camino. Sí, se para justo aquí, a la puerta del monasterio. El caballero llama. Desde mi ventana no consigo verlo, pero siento su voz.

—¡Eh, buenas hermanas, eh, oídme!

Pero ¿no es ésta la voz, o me equivoco? ¡Sí, es ella! ¡Es la voz de Rambaldo que he hecho resonar tanto tiempo por estas páginas! ¿Qué quiere aquí, Rambaldo?

—Eh, buenas hermanas, ¿podrías decirme por favor, si ha encontrado refugio en este convento una guerrera, la famosa Bradamante?

Claro, buscando a Bradamante por el mundo, Rambaldo tenía que llegar incluso hasta aquí.

Oigo la voz de la hermana guardiana que responde:

—No, soldado, aquí no hay guerreras, sino sólo pobres y piadosas mujeres que rezan para expiar tus pecados.

Ahora soy yo la que corro a la ventana y grito:

—¡Sí, Rambaldo, estoy aquí, espérame, sabía que vendrías, ahora bajo, partiré contigo!

Y rápidamente me arranco la cofia, las vendas claustrales, el refajo, saco del arcón mi túnica color topacio, la coraza, las canilleras, el yelmo, las espuelas, la sobreveste azul.

—¡Espérame, Ramblado, estoy aquí, yo, Bradamante!

Sí, libro. La sor Teodora que narraba esta historia y la guerrera Bradamante somos la misma mujer. A veces galopo por los campos de batalla entre duelos y amores, a veces me encierro en los conventos, meditando y escribiendo las historias que me han ocurrido, para tratar de comprenderlas. Cuando vine a encerrarme aquí estaba desesperada de amor por Agilulfo, ahora ardo por el joven y apasionado Rambaldo.

Por eso mi pluma en cierto momento se ha puesto a correr. A su encuentro, corría; sabía que no tardaría en llegar. La página tiene utilidad sólo cuando le das la vuelta y está detrás la vida que empuja y desordena todas las hojas del libro. La pluma corre impulsada por el mismo placer que te hace correr los caminos. El capítulo que acometes y no sabes aún qué historia contará es como la esquina que doblarás al salir del convento, y que no sabes si te pondrá frente a un dragón, una tropa berberisca, una isla encantada, un nuevo amor.

Corro, Rambaldo. No saludo ni a la abadesa. Ya me conocen y saben que tras peleas, abrazos y engaños regreso siempre a este claustro. Pero ahora será distinto... Será...

Del contar en pasado, y del presente que me cogía la mano en los trozos inflamados, ahora, oh, futuro, he subido a la silla de tu caballo. ¿Qué nuevos estandartes alzas a mi encuentro en los pendones de las torres de ciudades todavía no fundadas? ¿Qué humos de devastación en los castillos y los jardines que amaba? Qué imprevistas edades de oro preparas, tú, indomable, tú, anunciador de tesoros pagados a muy alto precio, tú, mi reino por conquistar, futuro...

(1959)